

BIBLIOTECA



TERROR

Mary Shelley

FRANKENSTEIN



biblioteca oro terror

Para los amantes de las emociones fuertes, de las narraciones imaginativas con espeluznantes y terroríficos detalles que arrebatan los nervios, les ofrecemos esta serie en la que figuran como primeros títulos:



1. Miedo en la noche D. Hammett
2. Suyo afectísimo, «Jack el Destripador»... R. Bloch
3. Terror R. Bloch
4. Con los pelos de punta G. Conklin
5. Historias de amor y de odio A. Conan Doyle
6. La pócima maligna R. L. Fonthorpe
7. Doble asesinato en la calle Morgue E. A. Poe
8. Frankenstein Mary W. Shelley
9. El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde ... R. L. Stevenson
10. El gato negro y otros relatos de horror ... E. A. Poe
11. Drácula Bram Stoker

Si nos lo solicita, le remitiremos gratis nuestro catálogo en colores con gran cantidad de novelas policíacas, del oeste, espionaje, aventuras para jóvenes y ediciones infantiles para niños de todas las edades.

EDITORIAL MOLINO - Calabria, 166 BARCELONA - 15

FRANKENSTEIN

FRANKENSTEIN

MARY W. SHELLEY



BIBLIOTECA ORO—TERROR

Título original
«FRANKENSTEIN»

© EDITORIAL MOLINO, 1966
Calabria, 166 — Barcelona (15)

Depósito Legal, B. 28.404-1966
Número de Registro, 2.404-66

Impreso en España
Printed in Spain

A. G. PONSÁ. — Hospitalet (Barcelona)

SUMARIO

FRANKENSTEIN

por MARY W. SHELLEY

LA CASA DEL JUEZ

por BRAM STOKER

EL MISTERIO DE LA CASA DESIERTA

por A. HOFFMANN

FRANKENSTEIN

CARTA PRIMERA

A LA SEÑORA SAVILLE (Inglaterra)

San Petersburgo, 11 diciembre de 17...

Te alegrará el saber que ninguna desgracia ha acompañado el principio de una empresa que presentías tan llena de peligros. Llegué aquí ayer, y mi primer afán, querida hermana, es tranquilizarte acerca de mi estado de salud y creciente confianza en el éxito de mi aventura.

Estoy en pleno Norte; y mientras paseo por las calles de San Petersburgo siento azotadas mis mejillas por un viento helado que refresca mis nervios y me llena de alegría. ¿Comprendes esta sensación? Este viento que llega de las regiones hacia las cuales me dirijo, me anticipa el sabor de esos helados climas. Inspirado por ese viento prometedor, mis sueños se acentúan y es en vano que intente convencerme a mí mismo de que el Polo es la morada del frío y la desolación, presentándose siempre a mi pensamiento como un lugar delicioso y bello, que sobrepasa en maravilla a todas las regiones hasta ahora descubiertas en el mundo habitable. Allí tal vez descubriré el fantástico poder que atrae la aguja magnética, y tal vez pueda confirmar mil celestes observaciones que después de este viaje serán admitidas por todos como realidades incontrovertibles. Satisfaré mi ardiente curiosidad con la visión de una parte del mundo jamás visitada hasta ahora, y tal vez pise una tierra que hasta ahora, no ha hollado el pie humano. Estos son mis propósitos y ellos solos bastan para dominar todo temor al peligro o a la muerte e inducirme a emprender este difícil viaje con la alegría que siente un niño cuando se embarca en una canoa, con sus compañeros de

vacaciones y emprende una expedición para descubrir los misterios del río del pueblecito donde veranea. Pero, aun suponiendo que todas estas conjeturas sean falsas, no podrás negarme el inestimable provecho que obtendrá el mundo entero del descubrimiento de un camino que, a través del Polo, conduzca a esos países donde hasta ahora sólo se puede llegar después de viajes muy largos. Y aunque el único resultado de mi expedición fuera el descubrir el secreto de la aguja magnética, la empresa quedaría más que justificada.

Estas reflexiones han calmado la agitación con que empecé a escribir mi carta y siento mi corazón lleno de un entusiasmo que me eleva al cielo, ya que nada contribuye tanto a tranquilizar la mente como un propósito firme y definido. Esta expedición ha sido el sueño predilecto de mi juventud. He leído apasionadamente los relatos de las diversas expediciones emprendidas con el fin de llegar al Océano Pacífico del Norte, a través de los mares que rodean el Polo. Recordarás que la biblioteca de tío Thomas, se componía exclusivamente de narraciones de todos los viajes llevados a cabo con fines de descubrimiento. Mi educación fue bastante descuidada; sin embargo, me entusiasmaba el leer. Aquellos libros fueron mi estudio día y noche, y mi íntimo contacto con ellos aumentó mi pena al saber que las últimas disposiciones de nuestro padre prohibían a mi tío el permitirme emprender una vida de viajes y exploraciones.

Estas visiones se desvanecieron cuando, por primera vez, me adentré en el estudio de esos poetas cuyas composiciones extasiaron mi alma, elevándola al cielo. También yo me convertí en poeta y, durante un año, viví en los paraísos de mi creación; imaginé que también yo llegaría a tener un altar en el templo donde están consagrados los nombres de Homero y Shakespeare. Tú conoces mi fracaso y lo muy profundamente que me afectó el desengaño. Pero en aquel momento heredé la fortuna de mi primo, y mis pensamientos volvieron por el sendero que antes habían seguido.

Seis años han transcurrido desde que tomé la decisión que ahora llevo a cabo. Recuerdo incluso la hora en que empecé a prepararme

a esta gran empresa. Principié acostumbrando mi cuerpo a la fatiga física. Acompañé a los pescadores de ballenas en varias de sus expediciones por el Mar del Norte; voluntariamente pasé hambre, frío, sueño y sed; a menudo trabajé más que los curtidos marineros, dedicando las noches al estudio de las matemáticas, la medicina y las ciencias físicas que un aventurero necesita conocer. Fue muy grande mi orgullo cuando mi capitán me ofreció el cargo de segundo de a bordo, pidiéndome, con gran ansiedad, que me quedara con él, tan necesarios consideraba mis servicios.

¿No crees pues, querida Margaret, que merezco realizar alguna gran empresa? Mi vida pudo haber transcurrido entre el lujo y la molicie; pero a todo ello prefiero la gloria a toda comodidad y riqueza. ¡Cómo quisiera que alguna animadora voz contestara afirmativamente a mis sueños! Mi valor y decisión son firmes, pero mis esperanzas vacilan y a veces me siento ligeramente deprimido. Estoy a punto de emprender un largo y peligroso viaje para el cual necesitaré todo mi vigor; no sólo tengo que elevar la moral de mis acompañantes, sino que a veces, cuando la de ellos vacile, tendré que sostener la mía propia.

Ésta es la época mejor para viajar por Rusia. Se vuela rápidamente sobre el hielo, con sus trineos. La sensación que se experimenta viajando en ello es mucho más agradable que la de ir en nuestras pesadas diligencias. El frío no es excesivo, si se va envuelto en pieles —vestimenta que he adoptado—, pues existe una gran diferencia entre ir de un lado a otro sobre el puente de un buque o permanecer sentado, inmóvil, en un trineo, donde es imposible el menor ejercicio que impida la congelación de la sangre en las venas. No tengo ningún deseo de perder la vida en el viaje desde San Petersburgo a Arkangel. Hacia esta última ciudad partiré dentro de quince días o tres semanas, y allí pienso alquilar un buque, cosa bastante fácil pagando el seguro al armador. También enrolaré los marineros que crea necesario, eligiéndolos entre los pescadores de ballenas que se encuentran allí. No pienso zarpar hasta el mes de junio. ¿Cuándo volveré? ¿Cómo poder contestar a

esa pregunta, querida hermana? Si tengo éxito pasarán muchos meses y acaso años, antes de que volvamos a vernos. Si fracaso me volverás a ver pronto... o nunca.

Adiós, mi querida Margaret. Que el Cielo te llene de bendiciones y me proteja de los peligros en que me voy a ver envuelto, a fin de que te pueda ver de nuevo, y agradecerte todo tu cariño y bondad.

Tu amante hermano:

R. WALTON.

CARTA SEGUNDA

A LA SEÑORA SAVILLE (Inglaterra)

Arkangel, 28 de marzo de 17...

¡Qué lentamente pasa aquí el tiempo! Sin embargo, se ha dado ya un nuevo paso hacia mi empresa. He alquilado un barco y estoy ocupado en reclutar marinos. Los que tengo ya enrolados parecen hombres en quienes puedo confiar y, desde luego, son de un valor a toda prueba.

Pero tengo un deseo que hasta ahora no he podido satisfacer. Me falta un amigo, Margaret, que comparta mis alegrías y me anime en los momentos de vacilación. Su ausencia me hace el efecto de un mal presagio. Puedo trasladar al papel mis pensamientos, pero éste es un medio muy deficiente de confiar mis impresiones. Deseo la compañía de un hombre que me profese simpatía y cuya mirada responda a la mía. Tal vez me consideres excesivamente romántico, hermana mía, pero experimento de una forma irresistible esa necesidad. A mi alrededor no tengo a nadie con un cerebro lo bastante cultivado y comprensivo y cuyos gustos sean iguales a los míos y que me pueda aconsejar en mis proyectos. Soy demasiado impulsivo en la ejecución y demasiado impaciente en las dificultades. Pero mi defecto mayor es que yo mismo me he formado mi cultura. Hasta los catorce años no leí otra cosa que los libros de viaje de nuestro tío Thomas. Después entablé conocimiento con los más famosos poetas de nuestra patria y más tarde abandoné la poesía para volver a lo que había sido mi primera pasión. Por ello, actualmente, en ciertos aspectos, poseo menos cultura que un muchacho de quince años que acuda a la Universidad, y por ello, necesito también un amigo que posea la suficiente comprensión para no despreciarme por mi romanticismo y el necesario afecto para que procure regular mi cerebro.

Pero todo esto son quejas inútiles; no encontraré a un amigo así en la amplitud del océano, ni siquiera en Arkangel, entre los mercaderes y pescadores. Sin embargo, en esos toscos pechos laten ambiciones elevadas y deseos insatisfechos. Mi teniente, por ejemplo, es un hombre de maravilloso valor y empresa; está ansioso de gloria o, por mejor decir, de progresar en su profesión. Es un inglés, y conserva aún algunas de las más nobles cualidades humanas. Le conocí a bordo de un ballenero y al encontrarle aquí sin trabajo, conseguí, fácilmente, que se uniera a mí en esta empresa.

El capitán es un hombre notable por su bondad y la suave firmeza que sabe prestar a su disciplina. Por ello, me alegró mucho poder asegurarme sus servicios.

Estoy aguardando a que el tiempo permita el hacerse a la mar, pues aunque el invierno ha sido muy duro, la primavera promete ser muy suave, de forma tal, que me sea posible zarpar antes de lo previsto. No temas que cometa ninguna imprudencia, pues ya me conoces lo suficiente para saber que nunca arriesgaré por precipitación, la seguridad de los que me acompañan y se encuentra a mi cargo.

Espero poderte encontrar de nuevo dentro de poco, después de haber atravesado los más inmensos mares, regresando por América o África. Sigue escribiéndome como hasta ahora, aprovechando la menor oportunidad, pues tus cartas me son absolutamente necesarias para tranquilizar mi espíritu. Recuerda con todo afecto a tu hermano,

ROBERTO

CARTA TERCERA

A LA SEÑORA SAVILLE (Inglaterra)

7 de julio de 17...

Mi querida hermana:

Te escribo unas breves líneas para anunciarte que me encuentro en perfecto estado de salud y muy adelantado ya en mi viaje. Esta caríe llegará por medio de un navio mercante que zarpará de Arkangel hacia Inglaterra, con más fortuna que yo, que tal vez no vuelva jamás a ver mi patria. No creas, por esto, que mi ánimo se siente deprimido. Mis hombres son valientes y decididos, y los bloques de hielo que pasan junto a nuestro buque indicando los peligros que nos esperan, no los desaniman. Hemos llegado ya a una muy elevada latitud; pero estamos en pleno verano, y aunque el calor no es tan grande como en Inglaterra, los vientos del Sur que nos empujan hacia esas playas que tan ardientemente deseo alcanzar, nos traen un calor en el cual no confiaba.

Hasta ahora no nos ha ocurrido ningún incidente que merezca figurar en esta carta. Una o dos turbonadas y un poco de agua en la bodega, son accidentes que ningún navegante experimentado se molestará en consignar. Ojalá no nos ocurra nada peor durante el resto del viaje.

Adiós, querida Margaret. Ten la seguridad de que no buscaré alocadamente el peligro y seré frío, perseverante y prudente.

¡El éxito ha de coronar mi empresa! Hasta ahora he seguido un camino seguro sobre el desconocido mar. Las estrellas son testigos de mi triunfo. ¿Por qué no seguir sobre este indomable y a la vez obediente elemento? ¿Qué puede detener al hombre de voluntad resuelta?

Que el Cielo te colme de bendiciones, hermana mía.

R. W.

CARTA CUARTA

A LA SEÑORA SAVILLE (Inglaterra)

5 de agosto de 17...

Ha ocurrido un incidente tan extraño, que no puedo dejar de consignarlo en ésta, aunque es muy probable que me veas ante de que estos papeles lleguen a tu poder.

El lunes último (31 de julio), estábamos casi rodeados de hielo, con agua apenas suficiente para seguir flotando. Nuestra situación era bastante peligrosa, sobre todo por hallarnos envueltos en una densísima niebla. No nos quedó otro remedio que aguardar con la esperanza de que se realizase algún cambio en la atmósfera y en el tiempo.

A eso de las dos aclaró la niebla, y desde nuestro buque vimos, en todas direcciones, extenderse una vasta e irregular llanura de hielo que no parecía tener fin. Algunos de los marineros refunfuñaron, y mi propio cerebro se vio asaltado por la ansiedad. De pronto, un extraño espectáculo atrajo nuestra atención, haciéndonos olvidar el estado en que nos hallábamos. A una distancia de media milla, vimos un ser con aspecto de hombre, pero de estatura aparentemente gigantesca, sentado en un trineo arrastrado por perros. Con nuestros catalejos seguimos el rápido progreso del hombre hasta que le perdimos de vista entre las desigualdades del hielo.

El espectáculo nos llenó de asombro. Nos creíamos a centenares de millas de toda tierra habitada, pero la aparición del desconocido parecía indicar que no estábamos tan alejados como suponíamos. El hallarnos aprisionados por el hielo nos impidió seguirle la pista, que estudiamos con la mayor atención.

Unas dos horas después de ese acontecimiento oímos el rugido del mar y antes de la noche se quebró el hielo, liberando nuestro

buque. No obstante, permanecemos al paio hasta la madrugada, temiendo chocar con alguna de esas masas de hielo que quedan flotando después de la rotura del helado mar. Aproveché ese tiempo para descansar unas horas.

No obstante, en cuanto amaneció, subí al puente, encontrando ocupados a todos los marineros en uno de los lados del navio, hablando, al parecer, con alguien que se encontraba en el mar. Se trataba de un trineo como el que descubrimos la tarde anterior y que en la noche había derivado hacia nosotros en un enorme témpano de hielo. Sólo un perro quedaba con vida, pero debía de haber también un ser humano a quien los marineros trataban de convencer para que subiese a bordo. No parecía ser un salvaje como el anterior viajero, sino un europeo civilizado. Cuando aparecí en el puente, el capitán anunció:

—Aquí está nuestro jefe, que no permitirá que usted encuentre la muerte en medio del mar.

Al verme, el desconocido me habló en inglés, aunque con acento marcadamente extranjero.

—¿Podría decirme, antes de subir a bordo de su buque cuál es su punto de destino? —preguntó.

Puedes imaginar mi asombro al oír semejante pregunta hecha por un hombre que se encontraba al borde mismo de la muerte y para quien era de suponer que mi buque resultase una verdadera tabla de salvación que no hubiera cambiado por la mayor fortuna del mundo. De todas formas, repliqué que navegábamos en viaje de exploración, rumbo al Polo Norte.

Esta noticia pareció satisfacerle y consintió en subir a bordo. Te hubiera asombrado, Margaret, al ver al hombre que así accedía a que le salváramos. Tenía las piernas casi heladas y estaba agotado por el hambre, la fatiga y los sufrimientos. Jamás he visto a un hombre en peor estado. Intentamos llevarle a un camarote, más en cuanto abandonó el aire libre perdió el sentido. Por lo tanto, volvimos a subirlo al puente y lo reanimamos frotándolo con alcohol y haciéndole beber una pequeña cantidad de coñac. En cuanto dio

señales de vida le envolvimos en una manta, llevándolo junto al fogón de la cocina. Gradualmente se fue recobrando y comió un poco de sopa que le reanimó en seguida.

Dos días pasaron así antes de que estuviera en condiciones de hablar, y mucho temí que sus sufrimientos le hubieran privado del conocimiento. Cuando hubo vuelto en sí del todo le hice conducir a mi propio camarote y allí le atendí todo cuanto me permitieron los pocos ratos que me quedaban libres. Jamás he visto a un hombre más interesante: sus ojos tenían una continua expresión de salvajismo y hasta de locura; pero hay momento en que si se hace algo en su favor, o se le presta el servicio menos importante, todo su rostro se ilumina con una dulzura inigualable. Mas, por lo general, su expresión es de melancolía y de angustia; e, incluso, a veces chirrían sus dientes, como si le impacientaran las pesadumbres que le agobiaban.

Un día el segundo piloto le preguntó por qué se había adentrado tanto en el mar de hielo.

Con sombría expresión, replicó:

—Para alcanzar a quien huía de mí.

—¿Viajaba de la misma forma el hombre a quien usted perseguía?

—Sí.

—Entonces creo que le vimos; pues el día antes de recogerle a usted pasó a cierta distancia de nuestro buque un hombre que viajaba en un trineo semejante al suyo.

Estas palabras despertaron el interés del desconocido, que hizo un sinfín de preguntas referentes al camino que siguió el demonio, según su propia expresión, a quien perseguía. Más tarde, cuando estuvo solo conmigo, añadió:

—Agradezco su consideración al no hacerme preguntas —me dijo— a pesar de que, como observo, he despertado su curiosidad, tanto como la de sus buenos marineros.

—Hubiera sido una incorrección por mi parte turbarle con mis preguntas —repliqué.

Después de un prolongado silencio, mi huésped me preguntó si suponía que la rotura del mar de hielo habría destruido al otro trineo. Respondí que no podía contestar con seguridad a su pregunta, ya que el hielo no se rompió hasta la noche y que, entretanto, el fugitivo podía haber alcanzado algún lugar seguro. Claro que esto sólo eran suposiciones.

A partir de aquel momento un soplo de vida pareció animar al abatido personaje. Se mostró ansioso por subir al puente y ver de descubrir el trineo de que le había hablado, pero al fin logré convencerle de que no debía moverse del camarote, ya que estaba aún demasiado débil para resistir las inclemencias de la temperatura exterior. Le prometí que uno de los marineros estaría continuamente de vigilancia para avisarle en el momento que se descubriera la menor señal del fugitivo.

Esto es cuanto, hasta hoy, puedo decirte del desconocido que recogimos a bordo. Su salud ha mejorado, pero apenas habla y se muestra muy inquieto siempre que cualquiera otra persona que no sea yo entra en su camarote. Sin embargo, sus modales son tan conciliadores y amables que todos los marineros sienten un verdadero afecto por él, a pesar del poco trato que con el extraño viajero han tenido. Por mi parte empiezo a sentir por él el mismo afecto que por un hermano, y su constante y honrada pesadumbre me llena de compasión. En sus buenos tiempos debe de haber sido un personaje, y ahora, a pesar de lo ruinoso de su estado, conserva una verdadera atracción.

En una de mis cartas, querida Margaret, te decía, que no esperaba encontrar un verdadero amigo en medio del amplio océano, sin embargo, he hallado un hombre a quien, antes de que su moral hubiera sido destruida por el dolor, hubiese llamado con gusto hermano mío.

En adelante seguiré anotando en mi diario todo nuevo incidente relacionado con el desconocido.

DIARIO DE WALTON

13 de agosto de 17...

De día en día crece mi afecto por mi huésped, que a la vez despierta mi admiración y piedad en asombroso grado. Su cultura es muy grande y habla escogiendo cuidadosamente las palabras, a pesar de lo cual su charla es sumamente fluida.

Está convaleciente de los sufrimientos pasados, y casi siempre permanece en el puente, cual si quisiera descubrir el trineo que precedió al suyo. Esta inquietud constante no le impide interesarse profundamente por los demás. No pasa día sin que se informe de mis proyectos, que le he comunicado sin ocultarle nada. Le he dicho que no hay sacrificio que me parezca demasiado grande si consigo aclarar este misterio de la naturaleza y transmitirlo a mis semejantes. Mientras le decía esto observé que su rostro se ensombreció, mientras trataba de contener su emoción. Se cubrió el rostro con las manos y un violento gemido que brotó de su garganta me obligó a interrumpirme. Me callé, aguardando que dijese algo, y, con voz ronca, declaró:

—¡Desgraciado! ¿Por qué comparte mi locura? ¿Ha bebido la misma embriagadora droga que me privó de la razón? Escúcheme y verá que tira lejos de sí ese veneno.

Como puedes imaginar, estas palabras llevaron al máximo mi curiosidad, pero la violenta emoción de mi compañero agotó sus fuerzas y pasaron varias horas antes de que pudiese recobrar él la calma.

Como avergonzado de su debilidad, trató de dominar sus sentimientos y me interrogó ampliamente acerca de mi vida y de mi juventud. Le hablé de mis anhelos de encontrar un verdadero amigo con quien compartir mis sentimientos.

—Un buen amigo es el tesoro más grande que puede hallar un hombre —replicó—. Yo logré una vez ese tesoro, pero lo perdí para

siempre. Usted es joven, tiene toda la vida por delante y no debe desesperar. Pero yo no tengo ya nada y no puedo comenzar a vivir de nuevo.

Al decir esto su rostro se ensombreció; dejó de hablar y, al poco rato, se retiró a su camarote.

19 de agosto de 17...

Mi compañero me dijo ayer:

—Habrá usted notado fácilmente, capitán Walton, que he sufrido mucho en esta vida. Hubo un tiempo en que decidí que todos los recuerdos de mis pesares debían morir conmigo, pero usted ha conseguido hacerme variar de opinión. Como yo en un tiempo, usted va en pos de la sabiduría, y deseo con toda el alma que la culminación de sus deseos no sean una serpiente que le devore el corazón. No sé si el relato de mis infortunios le será de utilidad, sin embargo, cuando observo que sigue usted el mismo camino y se expone a los mismos peligros que me han convertido en lo que soy, creo que de la historia de mi vida puede deducir una sabia moraleja y consolarle si fracasa. Dispóngase a oír algo que todos han tenido hasta ahora por increíble. Si estuviéramos en otro lugar más normal temería que la incredulidad acogiese mis palabras, pero en esta salvaje soledad, seguramente me dará crédito.

Esta confianza me llenó de gratitud. No obstante, no quise que renovara sus sufrimientos pasados con el relato de sus infortunios. Así, repliqué:

—Le agradezco infinito su buen deseo, pero mi destino está ya fijado y nada podrá variarlo.

—Entonces escuche la historia de mi vida, quizá ella le decida a emprender otro camino.

No empezó en seguida su relato, sino al día siguiente. Y a partir del momento en que comenzó, decidí ir anotándola punto por punto. Estoy seguro de que su relato te resultará muy interesante y yo mismo, algún día, lo releeré con placer, recordando todos sus

gestos y ademanes, así como su voz y emoción al explicarme sus aventuras.

CAPÍTULO PRIMERO

NACÍ EN Ginebra, y mi familia es una de las más distinguidas de la República. Mis antepasados fueron, durante mucho tiempo, consejeros y síndicos y mi padre desempeñó en varias ocasiones y con el mayor éxito diversos cargos públicos. Se le respetaba por su reconocida integridad y por haber pasado casi toda su juventud, entregado a los asuntos de su nación. Esto le impidió casarse a su debido tiempo, no haciéndolo hasta que su vida empezó a declinar. Sin embargo, su elección de esposa fue muy acertada, y al poco tiempo de su matrimonio marcharon a Italia a fin de que su excelente clima repusiera la salud de mi madre. Durante varios años fui yo su único hijo a quien mimaron acaso excesivamente.

Mi madre hubiera deseado mucho tener una hija, sin que pudiera ver realizadas sus ilusiones. Sin embargo, en una excursión por las cercanías del Lago de Como, y al entrar mi madre y yo en una humilde casa de campesinos, vimos cómo servían la humilde comida a cinco hambrientos pequeñuelos. Entre ellos había una niña tan distinta de los otros que la atención de mi madre fijóse en seguida en ella. Así como los restantes cuatro eran morenos y de ojos negros, la chiquilla era rubia como el oro, y a pesar de la pobreza de su traje, parecía que su cabeza exigía una corona.

Observando la campesina la curiosidad de mi madre y el interés que evidenciaba hacia aquella adorable criatura, se apresuró a explicarle su historia. La pequeñuela no era hija suya, sino de un noble milanés cuya esposa, alemana, había muerto al nacer la niña. Ésta fue dada a criar a aquella buena gente que, en aquel tiempo, estaba en mucho mejor posición.

El padre de la chiquilla, ardiente patriota, intervino en una conspiración contra los austríacos y fue encarcelado, sin que se supiera si había muerto o seguía encerrado en alguna prisión austríaca. Sus bienes fueron confiscados y la niña, prácticamente

una huérfana, quedó al cuidado de sus padres adoptivos, entre cuyos hijos fue creciendo.

Cuando mi padre, que por aquellos días había marchado a resolver en Milán unos asuntos, regresó de su viaje, encontró en el jardín de nuestra casa, y jugando conmigo, a una hermosa chiquilla que parecía un hada salida de los libros de cuentos. Su presencia allí fue explicada en seguida, y mi madre consiguió, con su apoyo, que los campesinos delegaran en ella y mi padre el cuidado de la niña. Pronto se encariñaron los dos con la pequeña que para ellos fue una verdadera bendición. Así, Isabel Lavenza se convirtió en mi hermana y compañera de juegos.

Todos la adoraban y yo la consideraba más mía que de nadie, acogiendo como si me fuesen dirigidas a mí todas las alabanzas que a ella se le hacían. Mutuamente nos llamábamos primos, pero ningún calificativo podría expresar debidamente el lazo que nos unía. Era mucho más que una hermana para mí, y mía debía ser hasta la muerte.

CAPÍTULO II

CRECIMOS JUNTOS. La diferencia de edad entre nosotros era sólo de un año. Y la diferencia de nuestros caracteres sólo sirvió para unirnos más estrechamente. Isabel era más serena y más concentrada que yo, a pesar de lo cual mi disposición para el estudio y mi ansia de saber era mayor que la suya. Ella se entregaba más de lleno a las composiciones poéticas, a la contemplación de las maravillosas montañas que rodeaban nuestro hogar en Suiza, y mientras ella se ensimismaba en la admiración de los efectos de las maravillas de la Naturaleza, yo me entusiasmaba estudiando sus causas y orígenes. Para mí el mundo era un secreto que deseaba resolver mediante el dominio de las secretas leyes de la naturaleza.

Al nacer su segundo hijo, siete años más joven que yo, mis padres abandonaron su vida errabunda, instalándose en Suiza. Poseíamos una casa en Ginebra y otra, de verano, en Belrive, a una legua de la ciudad. Pasábamos principalmente el tiempo en la casa de campo, y mis padres apenas salían. Por mi parte tampoco me gustaban las multitudes, y me sentía muy poco atraído por mis compañeros de colegio. Sin embargo entablé íntima amistad con uno de ellos, Henry Clerval, hijo de un mercader de Ginebra. Se trataba de un muchacho de verdadero talento. Amaba el peligro y la aventura, y se entusiasmaba con la lectura de libros de caballerías. Las virtudes de los hombres y los actos de los héroes eran su tema principal, y su ilusión y sueño era convertirse en uno de esos cuyos nombres están grabados en la historia, como valientes bienhechores de nuestra especie.

Isabel era como una bendición para todos nosotros, Clerval era el espíritu inquieto y emprendedor, y estos dos recuerdos de mi infancia, antes de que el infortunio destrozara mi alma, son como un bálsamo de paz en mi espíritu.

Un día en que la inclemencia del tiempo me retuvo dentro de casa, cogí, al azar, un libro que hojear. El azar quiso que se tratara de un tomo de las obras de Cornelio Agripa. Lo abrí apáticamente, pero las teorías que se indicaban en él y los maravillosos hechos que relataba pronto trocaron mi indiferencia en entusiasmo. Una nueva luz se hizo en mi cerebro, y comuniqué a mi padre mi descubrimiento. Él abrió el libro y al ver de quién era, exclamó:

—¡Ah, Cornelio Agripa! Víctor, no pierdas el tiempo en esta basura.

Si en vez de esto mi padre me hubiera explicado que las teorías de Agripa habían caído ya en desuso, que eran enteramente místicas, y que en su lugar se había introducido una nueva ciencia mucho más valiosa que la antigua, descartando sus quiméricas teorías por otras mucho más prácticas y llenas de lógica, es casi seguro de, que hubiera tirado a un rincón el libro de Agripa, y hubiera encaminado mis ansias de estudio hacia otros senderos. Es incluso muy posible, que mis ideas no hubieran recibido el fatal impulso que me arrastró a la ruina. Pero la breve mirada que mi padre echó al libro, me hizo creer que jamás había leído su texto, y por ello seguí estudiándolo con el mayor ardor.

Cuando regresé a la ciudad, mi primer cuidado fue procurarme las obras completas de aquel autor, y luego las de Paracelso y Alberto Magno. Estudié con verdadera pasión las locas fantasías de dichos autores, pareciéndome tesoros que era yo el primero en descubrir.

Como ya he dicho, uno de mis mayores deseos ha sido, siempre, penetrar los secretos de la naturaleza. A pesar de la intensa labor y maravillosos descubrimientos de los filósofos modernos, siempre he salido descontento e insatisfecho de mis estudios. El campesino ignorante se da cuenta de la fuerza de los elementos y de cómo utilizarlos prácticamente. El filósofo más sabio está poco más enterado que él. Se ha descubierto lo más superficial de la naturaleza, pero sus inmortales raíces siguen siendo un misterio. Podrá diseccionar, anatomizar y dar nombres, pero nada más.

En cambio, ante mí tenía libros escritos por hombres que habían profundizado enormemente en las fuentes de la vida misma. Acepté como ley sus palabras y me convertí en su fiel discípulo. Con la ayuda de esos maestros me lancé a la afanosa busca de la piedra filosofal, y el elixir de la vida, que pronto acaparó toda mi atención. La riqueza era un objeto de inferior calidad, pero, ¡cuán grande sería mi gloria si me era posible acabar para siempre con la Enfermedad, y hacer al hombre invulnerable contra toda muerte que no fuese violenta!

No eran éstas mis únicas visiones; la invocación de fantasmas o diablos se consideraba completamente factible en las obras de mis autores predilectos. Me lancé afanosamente a ello, y mis encantamientos y hechizos jamás se vieron coronados por el éxito, aunque atribuí este fracaso a mi inexperiencia.

Así, durante largo tiempo me entregué a experimentos y sistemas ya fracasados, trabajando en teorías contradictorias guiado por una ardiente e infantil imaginación, hasta que un nuevo incidente alteró el curso de mis ideas.

Al cumplir yo los quince años, nos retiramos a nuestra casa de Belrive, siendo entonces testigo de una violentísima tormenta. Llegó por detrás de las montañas del Jura; y el trueno estalló en seguida con ensordecedora intensidad. Mientras duró la tempestad permanecí observando con curiosidad y placer su curso. Mientras me hallaba a la puerta de la casa, de pronto vi un rayo de fuego brotar de un viejo y hermoso roble que se encontraba a unos veinte metros de nuestra casa; y en cuanto la cegadora luz se hubo apagado, el roble desapareció, no quedando de él más que un retorcido tronco. Cuando al día siguiente lo fuimos a ver, encontramos al roble destrozado de la forma más curiosa que se puede dar. El tronco se encontraba formado por un amasijo de cintas de madera, como virutas, y jamás había yo visto nada tan eficazmente destruido.

Antes de que esto ocurriera me encontraba yo ignorante de las más elementales leyes de la electricidad. En aquella ocasión estaba

con nosotros un hombre que, gran conocedor de esta rama del saber, se extendió en la exposición de una teoría que acerca de la electricidad y galvanoplastia tenía él formada. Lo que oí me hizo considerar a Agripa, Paracelso y Alberto Magno como completos ignorantes. El ocaso de mis dioses me hizo sentirme desinclinado a proseguir mis estudios, con la impresión de que jamás podría llegarse a saber nada. Todo cuanto hasta entonces cautivó mi atención se convirtió en despreciable. Por uno de esos caprichos mentales a que tan sujetos nos hallamos en la juventud, abandoné en seguida mis anteriores estudios y la historia natural y su progenie, sintiendo un profundo desprecio por toda ciencia que no pudiese adentrarse jamás más allá del umbral de la verdadera sabiduría. Así me entregué al estudio de las matemáticas y todas las ramas de esta ciencia, que consideré de más firmes cimientos y, por lo tanto, más digno de mi atención.

La calma que me invadió al entregarme a esos estudios, contrastó con el agotamiento que me producían mis anteriores y atormentadores estudios. Éste fue un (remendó esfuerzo del espíritu del bien; pero sus resultados fueron nulos. El Destino era demasiado fuerte, y sus inmutables leyes habían decretado mi completa y terrible destrucción.

CAPÍTULO III

AL CUMPLIR los diecisiete años, mis padres, decidieron mi ingreso en la universidad de Ingolstadt. Hasta entonces había acudido a las escuelas de Ginebra, pero mi padre opinaba que para completar mi educación era preciso que me familiarizase con otras costumbres distintas a las de mi país natal. Se fijó la fecha de mi partida, pero antes de que ese día llegase, me ocurrió el primer infortunio de mi vida.

Isabel enfermó de fiebre escarlata, y su gravedad fue muy grande. Durante su dolencia, se hizo todo lo posible por convencer a mi madre de que no debía entrar en la habitación de la enferma. Al principio se dejó convencer, mas cuando supo que la vida de su favorita corría peligro no pudo dominarse y corrió a cuidarla. Isabel se salvó, pero las consecuencias del acto de mi madre fueron terribles. Al tercer día cayó ella enferma y a los tres días los síntomas de la fiebre eran tan alarmantes, que los médicos pronosticaron los más terribles resultados. En su lecho de muerte, se mostró mi madre valerosa y previsora. Juntando mis manos con las de Isabel, dijo:

—Hijos míos, mis mayores esperanzas respecto a vosotros estaban en vuestra unión. Si este deseo mío se realizase serviría para consolar a vuestro padre. Tú, Isabel, debes ocupar mi puesto en el cuidado de mis hijos menores.

Murió apaciblemente, y su rostro, aun después de la muerte, siguió expresando afecto y cariño hacia los suyos.

La muerte de mi madre retrasó mi partida hacia Ingolstadt. Mi padre me concedió un respiro de varias semanas, ya que me parecía un sacrilegio alejarme de aquella casa que el dolor acababa de visitar, para lanzarme al torbellino de la vida.

Isabel, conteniendo su dolor, entregóse a reconfortarnos a todos. Jamás me pareció tan adorable como en aquellos momentos en que

su comportamiento era como un rayo de sol en las tinieblas de nuestro pesar.

Sin embargo, llegó al fin el día de mi partida. Clerval pasó con nosotros la última noche. Había intentado convencer a su padre que le permitiera acompañarme y estudiar conmigo, pero fue en vano. Su padre era un hombre de estrecha mentalidad, y en las aspiraciones de su hijo sólo veía afán de vagancia y derroche. Henry lamentó mucho esta decisión que le privaba de unos estudios que él juzgaba tan necesarios. Dijo muy poco acerca de ello, pero su mirada me convenció de que no estaba dispuesto a permanecer encadenado a aquella prosaica vida de comerciante.

Nos acostamos muy tarde, y a la mañana siguiente, cuando al hacerse de día descendí para ocupar mi puesto en el carruaje que debía llevarme lejos de mi patria, todos estaban allí esperándome. Mi padre para darme un último abrazo, Clerval para estrecharme la mano e Isabel para insistir en que no dejase de escribirle.

Me acomodé en el coche que me llevaba a mi destino, y me hundí en las más melancólicas reflexiones. Me encontraba completamente solo. En la universidad tendría que crearme nuevas amistades y protegerme de los posibles peligros. Hasta entonces mi vida había sido muy recogida, lo cual me había hecho sentir siempre una profunda repugnancia a entablar nuevas amistades. Mis mayores cariños eran Isabel y Clerval, y me creía incapaz de tolerar el contacto con personas extrañas.

Estas eran mis impresiones al iniciarse el viaje, pero a medida que éste se fue prolongando, se fue cicatrizando mi moral, con la ilusión que me producía el poder adquirir nuevos y más brillantes conocimientos. Por fin llegué a la antigua ciudad y fui conducido a mi nuevo alojamiento, para que pasara la noche como quisiera.

A la mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y visité a los principales profesores. El azar, o más bien la influencia maligna del Ángel de la Destrucción me condujo, en primer lugar, a casa del profesor señor Krempe, catedrático de Historia Natural, hombre muy versado en su especialidad. Me hizo varias preguntas

respecto a mi progreso en las distintas ramas de la ciencia aquélla. Repliqué indiferentemente, y casi con desprecio pronuncié los nombres de mis alquimistas como principales autores que había estudiado. El profesor me miró fijamente, preguntando:

—¿De veras ha perdido usted el tiempo estudiando esas tonterías?

Respondí afirmativamente, y el profesor Krempe replicó:

—Todo minuto que haya dedicado usted a esos libros ha sido enteramente perdido. Ha recargado su cerebro con sistemas ya caducos. ¿En qué desierto ha vivido para que nadie le haya hecho ver que esos sistemas hace ya mil años que son caducos? Esperaba muy poco encontrar en este siglo a un discípulo de Alberto Magno y de Paracelso. Joven, va a tener usted que empezar de nuevo.

Al decir esto extendió una lista de libros sobre filosofía natural que me aconsejó comprar; luego se despidió de mí, indicándome que al principio de la siguiente semana pensaba dar comienzo a un curso sobre filosofía natural y sus derivados, y que su compañero, el profesor Waldman daría conferencias sobre química.

No regresé a mi casa decepcionado, pues ya he dicho que desde hacía mucho tiempo consideraba a aquellos autores completamente inútiles; pero al mismo tiempo no me sentía atraído, tampoco, por ninguna clase de estudio. El profesor Krempe era un hombrecillo de aspecto bastante repulsivo y voz ronca, nada de lo cual me hacía sentirme atraído por la ciencia de su especialidad.

Los dos o tres días de mi estancia en Ingolstadt los dediqué a familiarizarme con la población y con los principales inquilinos de mi casa. Pero al comenzar la siguiente semana pensé en lo que el profesor Krempe me había dicho acerca de sus conferencias. No me resultaba muy atrayente la idea de asistir a las conferencias del hombrecillo aquel, pero en cambio recordé con interés lo que me dijo acerca de las conferencias sobre química del profesor Waldman, a quien, aún, no había visto, por hallarse fuera de la ciudad.

Parte por curiosidad y parte por no saber en qué, entretenerme acudí a la sala de conferencias, en la cual entró poco después el

profesor Waldman. Este profesor era totalmente distinto a su colega. Representaba unos cincuenta años y parecía muy amable; algunos cabellos blancos brillaban en sus aladeres, pero el resto de su cabellera era enteramente negra. Era bajo, pero iba siempre muy erguido, y su voz era muy suave. Comenzó su disertación con un breve resumen de la historia de la química, y los progresos que debía a distintos hombres de ciencia, pronunciando con fervor los nombres de los más distinguidos descubridores. Luego hizo un examen del estado actual de la ciencia, explicando algunos de sus términos elementales. Después de algunos experimentos preparatorios terminó con un panegírico sobre la moderna química, con palabras que jamás olvidaré.

—Los antiguos maestros de esta ciencia —dijo—, prometían imposibles y no realizaban nada. Los maestros modernos prometen muy poco; saben que los metales no pueden transmutarse, y que el elixir de la vida es una quimera. Y, sin embargo, han realizado verdaderos milagros. Han penetrado en los más ocultos recesos de la naturaleza y han descubierto sus secretas funciones. Han averiguado cómo circula la sangre y cuál es la naturaleza del aire que respiramos. Han adquirido nuevos y casi ilimitados poderes; pueden gobernar los truenos del cielo, fingir terremotos, y hasta burlarse con sus propias sombras del mundo invisible.

Éstas fueron las palabras del profesor... O, mejor dicho, las palabras con que el Destino destruyó mi vida. Mientras seguía hablando tuve la impresión de que mi alma luchaba con un enemigo palpable. Y mi cerebro se llenó con un propósito firme y definido. «Todo esto se ha realizado —exclamó el alma de Frankenstein—, pero mucho más será lo que yo conseguiré: siguiendo los caminos ya trazados, buscaré un nuevo camino, exploraré poderes ignorados, y descubriré al mundo los más hondos misterios de la creación».

Aquella noche no cerré los ojos. Mi ser interno estaba en un estado de enorme agitación; me daba cuenta de que era necesario poner orden allí, pero me era imposible lograrlo. Gradualmente me fue llegando el sueño, cuando ya brillaba la luz del día. Al

despertarme mi única idea era volver a mis antiguos estudios y entregarme a una ciencia para la cual me consideraba, naturalmente, capacitado. Aquel mismo día visité al profesor Waldman. Sus modales en privado eran aún más atractivos y suaves que en público. Le expliqué mis anteriores afanes y escuchó atentamente lo que le dije de mis estudios, sonriendo al oír mencionar los nombres de Cornelio Agripa y Paracelso, aunque sin demostrar el desdén de que hizo gala el profesor Krempe. Me dijo que aquéllos habían sido hombres «a quienes los modernos filósofos están en deuda por haber creado ellos los cimientos del saber actual. Ellos nos dejaron la labor más fácil de dar nombres nuevos y más modernas clasificaciones a los hechos que dieron a la luz. Por muy equivocadas que sean las labores de los hombres de genio, casi nunca dejan de ser beneficiosas a la humanidad».

Escuché atentamente esta explicación, dada sin el menor orgullo, y luego expliqué que su conferencia había borrado mis prejuicios en contra de la química moderna, pidiéndole su consejo acerca de los libros que me convenía adquirir.

—Me alegra mucho haberme ganado un discípulo —dijo el profesor—. Y si es usted tan aplicado como inteligente, estoy seguro de su triunfo. La Química es una rama de la filosofía natural, en la cual pueden lograrse infinitas mejoras. A ella he dedicado la mayor parte de mis esfuerzos, pero, al mismo tiempo, no he descuidado otras ramas de la ciencia. Si usted desea convertirse en un verdadero hombre de ciencia y no en un simple experimentador, le aconsejo que se aplique a todas las ramas de la filosofía natural, incluyendo matemáticas.

Me acompañó luego a su laboratorio, explicando la utilidad de diversos aparatos, indicándome lo que debía adquirir y prometiendo dejarme utilizar su propio laboratorio cuando hubiera adelantado lo suficiente para no correr el riesgo de estropearle alguno de sus delicados instrumentos. Me indicó luego los libros que me convenía adquirir y se despidió de mí.

Así terminó un día memorable en mi existencia: un día que tenía que decidir mi destino futuro.

CAPÍTULO IV

DESDE AQUEL día la filosofía natural y sobre toda la Química, fueron mi única ocupación. Leí con gran interés las obras que me fueron recomendadas, asistí a las conferencias y cultivé el trato de los hombres de ciencia de la universidad, encontrando hasta en el propio profesor Krempe una inteligencia privilegiada, combinada, es cierto, con una fisonomía repulsiva. En cambio el profesor Waldman fue para mí un verdadero amigo que suavizó de mil maneras el difícil camino que yo me había propuesto seguir. Al principio mi aplicación fluctuaba, pero a medida que fui avanzando cobró firmeza, y más de una vez vi apagarse las estrellas en el cielo, sin haberme movido de mi laboratorio.

Este apasionado estudio hizo que al poco tiempo mis progresos fueran muy rápidos. Mi ardor causaba asombro en los estudiantes y mis progresos desconcertaban a los profesores. El señor Krempe me preguntaba a veces, con la sonrisa en los labios, cómo iba Cornelio Agripa, en tanto que el profesor Waldman se mostraba alegrísimo ante mis progresos.

Así transcurrieron dos años, durante los cuales no hice ninguna visita a Ginebra, entregándome en cuerpo y alma a la busca de algún descubrimiento. Sólo quienes han trabajado en esto pueden comprender los atractivos de la ciencia. Existen estudios en los cuales sólo se puede llegar hasta donde han llegado ya otros antes. En cambio, en la Química existe siempre un campo abierto a nuevos hallazgos. Así, logré algunos descubrimientos que mejoraron diversos aparatos e instrumentos de trabajo, éxitos que me valieron la estima y admiración de los profesores de la Universidad. Habiendo llegado al fin a un punto en que hacía inútil el prolongar mi estancia en Ingolstadt, ya que de ninguno de sus catedráticos podía ya aprender nada, pensé en regresar junto a mis amigos y a

mi tierra natal. Pero en aquellos momentos ocurrió algo que hizo prolongar mi permanencia en la Universidad.

Uno de los puntos que más atrajo mi atención, fue el estudio de la estructura del cuerpo humano, y el todo animal dotado de vida. Muchas veces me preguntaba de dónde procede el principio de la vida. Era una pregunta que no tenía respuesta, y hasta entonces todos habían considerado un misterio; no obstante, ¡cuántas cosas podríamos averiguar si la cobardía o el descuido no frenaran nuestras pesquisas! Por ello tomé la decisión de estudiar la rama de la fisiología. A no haberme animado un entusiasmo casi sobrenatural, mi aplicación a ese estudio hubiera resultado, hubiera sido casi intolerable. Para examinar las causas de la vida tenemos que recurrir, antes, a la muerte. Estudié anatomía; pero eso no fue suficiente; tuve, también, que observar el proceso de descomposición del cuerpo humano. Mi padre, al educarme, procuró que mi cerebro no fuera impresionado por los terrores sobrenaturales. No recuerdo haber temblado jamás ante un relato de superstición, ni haber temido la aparición de ningún espíritu. Las tinieblas no producían efecto alguno sobre mi imaginación, y un cementerio era simplemente, para mí, el depósito de unos cuerpos privados de vida que después de asentar la belleza y la fuerza habíanse convertido en manjar de gusanos. Al dedicarme a estudiar el proceso y causa de dicha descomposición, tuve que pasar infinitos días y noches en mausoleos y depósitos de cadáveres. Mi atención tuvo que fijarse en aquellos objetos que más insoportables resultan a la delicadeza humana. Fui testigo de cómo el cuerpo humano se descompone y altera; cómo la descomposición de la muerte seguía a la hermosura de la vida, vi cómo el gusano heredaba las maravillas del cerebro y del ojo. Examiné con todo detalle las causas de aquella corrupción, de aquel cambio de vida a muerte y de muerte a vida, hasta que de en medio de aquellas tinieblas brotó una nueva luz. Una luz tan brillante y admirable, y sin embargo tan sencilla, que a la vez que el descubrimiento me deslumbraba, me pregunté, asombrado, como entre tantos hombres de ciencia que habían

encaminado sus pesquisas por los mismos caminos seguidos por mí, yo era el único en hacer tan gran descubrimiento.

No estoy explicando las visiones de un loco. Todo cuanto explico es la pura verdad. Algún milagro debió de producirlo, y, sin embargo, las etapas del descubrimiento estaban claramente señaladas. Después de muchos días y noches de infatigable labor, conseguí los orígenes de la vida y de la generación y me vi capaz de dar vida a una materia insensible.

El asombro que al principio me produjo tal descubrimiento cedió pronto el sitio al placer. Después de tanto trabajar había llegado al fin al pináculo de mis deseos. Pero este descubrimiento era tan grande y avasallador que las fatigas sufridas hasta llegar a él fueron olvidadas, y sólo tuve en cuenta el éxito. Lo que había sido afán de los más sabios hombres de ciencia desde la creación del mundo estaba a mi alcance. No quiere decir esto que la solución se ofreciese ante mí completa y deslumbradora. Era, más bien, el descubrimiento de un camino que debía conducirme a la solución total. Me sentía como Simbad el Marino, cuando al ser enterrado vivo con los muertos vio aquel punto de luz que le condujo a la salvación.

Veo por la ansiedad con que me mira, que espera el informe del secreto que poseo; no puedo hacerlo; escuche pacientemente hasta el final de mi relato y entonces comprenderá por qué me muestro tan reservado sobre ese punto. No quiero que su juvenil ardor, semejante al mío en aquellos momentos, le conduzca a su destrucción o eterno arrepentimiento. Si no por mis preceptos, aprenda al menos por mi ejemplo, lo peligroso que es descubrir misterios que sólo Dios debe poseer, y dése cuenta de cuán mil veces más feliz es el hombre que cree que el mundo termina en su ciudad natal, que aquel que aspira a ser mayor de lo que le permite su naturaleza.

Al encontrar en mis manos aquel asombroso poder, vacilé mucho acerca de cómo podía utilizarlo. Aunque me encontraba ya capaz de dar vida, el preparar el cuerpo que debía recibirla, con su

complicación de venas, tejidos, músculos y arterias, seguía siendo un trabajo de inconcebible dificultad. Dudé al principio sobre si debía intentar la creación de un ser como yo, o bien de un organismo más simple; pero mi imaginación estaba demasiado exaltada por mi éxito inicial para permitirme dudar acerca de mi capacidad para dar vida a un animal tan completo y admirable como el ser humano. Los materiales que tenía a mano me parecían inadecuados para semejante realización. Me preparé para un sinfín de reveses, pero a la vez, teniendo en cuenta los progresos que cada día se logran en la ciencia y en la mecánica, me animé a confiar en que mis intentos servirían, al menos para cimentar el futuro éxito.

Con estas impresiones empecé a crear un ser humano. Como lo minúsculo de ciertas partes constituía un serio obstáculo a mi trabajo, decidí, en contra de mis primeras intenciones, hacer un ser de gigantesca estatura, o sea de unos dos metros y medio de altura, y de una amplitud proporcionada. Una vez tomada esta decisión, y tras unos meses dedicados a la reunión de los materiales precisos, empecé mi trabajo.

Es imposible concebir la variedad de sentimientos que me asaltaron como un huracán en el primer entusiasmo del éxito. La vida y la muerte se me presentaban como lazos ideales que debían ser rotos, derramando un torrente de luz en el oscuro mundo. Una nueva especie me bendeciría como su creador, y muchas naturalezas felices y útiles me deberían el ser. Ningún padre podría reclamar la gratitud de sus hijos con la razón con que yo merecería la suya.

Este trabajo empalideció mis mejillas, y el confinamiento me adelgazó extraordinariamente. A veces, al borde ya del éxito, fracasaba y era preciso recomenzar de nuevo. ¿Quién podría imaginar la angustia de mi búsqueda por cementerios y tumbas, de mi tortura a seres vivos para dominar la arcilla inanimada? Tiemblo al recordar todo aquello, y mis ojos se nublan con las lágrimas; pero entonces me sostenía un fanático impulso que me empujaba hacia delante. Me parecía haber perdido toda alma o sensación excepto el deseo de lograr aquello. Me sentía como en un trance hipnótico que

me permitió recoger huesos en las tumbas donde la tierra había ya consumido la carne que los cubrió. En una cámara, o mejor dicho, en una celda situada en lo alto del edificio y separada de las otras habitaciones por una galería y una escalera, tenía mi laboratorio y mi taller. La cámara de disección me proveyó de parte de la materia prima, y más de una vez la repugnancia me hizo apartarme de mi trabajo; pero animado por mi gran ansiedad, efectué el mismo.

Los meses de verano pasaron mientras me hallaba entregado en cuerpo y alma a aquel afán. La estación era maravillosa. Jamás se había conocido un verano más hermoso. Nunca dieron los campos una cosecha tan ubérrima, ni las viñas una vendimia mayor. Pero mis ojos permanecían ciegos e insensibles a los encantos de la naturaleza. Y la misma causa que me hizo olvidar lo que tan cerca estaba de mí, me obligó a olvidar también a aquellos amigos que se hallaban a tantas leguas de distancia y a quienes llevaba tanto tiempo sin ver. Comprendía que mi silencio debía inquietarles, mas no podía arrancar mis pensamientos de mi trabajo, por muy horrible que fuera. El invierno, la primavera y el verano transcurrieron en medio de mis labores sin que yo notara su curso. Algunas noches me asustaba dándome cuenta del deshecho humano en que me estaba convirtiendo, ya que sólo me sostenía mi espíritu y mis propósitos. Entonces me prometía concederme un largo descanso tan pronto como mi obra quedara concluida.

CAPÍTULO V

FUE UNA estremecedora noche de noviembre cuando, al fin, tuve reunidos todos los elementos de mi obra. Con una ansiedad que lindaba con la angustia, agrupé a mi alrededor los instrumentos de la vida a fin de inyectar la chispa de la existencia en la insensible cosa que yacía a mis pies. Era casi la una de la madrugada; la lluvia repiqueteaba contra los cristales, y la vela que me alumbraba estaba ya medio extinguida, derramando a su alrededor una mortecina luz. De pronto, uno de los últimos destellos de la laminita me permitió ver moverse uno de los párpados de los amarillentos y opacos ojos de mi creación; luego un hondo suspiro conmovió su pecho y un estremecimiento recorrió sus miembros.

No sé describir mis emociones ante aquel suceso, ni sé tampoco dar una imagen exacta del ser que con tantos trabajos y cuidados conseguí crear. Sus extremidades estaban proporcionadas al tronco, y sus facciones fueron elegidas por mí para hacerlas lo más bellas posible. ¡Bellas! ¡Dios mío! Su amarillenta epidermis apenas cubría la red de venas y arterias que se extendían debajo de ella. Su pelo era de un negro brillante; sus dientes tenían la blancura de las perlas; pero todos estos detalles hermosos sólo servían para formar un contraste más horrible con sus acuosos ojos y sus negros labios.

Los distintos accidentes de la vida no son tan fáciles de cambiar como los sentimientos de la naturaleza humana. Durante dos años había trabajado sin descanso con el sólo fin de inyectar vida a aquel cuerpo inanimado. Para lograr aquello me privé de descanso y de salud. Lo había deseado con todas las fuerzas de mi ser; pero al verlo terminado, la belleza del sueño se desvanecía, y un hálito de horror llenó mi corazón. Incapaz de resistir la contemplación de aquel ser creado por mí, salí de la habitación y me retiré a mi dormitorio, yendo de un lado a otro, incapaz de dominar mis nervios y dormir. Por fin caí rendido en el lecho, y creí encontrar

descanso en el sueño. Inútil. Es cierto que dormí, pero me turbaron los sueños más locos. Creí ver a Isabel, en toda su belleza, pasear por las calles de Ingolstadt. Encantado y sorprendido, la abracé, pero al imprimir el primer beso en sus labios, éstos tomaron la lividez de la muerte; sus facciones parecieron cambiar y creí tener en mis brazos el cadáver de mi madre, envuelto en un sudario por el que corrían larvas de tumba. Desperté horrorizado. Un frío sudor perlaba mi frente, se entrechocaban mis dientes, y todos mis miembros se hallaban convulsos.

De pronto, a la tenue y amarillenta luz de la luna, que penetraba por entre las persianas, descubrí la deforme figura del miserable monstruo creado por mí. Sostenía con una mano la cortina de la cama y sus ojos, ojos podían llamarse, estaban fijos en mí. Se abrió su monstruosa boca y de ella brotaron unos sonidos inarticulados, a la vez que una mueca arrugaba sus mejillas. Tal vez habló, pero no le oí; una de sus manos tendióse hacia mí, cuál si quisiera detenerme, pero logré huir escalera abajo. Busqué refugio en el patio de la casa en que vivían; y allí permanecí el resto de la noche presa de la mayor agitación, escuchando atentamente, temiendo que cada ruido que percibía fuese anuncio de la proximidad del diabólico cadáver al que yo presté vida.

¡Nadie puede imaginar el horrible aspecto de aquel engendro! Una momia a la que se hubiese animado, no habría resultado tan horrible como aquel monstruo. Antes de que estuviera terminado era bastante espantoso; más cuando aquellos músculos y articulaciones pudieron moverse, se convirtió en algo que ni el mismo Dante hubiese podido imaginar.

Pasé la noche en un continuo temblor. A veces el pulso me latía con tal violencia que ahogaba todo otro ruido. En otros momentos tuve que dejarme caer al suelo del patio, abrumado por la debilidad. Mezclada con aquel horror sentía la amargura de la decepción. Los sueños que tan agradables me resultaron durante aquellos años, se transformaron en una tortura de infierno. El cambio fue tan veloz, que lo avasalló todo.

Al fin llegó el amanecer, pálido y húmedo, descubriendo a mis rendidos ojos la aguja de la catedral de Ingolstadt, cuyo reloj señalaba las seis. El portero abrió las puertas del patio que durante aquella noche fue mi refugio, y salí a la calle, recorriéndola con pasos rápidos, cual si quisiera huir de mi monstruosa creación, que temía hallar al volver de cada esquina. No me atrevía a regresar a mi alojamiento, sintiéndome, por el contrario, impelido a huir de él.

Empujado por esta ansia me encaminé, sin casi darme cuenta de lo que hacía, al parador de las diligencias, y al llegar allí vi avanzar por la calle un enorme coche que a los pocos momentos identifiqué como una diligencia suiza. Se detuvo en el lugar mismo donde yo me encontraba, y al abrirse una de las portezuelas vi a Henry Clerval, quien, al reconocermme, exclamó:

—¡Mi querido Frankenstein! ¡Cuánto me alegra el verte! No esperaba encontrarte aquí al descender de la diligencia.

Nada puede compararse al placer que sentí viendo a Clerval. Estreché sus manos y por unos momentos olvidé mi horror y mis infortunios. Le di la bienvenida y, juntos, nos dirigimos hacia mi colegio. Clerval pasó largo rato hablando de nuestros mutuos amigos y de su buena suerte al permitírsele ir a Ingolstadt.

—Háblame de mi padre, de mis hermanos y de Isabel —pedí—. ¿Cómo estaban cuando los dejaste?

—Muy bien, aunque algo inquietos por tu silencio. Pero —se paró a mirarme con más atención—. Hasta ahora no me había dado cuenta de tu aspecto. Estás delgado, pálido, como si llevases varias noches sin dormir.

—Tienes razón; últimamente he estado tan ocupado que no he podido dedicar el suficiente tiempo al descanso. Sin embargo, confío en que todas esas preocupaciones han terminado ya y que por fin estoy libre.

Temblaba demasiado, pues me era imposible recordar con calma los acontecimientos de la noche anterior. Avanzaba con paso rápido y no tardamos en llegar a mi colegio. Entonces reflexioné, y el pensamiento me hizo estremecer acerca de la criatura que había

dejado en mi casa, y que tal vez estaba aún viva y yendo de un lado a otro. Temía enfrentarme con aquel monstruo; pero aun temía mucho más que Henry llegase a verlo. Pidiéndole que me aguardase unos instantes abajo, corrí a mi alojamiento. Tenía ya la mano en el tirador de la puerta cuando, de pronto, me di cuenta exacta de lo que iba a hacer. Entonces me detuve; y un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Abrí la puerta de un empujón, como hacen los niños cuando temen encontrarse ante un espectro que les aguarda al otro lado. No ocurrió nada. Entré, temeroso, pero el piso estaba vacío. Mi dormitorio se hallaba también libre de su repugnante huésped. Apenas podía creer en tan buena fortuna, y cuando me convencí de que mi creación había huido, batí alegremente palmas y bajé corriendo a buscar a Clerval.

Subimos a mi alojamiento, y un criado nos trajo el almuerzo. No podía contenerme de alegría; mil estremecimientos recorrían mi carne y la sangre martillaba mis sienes. Me sentía incapaz de permanecer inmóvil un solo instante; saltaba por encima de las sillas, aplaudía y reía en alta voz. Clerval, de momento, atribuyó esta excitación mía al gozo que me producía su visita; pero al observarme con más atención notó en mis ojos una expresión salvaje que no pudo explicarse; y mis carcajadas le llenaron de asombro y hasta de miedo.

—¡Por amor de Dios! ¿Qué ocurre? ¡No rías así! ¡Estás enfermo! ¿A qué se debe eso?

—No me lo preguntes —repliqué cubriéndome los ojos con las manos creyendo ver entrar en la habitación el temido espectro—. ¡Él te lo dirá! ¡Oh, sálvame, sálvame!

Me imaginaba que el monstruo me cogía. Luché furiosamente y al fin me desplomé al suelo.

Ignoro lo que debió de pensar el pobre Clerval. La reunión que él previo tan alegre estaba resultando llena de amargura. Pero no fui testigo de sus reacciones, pues me hallaba en el suelo sin conocimiento y tardé bastante en recobrarlo.

Este fue el principio de una fiebre nerviosa que me retuvo en cama durante varios meses. Durante todo aquel tiempo Henry fue mi único enfermero, pues conociendo lo avanzado de la edad de mi padre y lo fatigoso que un viaje tan largo resultaría para Isabel, no quiso decirles nada acerca de mi estado. Éste era muy grave, y sólo los solícitos cuidados de mi amigo pudieron devolverme a la vida.

La figura del monstruo al que yo había dado vida estaba continuamente ante mis ojos. Sin cesar deliraba acerca de él. Sin duda, al principio, mis palabras sorprendieron a Henry, que debió de atribuirles a una perturbada imaginación. Pero la pertinacia con que sin cesar recurría yo al mismo asunto le persuadió de que aquel trastorno tenía su origen en algún suceso terrible.

Gradualmente me fui recobrando, aunque sufriendo algunas recaídas que llenaron de temor a mi amigo. Recuerdo que cuando estuve en condiciones de empezar a andar, observé que las hojas caídas habían sido cambiadas por los frescos retoños que brotaban de todos los árboles. Esa primavera era maravillosa y la hermosa estación contribuyó a revivir en mí los sentimientos de alegría y bienestar. No tardé en recobrar mi alegría anterior a mi fatal pasión.

—Clerval, ¡qué bueno has sido conmigo! —dije—. En vez de dedicar todo el invierno al estudio, como te prometías, sin duda, lo has pasado en la habitación de un enfermo. ¿Cómo podré, pagarte tus sacrificios?

—Me los pagarás reponiéndote lo más de prisa que puedas, y ya que te veo tan animado espero que podré hablarte de un asunto que me interesa enormemente, ¿verdad?

Me eché a temblar. ¿De qué podía tratarse? ¿Sería acaso acerca de aquello sobre lo cual ni siquiera deseaba pensar?

—Serénate —me dijo en seguida mi amigo—. No te hablaré de ello si te altera. Sin embargo, creo que tu padre e Isabel se alegrarían de recibir una carta escrita de tu puño y letra. Estarán inquietos por tu prolongado silencio.

—¿Sólo es eso? —pregunté alegremente—. ¿Cómo has podido imaginar que mis primeros deseos no iban a ser los de correr a

ellos?

—Siendo así, sin duda te alegrará leer la carta que acaba de llegar. La letra es de tu padre y espero que traerá buenas noticias.

CAPÍTULO VI

CLERVAL ME entregó entonces la siguiente carta, en cuyo sobre reconocí la letra de mi padre. Decía así:

Mi querido Víctor:

Sin duda, hijo mío, esperabas recibir una carta alegre y animadora, y, en vez de ello, tengo que darte las más tristes noticias:

¡Guillermo ha muerto! Aquel niño que fue nuestra alegría y nuestra ilusión ha sido asesinado.

No trato de enviarte un consuelo que sé te resultará imposible. Por ello me limitaré a explicarte las circunstancias del suceso:

El jueves pasado (7 de mayo), Isabel, yo y tus dos hermanos nos fuimos a pasear por Plainpalais. La tarde era cálida y serena, y prolongamos nuestro paseo más que de costumbre. Anocheció antes de que pensáramos en regresar, y fue entonces cuando echamos de menos a Guillermo y Ernesto, a quienes no pudimos encontrar. Por lo tanto, nos sentamos en un banco, aguardando su regreso. Por fin llegó Ernesto y nos preguntó si habíamos visto a su hermano: explicó que había estado jugando con él al escondite. Le buscó en vano y después de esperarle durante mucho tiempo, no le vio volver.

Esto nos alarmó mucho y emprendimos su búsqueda hasta que se hizo totalmente de noche. Entonces Isabel indicó que tal vez el niño habría vuelto a casa. Nos dirigimos allí, pero Guillermo no había regresado. Salimos de nuevo con antorchas, pues me era imposible descansar creyendo que mi querido hijo se habría extraviado y se hallaba expuesto al frío y al relente de la noche. Isabel también estaba dominada por la angustia. Al fin, a las cinco de la madrugada encontré al pobre Guillermo, que la tarde antes estaba lleno de vida y alegría, tendido en la hierba, lívido e inmóvil; con el cuello marcado por las manos del asesino.

Fue conducido a casa, y la angustia que se pintaba en mi rostro reveló la verdad a Isabel, que perdió el sentido al ver el cadáver del niño. Cuando volvió en sí declaró que ella era la asesina de Guillermo, que el día antes le pidió insistentemente que le dejase llevar una valiosa miniatura de tu madre. Ese retrato había desaparecido y, sin duda, fue el móvil del crimen. Hasta ahora no tenemos la menor pista que pueda conducirnos al descubrimiento del culpable, pero no descansaremos hasta dar con él. Sin embargo, su descubrimiento no devolverá la vida a nuestro Guillermo.

Ven en seguida, Víctor. Sólo tú puedes consolar a Isabel, que se pasa el día llorando y acusándose de ser la causa de su muerte. Mi único consuelo en estos tristes momentos es que tu madre no esté presente para ver el trágico fin de su hijo.

Regresa a tu hogar, Víctor. No vengas empujado por el ansia de venganza contra el asesino, sino con amor y paz que curen las heridas de nuestro espíritu.

Tu amante y afligido padre:

ALPHONSE FRANKENSTEIN.

Clerval, que había estudiado mi rostro mientras leía aquella carta, se sorprendió al observar la desesperación que sucedió a la alegría que expresaba al abrirla. Le entregué la misiva y escondí el rostro entre las manos, rompiendo en convulsivo llanto.

—Sé que no puedo ofrecerte consuelo —dijo cuando la hubo leído—. ¿Qué piensas hacer?

—Volver en seguida a Ginebra. Vayamos a encargar la diligencia.

No conseguí diligencia, sino un pequeño cabriolet, en el que me instalé, emprendiendo en seguida la marcha y despidiéndome de mi amigo.

El viaje fue muy triste. Al principio deseaba apresurarme, pues ansiaba consolar a mi padre y a Isabel, pero a medida que me iba aproximando a mi ciudad natal iba reduciendo la marcha, incapaz de dominar las mil sensaciones que se agolpaban en mi cerebro.

En este lastimoso estado permanecí dos días en Lausanne. Contemplaba el lago, y su apacible serenidad me devolvió la calma, permitiéndome reanudar mi viaje hacia Ginebra.

Era casi de noche cuando llegué a los alrededores de la población, cuyas puertas estaban ya cerradas, por lo que me vi obligado a pernoctar en Secheron, pueblo situado a media legua de Ginebra. El cielo estaba sereno, y como me era imposible descansar, decidí visitar el sitio donde asesinaron a mi pobre hermano. Como no podía atravesar la ciudad, decidí cruzar el lago a fin de llegar a Plainpalais. Durante la corta travesía vi cómo los relámpagos trazaban las más bellas figuras sobre la cumbre del Mont Blanc. La tormenta parecía acercarse velozmente, y al desembarcar, ascendí a la cúspide de una pequeña colina a fin de observar su progreso. Pronto se encapotó el cielo y las gotas de agua empezaron a caer con creciente furia.

Eché a andar, y el trueno estalló con horrible fuerza sobre mi cabeza. Su eco me fue devuelto por el Jura y los Alpes de Savoya. Lívidos ramalazos de fuego iluminaban la superficie del lago, y después las tinieblas se densificaban, hasta que la vista se recobraba de la anterior luminosidad.

Aquella fantasmagórica iluminación del cielo y del lago, me hizo pensar en la muerte de mi hermano, y murmuré:

—Guillermo, este es tu funeral.

Al pronunciar estas palabras percibí en la oscuridad una figura humana que salió de detrás de un grupo de árboles, que se levantaban a poca distancia de mí. Permanecí inmóvil, con la mirada intensamente fija en el aparecido. No podía equivocarme. Un relámpago de luz iluminó el objeto y me reveló claramente su gigantesca estatura, y lo deforme de su constitución. ¡Allí estaba el horrible demonio al que yo había prestado vida! ¿Qué hacía allí? ¿Sería él, acaso, el asesino de mi hermano? Esta idea me hizo estremecer, y apenas cruzó por mi cerebro tuve la convicción de su realidad; se entrechocaron mis dientes y tuve que buscar apoyo en un árbol. Aquel ser pasó junto a mí y se perdió en la oscuridad.

Pensé en perseguirle, pero era inútil. Otro relámpago me lo hizo ver ascendiendo por las casi perpendiculares laderas del monte Saleve. Pronto llegó a la cumbre y desapareció por allí.

Quedé inmóvil. Cesó el trueno; pero la lluvia siguió cayendo, y la escena quedó envuelta en impenetrable oscuridad. Revolví en mi cerebro los acontecimientos que hasta ahora no he podido olvidar: mi progreso hacia la creación; la aparición junto a mi lecho del ser creado por mis manos; su partida. ¡Dios mío! Había lanzado al mundo una criatura cuyo máximo goce estaba en la destrucción, y que, además, era el asesino de mi hermano.

Llegó el día y al abrirse las puertas de la ciudad entré en Ginebra. Me dirigí a la casa de mi padre. Ernesto fue la primera persona a quien encontré. Nos abrazamos, después de más de seis años de no haber estado juntos. Luego pregunté por Isabel.

—Ella es quien más consuelo necesita —me dijo mi hermano—. No deja de considerarse culpable de la muerte de Guillermo, a pesar de que la persona que le asesinó ha sido ya detenida y va a expiar hoy mismo sus culpas.

—¡El asesino! ¿Ha sido descubierto? ¡Imposible!

En aquel momento entró mi padre. Corrí a besarle, y entretanto Ernesto dijo:

—Papá, Víctor dice que el asesino está en libertad. Dice que sabe quién es el asesino.

—También nosotros lo sabemos —murmuró mi padre—. Y jamás hubiera imaginado que el bien que hicimos a esa desgraciada nos fuera devuelto tan ingratamente. Justine Morritz, la mujer a quien tanto hemos protegido, mató al pobre Guillermo por robarle aquella miniatura.

Me explicaron entonces que Justine, una de nuestras criadas, había sido descubierta teniendo en su poder el retrato aquel sin que pudiese dar ninguna explicación que justificara cómo lo consiguió. El veredicto del juez fue de culpabilidad, y dentro de unas horas perecería en el cadalso.

No me atreví a hablar más. Si explicaba la verdad todos me tendrían por loco o por algo peor, sin conseguir con ello que revocasen la sentencia que pesaba sobre mi nueva víctima, que aquella mañana murió en el patíbulo, como una asesina. Sobre su tumba y sobre la de Guillermo derramé lágrimas de arrepentimiento, pues aquellos dos seres eran las primeras víctimas inocentes del monstruo creado por mis artes malditas.

CAPÍTULO VII

A LOS pocos días de estos trágicos sucesos, nos retiramos a nuestra casa de Belrive. Este cambio me resultó altamente agradable, ya que, en la ciudad, el cierre de las puertas de las murallas a las diez de la noche me impedía vagar por los alrededores y por el lago, dándome la impresión de que me encontraba prisionero en Ginebra.

Una vez en nuestra residencia campestre, y mientras el resto de la familia descansaba, yo embarcaba en una lancha y me dejaba llevar por el viento sobre la superficie del lago, en cuyas aguas más de una vez deseé sepultarme, a fin de cubrir con ellas mis inquietudes. Sólo me contuvo el temor de causar un nuevo dolor a mi padre y a Isabel.

Nuestra casa era la mansión del dolor, y la risa y la alegría habían huido de ella, quizás para siempre.

Una tarde, Isabel, sentada a la puerta de la casita, me dijo:

—No puedo creer que Justine Moritz asesinara a un niño por robarle una joya. Estoy segura de que era inocente. Tú también lo crees. Justine fue, en realidad, asesinada por el mismo ser que mató a Guillermo. Y, ese criminal cruza tal vez el mundo y vive entre nosotros, enteramente libre y respetado. Pero aunque tuviera que sufrir mil veces la suerte de Justine, y perecer como ella en el patíbulo, no me cambiaría por ese monstruo.

Una honda angustia me embargó al escuchar estas palabras de la mujer a quien tanto amaba. De hecho, no era yo el asesino de aquellos dos seres inocentes, uno de los cuales era mi hermano; pero sí lo era de derecho. Isabel advirtió mi angustia, y cogiendo suavemente mi mano derecha, murmuró:

—Cálmate, Víctor. Hay momentos en que leo en tus ojos un ansia de venganza que me asusta. Debes serenarte. ¿Por qué no recorres

estas hermosas montañas en busca de paz para tu espíritu atormentado?

Seguí su consejo y al día siguiente partí hacia el valle de Chamonix que tantas veces visité durante mi infancia. Seis años habrían transcurrido desde la última vez que estuve allí, pero nada había cambiado en aquel hermoso y agreste paisaje.

Hice a caballo la primera mitad del viaje, alquilando luego una muía, por ser más segura en los difíciles senderos a seguir. El tiempo era muy hermoso. Estábamos a mediados de agosto y habían transcurrido casi dos meses desde la muerte de Justine. El peso que este recuerdo ejercía sobre mi espíritu habíase aliviado ligeramente, y casi con verdadera alegría me adentré por el barranco del Arve. Crucé luego el puente de Pelisier y comencé a ascender la montaña que lo domina. Poco después entraba en el valle de Chamonix, rodeado de altísimas y nevadas montañas e inmensos glaciares que llegaban casi junto al camino que yo seguía. Oí el estruendo de los aludes cuyo paso era señalado por un intenso velo de nieve pulverizada. El Mont Blanc, supremo y magnífico, se elevaba entre las múltiples agujas que lo rodeaban, y su altísima cumbre dominaba todo el valle.

Aquella noche, cuando apoyé la cabeza en la almohada, en la habitación de la posada del pueblo, tuve la impresión de que por fin había llegado a mí el bendito olvido.

Empleé el siguiente día en recorrer el valle, llegué a las fuentes del Arveiron, al pie de un enorme glaciar, al que prestaban su sombra altísimos picachos de roca. El sublime espectáculo de aquella vigorosa naturaleza, me prestaba el mayor consuelo que yo podía recibir. Lleno de sana alegría, emprendí la ascensión hacia la cima del Montanvert, llegando allí cuando el sol estaba en el cenit. Durante un largo rato permanecí sentado sobre una roca que dominaba el mar de hielo. Una tenue neblina velaba las montañas próximas. Una suave y fresca brisa acabó al fin por disipar aquella niebla, y entonces descendí al inmenso glaciar, cuya superficie tiene la desigualdad del mar en tormenta, y por encima de cuyas heladas

olas avancé un rato, hasta detenerme en un punto desde donde podía contemplar el Montanvert y el Mont Blanc en toda su majestad. Aquellas relucientes cumbres acabaron de completar la inmensa alegría de mi corazón, haciéndome exclamar:

—¡Espíritus errantes! Concededme para siempre esta suave alegría o arrebatadme para siempre lejos de las alegrías de la vida.

En el preciso momento en que acababa de pronunciar estas palabras, descubrí la figura de un hombre que, desde cierta distancia, avanzaba hacia mí a una velocidad sobrehumana. Saltaba por encima de las grietas de hielo que yo había cruzado con tal precaución. A medida que se iba acercando, su estatura me pareció también sobrehumana. Me sentí turbado, veláronse mis ojos, y cuando pude volver a mirar con claridad, reconocí en aquel caminante al horrible monstruo creado por mí. Temblé de rabia y horror, y decidí esperar a que se acercase, para entablar con él una lucha a muerte. Se fue aproximando, y en su rostro leí angustia, desprecio y odio, todo ello combinado y que, al ir unido a sus horrendas facciones, lo convertía en un ser que ningún hombre podría contemplar sin espanto. Sin embargo, apenas me di cuenta de estos detalles. De momento, la ira y el odio me impidieron hablar, y cuando, al fin conseguí dominarme, le abrumé con palabras de odio y desprecio:

—¡Maldito! ¿Cómo te atreves a acercarte a mí? ¿Es que no temes la venganza de mi brazo? ¡Oh, si con arrebatarte la vida pudiese devolver al mundo las que tú has extinguido!

—Esperaba esta acogida —replicó el monstruo—. Todos odian a los seres malos, y yo, que soy el peor de todos, no puedo aspirar a que no se me odie. Pero tú, mi creador, el ser a quien me encuentro ligado por lazos indestructibles, no tienes derecho a odiarme. Veo que deseas matarme. ¿Cómo puedes jugar así con la vida? ¿No te asusta? Cumple tu deber conmigo, y yo cumpliré el mío hacia ti y hacia el resto de la humanidad. Si aceptas mis condiciones, te dejaré en paz y también dejaré en paz al resto del mundo; pero si las

rechazas, me vengaré derramando hasta saciarme la sangre de los seres más queridos por ti.

Mi ira se desató; me precipité sobre él con ansias de matarle, pero no tuvo dificultad alguna en contenerme, diciendo:

—Cálmate. Escucha lo que tengo que decirte. He sufrido ya demasiado y no quiero que tu odio aumente mis dolores. La vida, aunque para mí sea un cúmulo de miserias, me es querida y la defenderé. Recuerda que me has hecho más poderoso que tú mismo. Mi altura es superior a la tuya; mis músculos más fuertes. A pesar de ello, no quiero pelear contigo. Soy tu hijo y quiero seguir siendo suave y dócil con quien me dio la vida, siempre, claro está, que tú cumplas también tu obligación. Frankenstein, no te muestres justo con los demás y sólo injusto conmigo. Te profeso un afecto y un respeto de hijo. Porque hijo tuyo soy. Debiera ser tu Adán; pero en vez de ello soy tu ángel caído, a quien has arrojado lejos de la alegría. Yo era bueno, y la vida me ha hecho malo. Hazme feliz y volveré a ser virtuoso.

—¡Vete! ¡No quiero oírte! ¡Entre nosotros no puede haber ninguna comunidad! ¡Somos enemigos! ¡Vete, o probemos aquí mismo nuestras fuerzas en una lucha que no cese, hasta que uno de nosotros, encuentre la muerte!

—¿Cómo puedo conmoverte? ¿Es que ningún ruego te hará mirarme con piedad? Créeme, Frankenstein, yo no era malo. El amor y la humanidad estaban dentro de mí; pero me encontré solo terriblemente solo. Tú, mi padre, aborreces de mí. Por lo tanto, ¿qué puedo esperar de los demás seres que nada me deben? Me odian. Las montañas desiertas y los helados glaciares son mi único refugio. Si la Humanidad se enterase de mi existencia, se armaría para venir a destruirme, como tú deseas. Por lo tanto, ¿no es lógico que odie a quienes me odian? No daré cuartel a mis enemigos, liaré que compartan mi daño.

»Mas, lo que ahora suplico, es tu comprensión, tu ayuda. Escucha mi historia, y cuando la hayas oído, podrás abandonarme o apiadarte de mí. A todo criminal, por grande que sea, la ley de los

hombres le permite defenderse antes de condenarle. Óyeme, Frankenstein: me acusas de asesino y tú, con el mayor placer, destruirías al hijo que tus manos y tu cerebro crearon. ¡Eterna justicia del hombre! Sin embargo, una vez que hayas escuchado lo que te quiero decir, no me opondré a que acabes conmigo.

—¿Por qué traes a mi memoria recuerdos que me estremecen? —repliqué—. ¡Maldito sea el día en que por vez primera viste la luz! ¡Malditas las manos que te dieron forma y vida! Me has convertido en un monstruo como tú. No tengo fuerzas para poder ser justo contigo. Vete y líbrame de tu odiada presencia.

—Cumpliré tus deseos —dijo, y, cubriéndome los ojos con una de sus monstruosas manos, que yo aparte con violencia, añadió—: Así te libro de la visión que aborreces. Podrás oírme sin verme. Te lo suplico. Mi historia es larga e increíble, y la temperatura de este lugar no es buena para ti. Acompáñame a mi cabaña. El sol está aún muy alto en el cielo, y antes de que descienda a iluminar otros mundos, habrás escuchado mi historia y podrás dictar sentencia. De ti dependerá que en adelante lleve una vida apacible o me convierta en el destructor de tus semejantes, y autor de tu ruina.

Al decir esto, emprendió la marcha por el mar de hielo. Le seguí, dominado por mis impresiones contradictorias. Por vez primera sentía en mí las obligaciones del creador con sus hijos. Esperaba ansiosamente oír lo que mi hijo tenía que decirme, y por ello le seguí hasta lo alto de la roca donde estaba su cabaña. Empezaba a lloviznar, y el frío era muy intenso. Me senté junto al fuego que el monstruo acababa de encender, y escuché su relato.

CAPÍTULO VIII

—SÓLO MEDIANTE un enorme esfuerzo puedo recordar el origen de mi existencia. Todos los sucesos de aquella época aparecen confundidos en mi recuerdo. Mil sensaciones diversas me invadieron cuando por vez primera pude ver, oír, oler y tocar. Pasó bastante tiempo antes de que supiera utilizar cada uno de mis miembros y mis diversos sentidos. Recuerdo que la luz se hizo tan intensa, que tuve necesidad de cerrar los ojos. Me encontré en medio de densas tinieblas y me invadió el terror, haciéndome abrir de nuevo los ojos y ver, otra vez la luz perdida. Me levanté, eché a andar y creo que bajé por una escalera, sin que ningún obstáculo pudiera cerrarme el paso. La luz se hizo tan intensa, que mis pobres ojos no podían resistirla y busqué refugio en un bosque cercano a Ingolstadt. Me tendí junto a un riachuelo a descansar, hasta que sentí hambre y sed. Comí bayas silvestres y bebí el agua del riachuelo. Luego, tendiéndome en la hierba, me dejé invadir por el sueño. »Era de noche cuando desperté. Sentí frío y miedo. Las ropas que el instinto me hizo coger al salir de tu casa eran insuficientes para protegerme. Me sentí débil y abandonado, y el dolor penetró en mi cuerpo por todos sus poros. Entonces me senté en el suelo y lloré.

«Pronto una plateada luz brilló sobre el bosque, llenándome de placer. Levanté la cabeza y vi un disco como de plata que flotaba en el negro cielo. Lo contemplé lleno de admiración. Se movía poco a poco, iluminando mi camino. Empecé de nuevo la busca de bayas. Seguía teniendo frío, cuando, debajo de un árbol, encontré una capa con la cual me abrigué, sentándome luego en el suelo. Ninguna idea clara se agitaba en mi cerebro. Todo era confusión. Sentía la luz, la sed, el hambre, la oscuridad y el frío; innumerables sonidos eran captados por mis orejas e infinitos olores entraban por mi nariz.

Pero lo único que podía ver, era la brillante luna, en la cual fijé, con placer, mis ojos.

»Los cambios de día a noche fueron muchos antes de que empezara a diferenciar mis sensaciones. Vi claramente el riachuelo que me proveía de agua, y los árboles cuyas ramas y hojas me prestaban sombra. Me encantó el descubrir que el agradable sonido que por las mañanas me saludaba, provenía de las gargantas de unos animalitos alados que muchas veces pasaron ante mis ojos. Luego empecé a distinguir los límites de la techumbre formada por los árboles. A veces intenté imitar el canto de los pájaros, pero no lo conseguí. En otras ocasiones quise expresar mis sensaciones y sólo conseguí emitir sonidos inarticulados que me asustaban de tal forma, que me veía obligado a guardar silencio.

»La luna había desaparecido de la noche, y cuando volvió a aparecer, la vi infinitamente más pequeña. Mi cerebro empezó a reflexionar. Luego, un día, encontré en el bosque una hoguera mal apagada, y su calor me llenó de dicha. Era tanto mi placer, que alargué la mano hacia las ascuas y la retiré en seguida, lanzando un grito de dolor. ¡Cómo me extraño que la misma causa pudiese producir efectos tan distintos! Examiné los materiales del fuego y, con alegría, descubrí que sólo la madera entraba en su composición. Reuní en seguida unas ramas, pero estaban húmedas y no quisieron arder. Dolorido, me senté junto al fuego, contemplándolo extraño cuando, de súbito, las ramas húmedas que dejé sobre él se fueron secando y la madera se inflamó. Reflexioné sobre aquello y, tocando las diversas ramas, comprendí el motivo de que unas ardieran y otras no. Si reunía una gran cantidad de ramas secas tendría fuego. Al llegar la noche y venirme el sueño, me asaltó el gran temor de que si me dormía se apagase la hoguera. La llené de ramas secas, sobre la cual puse otras mojadas y verdes, y envuelto en mi capa, me tendí a dormir.

«Amanecía cuando me desperté. Mi primer cuidado fue examinar el fuego. Al apartar las ramas superiores, brilló en seguida una lengua de fuego, y en un momento, las llamas chisporrotearon

alegremente. Al llegar aquella noche, me di cuenta, con placer, de que la hoguera daba, además de calor, una luz brillante que disipaba las tinieblas a su alrededor.

»Al descubrir la hoguera, había encontrado junto a ella comida que había sido calentada al fuego. Su sabor era más bueno y, desde entonces, probé de utilizar las llamas para mejorar mi alimentación. Las bayas perdían mucho al ser calentadas, pero, en cambio, las raíces, mejoraban extraordinariamente su sabor.

«Pero a medida que fue pasando el tiempo, la comida se hizo más escasa y, a veces, pasaba todo el día buscando algo con que calmar mi hambre. Eso me decidió a abandonar el lugar donde hasta entonces había vivido y marchar a otro donde mis necesidades pudieran ser más fácilmente cubiertas. En esta emigración lamenté por encima de todo la pérdida del fuego cuyo descubrimiento fue accidental, y que no sabría reproducir en otro sitio. Durante varias horas traté de resolver este problema, pero al fin tuve que abandonarlo, y envolviéndome en mi capa, marché a través del bosque en dirección al sol poniente. Anduve así, errante, durante tres días, y al fin me encontré en terreno descubierto. La noche anterior nevó en abundancia, y los campos mostraban una uniforme blancura. Este aspecto de la tierra me resultó desolador; además, la blanca y húmeda sustancia que cubría el suelo, helaba mis pies.

»Eran cerca de las siete de la mañana y estaba ansioso de refugio y alimentos. Al fin descubrí una pequeña choza levantada, sin duda, para resguardo de algún pastor. Esta era una visión nueva para mí. Examiné curiosamente la construcción y, encontrando abierta la puerta, entré en ella. Un viejo se hallaba sentado junto a un fuego sobre el cual preparaba su almuerzo. Al oírme entrar se volvió y, lanzando un chillido, salió de la choza, huyendo por los campos.

»El aspecto de aquel hombre era enteramente distinto a todo cuanto hasta entonces había visto yo. Su vista me sorprendió. Pero el aspecto de la choza me agradó mucho. Allí no podían penetrar la nieve ni el frío. El suelo estaba seco y volvía a tener fuego.

»Con devorador apetito comí el desayuno del pastor, que consistía en queso, leche, pan y vino. Esto último no me gustó. Luego, vencido por el cansancio, me tendí sobre un lecho de paja y quedé al poco tiempo dormido.

»Era mediodía cuando desperté, y atraído por el cálido sol que brillaba en el cielo, decidí reanudar mi viaje. Guardé en una zamarra el resto del almuerzo del pastor y emprendí la marcha. Hacia el ocaso llegué a un pueblo. ¡Qué milagroso me pareció aquello! Las casas, los alimentos colocados por doquier, las jarras de leche ante las puertas de las casa. Mi apetito se despertó y quise entrar en una de las mejores casas del pueblo. Apenas hube llamado a la puerta, los niños se echaron a gritar y las mujeres se desmayaron. La alarma cundió por todo el pueblo. Parte de sus habitantes huyeron, pero otros me atacaron con piedras y palos, llenándome de heridas y haciéndome huir de nuevo al campo.

»Busqué refugio en una pequeña cueva, cerca de una casa de agradable aspecto, en la cual, después de lo ocurrido en el pueblo, no me atreví a entrar. Alfombré con paja mi refugio, y me oculté en él al ver a lo lejos, la figura de un hombre. Recordaba demasiado bien el trato recibido el día antes para exponerme a ser visto por él.

«Este es uno de los puntos culminantes de mi existencia. Desde mi cobijo fui siguiendo día tras día la vida de los habitantes de aquella casa. Durante las noches me arrastraba hasta sus ventanas y escuchaba sus palabras. Al principio no entendía nada, pero luego, a medida que fui observando lo que hacían, fui aprendiendo palabras sueltas, que luego uní en frases, y supe lo que significaba fuego, leche, hermano, hermana, pan. Luego aprendí los nombres de los habitantes de la casa, distinguí otras palabras que no supe aplicar, como querido, bueno, desgraciado.

»Y así, día tras día, siguiendo sin ser visto, la vida de los habitantes de aquella casa, repitiendo luego en mi cueva las palabras que les había oído, aprendí a hablar.

«Mientras mejoraba la dicción aprendí, también la ciencia de las letras, escuchando las lecciones que los mayores daban a los niños.

Así aprendí historia, geografía y matemáticas. Supe del descubrimiento de América, de las virtudes de los romanos y del arte de los griegos.

«Todos estos hechos me produjeron honda emoción. ¿Era posible que el hombre fuese, tan poderoso, tan grande y, al mismo tiempo, le dominaran pasiones tan bajas como las que yo le conocía?

«Un día escuché una discusión sobre la sociedad humana. Oí hablar de la división de la propiedad, de las riquezas enormes y de la miseria llevada al límite, de posiciones sociales y de nobleza.

«Estas palabras me hicieron pensar en mí. La riqueza o el descender de buena familia eran esenciales. Con cualquiera de ambas cosas un hombre podía ser respetado; pero sin ellas se le consideraba peor que un vagabundo, peor que un esclavo. ¿Qué era yo? Ignoraba quién me creó y cómo. No tenía amigos, ni familia ni posición social. Además, mi figura era horrible, repugnante, distinta de aquella de cuantos acudían a la casa. Sin embargo, yo valía más que todos ellos. Podía vivir con un alimento escasísimo; soportaba el calor y el frío mejor que mis semejantes, y mi tamaño era infinitamente mayor que el de ellos. Al mirar a mi alrededor no veía a nadie semejante a mí. ¿Sería, pues, un monstruo, del que todos tenían que huir?

»Una noche en que me aventuré a entrar en la casa, por una ventana, para coger los escasos alimentos que necesitaba, y dejar, a cambio de ellos, una carga de leña, encontré, en una mesa, tres libros. Eran *El Paraíso Perdido*, *las Vidas Paralelas*, de Plutarco, y *las Cuitas de Werther*. Por fortuna estaban impresas en grandes caracteres, semejantes a aquellos de la pizarra donde los niños aprendieron a unir las letras y a escribir. Con dificultades enormes empecé a leerlos, y lo que en ellos descubrí aumentó mi admiración por el hombre y la Humanidad. Cada uno de los tres libros produjo un efecto distinto en mí, y aunque mucho de su contenido me resultó ininteligible, lo restante me permitió hacerme una idea clarísima de la vida y de la sociedad.

»El Paraíso Perdido me hizo comprender que, como Adán, yo no estaba ligado por lazo alguno a otro ser humano. Él había nacido de las manos de Dios, feliz y próspero, distinto a mí en eso, pues el Creador le había hecho perfecto, en tanto que yo me parecía mucho más a Lucifer.

»El haber aprendido a leer me permitió enterarme del contenido de los papeles que encontré en el traje que me llevé de tu casa al huir de allí. Era tu diario de los meses que precedieron a mi creación. En él describías con todo detalle mi formación, uniendo esto con detalles de tu vida doméstica. Seguramente recordarás aquellos papeles. Aquí están. Todo mi origen se encuentra explicado aquí. Se refieren, a detalles, las repugnantes circunstancias que precedieron a mi formación. El horror que tú expresaste en tu diario, se me comunicó a mí al saberme hecho de cadáveres. Mis entrañas se revolvieron a medida que leí todo el horror de mi creación. «¡Maldito día aquel en que recibí la vida!», exclamé. «¡Maldito sea mi creador!» ¿Por qué hiciste de mí un monstruo tan repugnante que, tú mismo, mi padre, huiste de mí, horrorizado? No, yo no era como Adán. Ninguna Eva calmaba mi dolor. Adán se comunicaba con el Ser Supremo que le dio vida. ¿Dónde estaba, en cambio, el hombre que formó mi cuerpo y me dio inteligencia? Mi Dios me había abandonado, y en la amargura de mi corazón, le maldije.

»Al fin, un día, decidí entrar en la casa. Quise hablar con sus habitantes, explicarles mis penas y recibir su consuelo. No me daba cuenta de que mi aspecto sólo podía inspirar horror.

»Y eso fue lo que ocurrió. Aquellos seres que me habían parecido llenos de bondad, se vieron invadidos por el espanto al llamar yo a su puerta. Las mujeres se desmayaron, los niños huyeron empavorecidos, y los mayores me agredieron con palos, que yo hubiese podido romper como si fueran juncos. Sin embargo, no hice resistencia. Me dejé golpear y luego, angustiado, huí de aquella casa, y escondiéndome en un bosque, llené el aire con mis gritos y

rugidos. Me sentía como una bestia salvaje, y vagué de un lado a otro de la selva como un lobo rabioso.

»En los árboles los pájaros desgranaban sus trinos. Todos los habitantes del bosque menos yo, descansaban o disfrutaban de la vida. Yo, el monstruo, llevaba dentro de mí un infierno, y, no hallando simpatía ni cariño en lugar alguno, deseé abatir los árboles, llevar la destrucción a mi alrededor, y luego sentarme a contemplar, dichoso, la ruina provocada por mí.

»Pero esto no duró mucho. El violento ejercicio me rindió, haciéndome caer sobre la húmeda hierba, vencido por la impotencia y la desesperación. Entre los millones de hombres que pueblan el mundo, ninguno podía sentir piedad ni cariño hacia mí. ¡Si hasta mi mismo creador me arrojó de su lado! ¿Debía, pues, ser bueno con mis enemigos? No; desde aquel momento declaré la guerra a la especie humana y, sobre todo, a aquel que después de darme forma, me lanzó las terribles miserias del mundo.

CAPÍTULO IX

»No PODÍA volver a mi refugio, ni entrar de nuevo en la casa que fue mi escuela. Decidí huir de allí. El mundo se extendía amplísimo ante mí. Pero, ¿adonde encaminarme? Cualquier nación o tierra me serían igualmente hostil. A mi cerebro volvió tu recuerdo. Tu diario me indicaba que tú eras mi padre, mi creador. Por lo tanto, ¿a quién mejor que a ti debía dirigirme para que me encaminases por los senderos de la vida?

»En las enseñanzas que escuché a través de los cristales de aquella casa, figuraba, como ya te he dicho, la geografía. Esa ciencia me permitió conocer la situación, aproximada, de las distintas naciones del globo. En distintas ocasiones mencionabas el nombre de Ginebra como el de tu ciudad natal; hacia allí decidí encaminarme.

»Mas, ¿cómo guiarme? El camino a seguir era el del Suroeste; pero mi única guía era el sol. Ignoraba los nombres de las ciudades que debía cruzar, no podría pedir informes a ningún ser viviente. A pesar de ello no desesperé. En ti estaba mi única esperanza de socorro, a pesar de que el odio era el único sentimiento que mi alma abrigaba hacia ti, que, después de dotarme de sentidos y pasiones, me lanzaste al mundo como un objeto de horror hacia la humanidad. Sin embargo, tú eras el único que podía reformarme, y lograr que se me hiciese justicia, ya que todos los demás huirían de mí aterrados.

»Mis viajes fueron largos, y mis sufrimientos muy intensos. Viajaba sólo de noche, temiendo tropezar con los seres humanos. Llegó el invierno, y la naturaleza fue muriendo y el sol perdió su calor; se helaron los más anchos ríos, y la superficie de la tierra se puso dura y helada. Me encontré sin refugio, aterido de frío y cuanto más me aproximaba a tu patria mayor era en mí el deseo de venganza.

»Ni la nieve ni el hielo pudieron cerrarme el paso. Me guiaba por un mapa de la región, pero a veces me desviaba enormemente de mi camino. La angustia de mis sentimientos no me daba reposo; no me ocurría ningún incidente que no sirviera para alimentar mi ira y mi odio, pero lo que ocurrió cuando llegué a los confines de Suiza, cuando ya el sol había recobrado su calor, y la tierra volvía a ser verde y jugosa, aumentó extraordinariamente mi odio a la humanidad.

«Seguía viajando de noche y descansando durante el día. Sin embargo, una mañana, viendo que tenía que atravesar un espeso bosque, me aventuré a proseguir mi viaje después que el sol se hubo levantado. Todo era alegría en el bosque, y sentí que mi alma se alegraba con la alegría de la tierra. Olvidando mi soledad y mi monstruoso aspecto, me atreví a sentirme feliz.

«Avancé por los senderos del bosque, hasta que alcancé sus límites, que estaban señalados por un profundo y rápido torrente, sobre el cual numerosos árboles inclinaban sus ramas cubiertas de hojitas primaverales. Allí me detuve sin decidirme por el camino a seguir. De súbito oí unas voces que me movieron a ocultarme tras un sauce. Apenas lo había hecho vi acercarse una muchacha que venía riendo en dirección al sitio donde me encontraba, como escapando de alguien a quien no se veía. Siguió corriendo a lo largo de la orilla del torrente cuando, de pronto, perdió pie y cayó al agua.

«Abandoné mi escondite y, venciendo con dificultad la fuerza del torrente, logré salvar a la joven arrastrándola hasta la orilla. Estaba sin sentido, y por todos los medios a mi alcance procuré devolverle el sentido. Mis esfuerzos fueron interrumpidos por la llegada de un campesino, sin duda la persona de quien, jugando, había huido la muchacha. Al verme, el recién llegado se precipitó encima de mí y me arrancó la joven de los brazos, escapando hacia lo más espeso del bosque. Le seguí corriendo, sin saber exactamente por qué, mas cuando llegué cerca de él, sacó una pistola que había llevado oculta hasta entonces y disparó sobre mí. Caí al suelo, y, mi atacante, acelerando la marcha, logró ponerse fuera de mi alcance.

«¡Aquél era el premio de mi bondad! Había salvado una vida humana, y como recompensa me encontraba retorciéndome en el suelo a causa de una herida que me abrasaba la carne y el hueso. Los sentimientos de bondad que había alimentado unos momentos antes, se trocaron en diabólica ira que me hizo jurar odio eterno a la humanidad. Pero el dolor de mi herida me dominó hasta hacerme perder el sentido.

«Durante unas semanas arrastré una miserable existencia en el bosque, esforzándome por curar la herida recibida. La bala me había entrado por el hombro e ignoraba si estaba aún allí o si había atravesado la carne. Fuera lo que fuese, me resultaba imposible extraerla. Mis dolores se aumentaron con la abrumadora sensación de la injusticia y de la ingratitud, haciéndome repetir mis juramentos de odio para compensar los dolores sufridos.

»Al cabo de algunas semanas se curó mi herida y proseguí mi viaje. Mis fatigas ya no fueron aliviadas por el sol y la alegría que la primavera prestaba a la naturaleza. Todo cuanto veía a mi alrededor era como una burla a mi desolación.

«Pero mi peregrinación tocaba ya a su fin, y dos meses después alcanzaba los alrededores de Ginebra.

«Era casi de noche cuando llegué allí, y me retiré a un escondite situado en los bosques próximos, para meditar de qué forma me podría poner en contacto contigo. Me dominaba la fatiga y el hambre. Un breve sueño me alivió del dolor de pensar, pero ese sueño lúe turbado por un hermoso niño que se acercó, penetrando en el refugio que yo había elegido. De pronto al mirarle, me asaltó una idea. Aquella criatura, que había vivido demasiado poco tiempo, no podía sentir aún horror a mi deformidad. Si podía hacerla mía y educarla hasta convertirla en mi amigo y compañero, no me sentiría tan solo en el mundo.

«Dominado por ese impulso, cogí al niño cuando pasaba junto a mí y lo atraje al interior de mi refugio. En cuanto me vio cubrióse el rostro con las manos y lanzó un chillido de horror: le obligué a retirar las manos de sus ojos y le pregunté:

»—¿Qué significa esto, niño? No quiero hacerte ningún daño. Escúchame.

«Luchó violentamente.

»—¡Suéltame, monstruo, déjame marchar! —gritó—. ¡Quieres devorarme! ¡Eres un ogro! ¡Suéltame o se lo diré a mi padre!

»—Nunca más volverás a ver a tu padre, chiquillo —dije—; tienes que venir conmigo.

»—¡Suéltame, monstruo! —repitió el chiquillo—. Mi padre es un síndico y te hará castigar. Es Frankenstein. No me toques.

»—¡Frankenstein! —exclamé—. Entonces perteneces a mi enemigo, al ser de quien he jurado vengarme. ¡Tú serás mi primera víctima!

»El niño luchó violentamente y me llenó de improperios que aumentaron mi furia; le agarré de la garganta para obligarle a callar, y un momento después le vi caer, sin vida, a mis pies.

»Al contemplar a mi víctima el corazón se me llenó de diabólica alegría: aplaudiendo, exclamé:

»—¡También yo puedo crear desolación; mi enemigo no es invulnerable; esta muerte llenará de desesperación su alma y la angustia y otros mil dolores le atormentarán y llenarán de amargura su existencia!

»Al fijar la vista en el pecho del niño vi que algo brillaba sobre él. Lo cogí. Era el retrato de una mujer muy hermosa. Mi ira se calmó. Me sentí atraído por aquel hermoso rostro. Durante unos instantes lo contemplé lleno de ilusión; pero al cabo de un instante me invadió de nuevo la furia; recordé que me vería siempre privado de las delicias que tales criaturas pueden otorgar. Y pensé que aquella mujer tan hermosa, cuya efigie contemplaba embelesado, si me viera cambiaría su dulzura por el horror, el miedo y la repugnancia.

«Abandoné el lugar donde acababa de cometer mi crimen y al poco rato llegué a una casa que creía vacía. Una mujer dormía sobre un montón de paja. Era joven, no tan hermosa como aquella del retrato, pero sumamente atractiva. Pensé en lo hermoso que sería

obtener una dulce sonrisa de ella e, inclinándome sobre su rostro, murmuré:

«—Despierta y contempla a quel que te ofrece todo su amor y toda su vida.

»La, durmiente se agitó; un estremecimiento de miedo recorrió mi cuerpo. ¿Se horrorizaría de mí? ¿Me denunciaría como asesino? Me dominó la locura. El ser malo que hay dentro de mí se impuso a todos los demás sentimientos y decidí que ella pagara mi culpa. Gracias a las lecciones aprendidas en los libros que leí, sabía lo que hacer para dirigir hacia ella las sospechas de mi crimen. Con el mayor cuidado coloqué entre sus ropas el retrato. La vi moverse de nuevo y huí velozmente de allí.

«Durante varios días vagué por los alrededores de donde cometí mi crimen. Unas veces deseaba verte; otras, anhelaba acabar con mi vida, abandonando para siempre el mundo y sus miserias. Al fin me dirigí hacia estas montañas, y desde entonces he vagado por aquí, consumido por una abrasadora pasión que tú solo puedes calmar. No nos separaremos hasta que me prometas cumplir mis deseos. Estoy solo, me siento desgraciado; los hombres rehuyen mi compañía; pero una mujer tan deforme y horrible como yo no me, rechazaría. Mi compañera tiene que ser de mi misma especie, tener mis propios defectos. ¡Es preciso que crees para mí esa mujer!

CAPÍTULO X

EL MONSTRUO dejó de hablar y fijó en mí su mirada, aguardando mi respuesta. Pero yo me encontraba demasiado desconcertado y perplejo para contestar y, mucho menos, para ordenar mis alteradas ideas lo suficiente para comprender por entero su proposición. Entonces siguió:

—Debes crear una hembra para mí, para que pueda vivir con ella, e intercambiar el amor que necesito. Eso, sólo tú puedes hacerlo, y te lo pido como un derecho que no puedes negarte a concederme.

Estas últimas palabras hicieron rebrotar en mí la ira que se había calmado un tanto mientras me explicó su vida desde nuestra separación. Sin poder dominar mi rabia, repliqué:

—¡No lo haré! Tus tormentos no hallarán piedad en mí. Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero jamás conseguirás que cree otro monstruo semejante a ti, para que juntos desoléis el mundo. ¡Ya he contestado a tu proposición! Puedes torturarme, pero jamás consentiré en secundar tus planes.

—Te engañas —replicó mi creación—. En vez de amenazarte prefiero razonar contigo. Soy malo porque soy desgraciado. ¿No me encuentro odiado y repelido por toda la humanidad? Tú mismo, el creador de mi persona, desearías hacerme pedazos. Ten en cuenta eso, y dime si lógicamente puedo sentir por los hombres una piedad que ellos no me profesan. Si pudieras precipitarme al fondo de una de esas grietas de hielo, consideraría que no habías cometido ningún crimen. ¿Debo respetar al hombre, cuando él no me respeta? En cambio, si me admitiese junto a él, si se mostrara bueno conmigo, en vez de hacerle daño le prestaría toda la ayuda de mis fuertes brazos. Pero eso no puede ser. Los sentidos del hombre ofrecen una barrera infranqueable a nuestra unión. Y, sin embargo, yo me sentiría feliz siendo su esclavo más abyecto. Pero si no puedo

inspirar amor, al menos haré que me odie y se me tema. Y sobre todos tú, mi creador, serás mi víctima. Mi odio hacia ti será tan largo como tu vida. Y antes de acabar contigo, haré que la desesperación anide en tu pecho y maldigas la hora en que naciste.

Una furia diabólica le animaba al pronunciar estas palabras; su rostro estaba contraído, pero al fin logró dominarse y siguió:

—Deseo convencerte con razones. ¿No te das cuenta de que tú eres la causa de todo? Si alguien se mostrase benévolo conmigo, le devolvería con creces cuanto me diera. El cariño de un solo ser en el mundo me haría perdonar el odio de todos los demás. Lo que te pido es razonable. Sólo quiero una criatura de sexo contrario al mío, tan repulsiva como yo. No pido más. Con ese poco me conformo. Es cierto que seremos dos monstruos apartados del mundo; pero eso mismo hará que nos sintamos más unidos. Nuestras vidas no serán felices, pero sí inofensivas y yo me veré libre del dolor que ahora me invade. Tú eres mi creador, puedes hacerme feliz y por ese solo beneficio te estaré reconocido eternamente. No rechaces mi petición.

Me sentí conmovido; me estremecí al imaginar las consecuencias de mi consentimiento, pero no pude por menos de encontrar cierta justicia en la demanda. La manera de hablar de aquella criatura creada por mí me hacía ver que mi obra era perfecta. Por lo tanto, ¿no le debía alguna compensación? ¿No tenía la obligación de hacerle feliz? Observando el cambio que se verificaba en mi rostro, siguió:

—Si accedes a lo que te pido, ni tú ni ningún otro ser humano nos volverá a ver; marcharé a las salvajes regiones de la América del Sur. Mi alimentación no es la misma del hombre. No mato seres vivos para comerlos; me bastan el maíz, el trigo, las bayas y las raíces. Mi compañera será igual que yo y, por lo tanto, será feliz con mi misma dieta. Veo piedad en tus ojos y comprendo que estás dispuesto a ceder a mis ruegos.

—Dices que huirás de la civilización para morar junto a las bestias. ¿Cómo podrás soportar ese destierro, tú que tanto anhelas

la compañía humana? Volverías para habitar entre tus semejantes, para obtener su cariño, y de nuevo te encontrarías con su odio. Entonces tus malas pasiones se volverían a desatar y en tu odio te verías ayudado por la compañera que yo te habría creado. No puede ser; deja de suplicar, pues jamás podré consentir.

—¡Qué inconstantes son tus sentimientos! ¿Por qué, si hace un momento estabas ya dispuesto a ceder, te vuelves a mostrar duro y sordo a mis ruegos? ¡Te juro por la tierra que habito y por ti, que me diste el ser, que si me das la compañera que te pido huiré de aquí y me ocultaré en el lugar más agreste del planeta! Mis malas pasiones morirían, porque tendré a alguien que me quiera. Mi vida transcurrirá apacible y, en el momento de mi muerte, no maldeciré a quien me creó.

Sus palabras produjeron un extraño efecto en mí. Sentí piedad por él y deseos de consolarle. Pero al mirar de nuevo su rostro y recordar el horror que utilicé para formarlo, me sentí invadido por las náuseas, el espanto y el odio. Intenté dominar estas sensaciones. Me dije que a pesar de no poder sentir simpatía alguna por él, no tenía tampoco derecho a privarle de la poca dicha que pudiese proporcionarle.

—Juras ser inofensivo —le dije—. Pero, ¿no has demostrado ya una maldad terrible? ¿No será todo eso una añagaza para aumentar tu poder vengativo?

—En el cariño de otro ser sólo podría tener buenos efectos. Mis malas cualidades son sólo resultado de mi soledad. Mis virtudes se harán más fuertes cuando pueda vivir con alguien.

Me detuve a reflexionar sobre todo cuanto me había dicho, y en los argumentos utilizados. Pensé en la promesa de virtud que me había hecho; en lo lógico de que sintiera odio al verse odiado. Después de una larga reflexión decidí que la justicia debida a él y a mí, exigía la concesión de lo que me era solicitado. Volviéndose hacia él, dije, pues:

—Consiento en concederte lo que me pides, siempre y cuando me prometas, solemnemente abandonar Europa y vivir lejos de la

vecindad de los humanos, en cuanto te entregue la hembra que te acompañará en tu destierro.

—¡Lo juro! —exclamó—. ¡Lo juro por el sol y por el cielo azul, por el fuego de amor que arde en mi pecho! Si accedes a mi demanda no volverás a verme jamás. Marcha a tu casa y empieza tu trabajo. Aguardaré impaciente a que me anuncies tu éxito.

Al decir esto se alejó de mí, temeroso, sin duda, de algún cambio en mis sentimientos. Le vi descender a una velocidad terrible por la montaña, y perderse por las ondulaciones del mar de hielo.

El relato de su infortunio había durado mucho más de lo previsto, y al abandonar la cabaña, vi que el sol estaba ya ocultando. Comprendí que debía acelerar mi marcha hacia el valle, pues de lo contrario la noche me sorprendería a mitad de camino. Sin embargo, la angustia pesaba sobre mí y acortaba mis pasos. El amanecer llegó mucho antes de que yo alcanzara el poblado de Chamonix. Una vez allí, sin descansar ni un minuto, emprendí el regreso a Ginebra y a mi hogar.

Al verme entrar allí, pálido y desenchajado, todos se asustaron. Apenas contesté a sus preguntas. Me sentía maldito y sin derecho a reclamar su afecto. Y por el bien de ellos decidí ponerme en seguida al trabajo que tanto horror me causaba. La perspectiva de repetir mi obra pesaba terriblemente sobre mi espíritu.

CAPÍTULO XI

DÍA TRAS día y semana tras semana fueron transcurriendo desde mi regreso a Ginebra, sin que me fuera posible reunir el valor suficiente para ponerme a trabajar. Temía la venganza del decepcionado monstruo y, sin embargo, me era imposible dominar la repugnancia de repetir aquella horrenda tarea. Me di cuenta de que me era imposible crear una mujer sin dedicar antes muchos meses al estudio. Me enteré de que un sabio inglés había hecho determinados descubrimientos que eran importantísimos para mi trabajo. Por ello pensé varias veces en solicitar el permiso de mi padre para marchar a Inglaterra con ese fin.

Pero aproveché todas las excusas posibles para ir retrasando tal demanda. Además, se había producido en mí un cambio notable: Mi salud, hasta entonces tan delicada, había mejorado sensiblemente. Mi ánimo, cuando no se sentía abatido por el recuerdo de mi promesa, era alegre y animado. Mi padre observó, complacido, el cambio, y buscó la manera de borrar en lo posible las últimas huellas de mi anterior melancolía.

—Me alegra verte repuesto, hijo mío —me dijo un día—. Me has tenido muy inquieto y por ello no te he querido hablar hasta ahora de un deseo que fue de tu madre y es también mío. Tu matrimonio con Isabel. Eso sería el lazo que aseguraría vuestro hogar, y el apoyo de mi vejez. Desde que erais niños os sentisteis atraídos el uno hacia el otro, estudiasteis juntos y por vuestra igualdad de gustos parecíais destinados el uno para el otro. Tal vez la convivencia ha hecho que os miréis como hermanos y tu amor se dirija hacia otra mujer.

—Te aseguro que Isabel es la única mujer que puedo amar —dije.

—Entonces, dime en seguida si tienes algo que oponer a un inmediato matrimonio. Eres joven, pero no creo que el casarte fuera un obstáculo para tu carrera. Sin embargo, no creas que quiero

dictarte la felicidad ni que un retraso me hiciera terriblemente desgraciado. Contéstame, pues, con sinceridad y confianza.

Escuché en silencio a mi padre y durante algún tiempo me sentí incapaz de respuesta alguna. Pasaron por mi cerebro infinidad de pensamientos y busqué afanosamente alguna solución. Desgraciadamente, la idea de un matrimonio inmediato con Isabel me horrorizaba. Estaba atado por una promesa solemne que aún no había cumplido ni me atrevía a quebrantar, por temor a las desgracias que podían abatirse sobre mi familia. ¿Podría acaso unirme a Isabel llevando aquel peso sobre mí? Antes tenía que crear la hembra del monstruo y entregársela para que abandonara el mundo civilizado. Después de esto podría entregarme a la dicha de una unión que traería la paz a mi espíritu.

Recordé también la necesidad de marchar a Inglaterra o entablar una larga correspondencia con el sabio cuyos descubrimientos podían serme de gran utilidad en mi nueva empresa. El último medio de obtener las indicaciones que necesitaba ofrecía la contra de una larguísima dilación. Además, me repugnaba la idea de entregarme a mi horrible trabajo en la propia casa de mi padre. Sabía que mil terribles accidentes podían ocurrir, el menor de los cuales me rodearía de una aureola de espanto. Mientras estuviera haciendo aquello tenía que alejarme de todos los seres queridos. Una vez realizada mi obra podría regresar en paz junto a mi familia, pues el monstruo habría partido para siempre o, según esperaba, algún accidente ocurriría entre tanto y le destruiría, poniendo fin a mi esclavitud.

Estos pensamientos dictaron mi respuesta. Expresé mi deseo de visitar Inglaterra; pero oculté el verdadero fin de mi demanda. Oculté mis deseos bajo un disfraz que no despertó sospecha alguna, y mi padre se alegró ante la prueba de que mi melancolía estaba ya tan disipada que incluso veía con gozo la perspectiva optimista ofrecida por la realización de un viaje como aquél.

La duración de mi ausencia se dejó a mi cuidado. Unos meses o, todo lo más un año, fue el tiempo fijado. De acuerdo con Isabel, mi

padre decidió darme un compañero de viaje. Y la elección recayó sobre Clerval, que debía unirse conmigo en Estrasburgo. Esto echaba por tierra mis deseos de soledad, pero en las primeras etapas de mi viaje, la presencia de mi amigo no podía representar ningún obstáculo serio y, además, me alegraba la idea de que con ello me ahorraría muchas horas de enloquecedora meditación. También el tener a mi lado a Henry evitaría que el monstruo se atreviera a presentarse ante mí.

Marcharía pues hacia Inglaterra y se convino que a mi regreso se celebraría mi unión con Isabel. La avanzada edad de mi padre le hacía ver con disgusto todo posible retraso. En cuanto a mí, la promesa de casarme con Isabel era un premio que compensaría el trabajo a que tenía que entregarme, un consuelo en mi desolación. Isabel me ayudaría a olvidar mi horrible pasado.

A fines de septiembre abandoné mi patria. En Estrasburgo aguardé unos días la llegada de Clerval. Al fin llegó. ¡Qué grande era el contraste entre nosotros! Él era un hombre alegre, atento a todo nuevo paisaje, gozando de los maravillosos atardeceres, feliz ante las glorias de las bellas auroras.

—¡Esto es vivir! —exclamaba, señalándome cada nueva belleza que sus ojos descubrían—. ¡Ahora gozo de la existencia! Pero, mi querido Frankenstein, ¿a qué se debe tu continua tristeza?

Realmente mi cerebro estaba lleno de sombríos pensamientos, y ninguno de los espectáculos que nos ofrecían las riberas del Rin, servía para animarme. Decidimos descender por el hermoso río desde Strasburgo hasta Rotterdam, donde embarcaríamos hacia Londres. Durante el viaje pasamos junto a infinitas islas pobladas de hermosos árboles, y vimos un sinfín de magníficas ciudades. Nos detuvimos un día en Manheim, y al quinto de nuestra partida de Strasburgo llegamos a Maguncia. Allí el curso del Rin se hace más pintoresco, corre más velozmente y discurre entre montañas no altas, pero sí escarpadas y coronadas por ruinosos castillos.

—Jamás he visto nada tan hermoso —declaró Henry—. He visitado los lugares más bellos de nuestra patria, los lagos de

Lucerna y de Uri, las montañas ile La Valais y del Pays de Vaud, pero este país, Víctor, me agrada infinitamente más. Las montañas de Suiza son más majestuosas y extrañas, pero las orillas de este divino río tienen un encanto que jamás he visto igualado. Mira aquel castillo que domina este precipicio, y aquella isla oculta por los árboles, y aquel grupo de campesinos que salen de un pueblo que no podemos ver, en dirección a sus viñedos. No cabe duda que el espíritu que habita y guarda este lugar tiene un alma más en armonía con el hombre, que aquellos que viven en los glaciares o se retiran a las inaccesibles montañas que caracterizan la topografía de nuestra patria.

Perdone que me haya dejado llevar por mis angustiosos recuerdos; estas pobres palabras son un insignificante tributo pagado al incomparable valor de Henry, y calman la angustia que su recuerdo aviva en mí. Seguiré, pues, con mi relato.

Más allá de Colonia descendimos a las llanuras de Holanda, y decidimos hacer en posta el resto de nuestro viaje, ya que el viento era contrario y el curso del río demasiado suave para ayudarnos.

Aquí perdió todo interés nuestro viaje. Llegamos a Rotterdam y seguimos por mar hacia Inglaterra, cuyas costas vislumbramos un claro día de finales de diciembre. El estuario del Támesis ofreció un nuevo panorama a nuestros ojos. Las tierras eran allí llanas y fértiles, y casi todas las ciudades estaban marcadas por el recuerdo de algún hecho histórico. Tilbury Fort, nos hizo pensar en la Armada Invencible; Gravesend, Woolwich y Greenwich, lugares cuya fama llegó hasta mi país.

Al fin descubrimos las agujas de las iglesias de Londres, la cúpula de San Pablo dominándolas a todas, y la Torre, famosa en la historia de la Gran Bretaña.

CAPÍTULO XII

LONDRES FUE nuestro punto de descanso; decidimos permanecer varios meses en esa admirable y famosa ciudad. Clerval deseaba el intercambio con los hombres de talento que florecían en aquella época. Para mí eso era de importancia secundaria, ya que mi interés principal estaba en hacerme lo antes posible con las cartas de presentación necesarias para llevar a cabo mi promesa. Con ellas y con las que traía de mi país, visité a los más famosos sabios cuyas investigaciones científicas estaban relacionadas con mis trabajos.

Si aquel viaje se hubiera realizado en mis tiempos de estudiante habría disfrutado enormemente, pero una tormenta terrible azotaba mi vida, y sólo visité a aquellas personas que podían proporcionarme los informes precisos para el logro de mis propósitos.

En cambio, Clerval, tan parecido a mí, se mostraba ansioso de saber, de aprender mediante la experiencia de los demás, sacando de todos los lugares una fuente enorme de instrucción y alegría. Allí fomentó un deseo largo tiempo alimentado. Quería visitar la India para estudiar el idioma y los sistemas de su colonización y vida indígena. Inglaterra era el punto más indicado para ello.

La única nube que empañaba su alegría era mi tristeza, que yo procuraba ocultar lo más posible a fin de no apartarle de sus distracciones naturales en quien visitaba por primera vez un país tan distinto al nuestro. A veces me negaba a acompañarle alegando otros compromisos. Lo hacía con el fin de quedarme solo. Fue entonces, también, cuando empecé a reunir los materiales necesarios para mi nueva creación, y esto era para mí una tortura semejante a la que sufre el condenado que recibe sobre su cabeza la caída continua de una gota de agua. Todo pensamiento que dedicaba a mi obra era de extrema angustia, y cada palabra o alusión a ello me hacía temblar los labios y palpar el corazón.

Después de pasar algunos meses en Londres recibimos una carta de un escocés que nos había visitado en Ginebra. Mencionaba las bellezas de su tierra y nos pedía que prolongásemos nuestro viaje hasta Perth, su lugar de residencia. Clerval deseaba aceptar la invitación y, por mi parte, aunque odiaba la sociedad, anhelaba ver de nuevo montes, ríos y todas las bellezas con que la Naturaleza los adorna.

Esto ocurría en febrero y decidimos emprender el viaje hacia el Norte al finalizar el otro mes. No pensábamos seguir la carretera directa a Edimburgo, sino visitar Windsor, Oxford, Matlock y los lagos de Cumberland, calculando nuestra llegada a Perth hacia fines de julio.

Empaqueté mis instrumentos de química y los materiales reunidos ya para mi obra, calculando terminarla en algún solitario refugio de las tierras altas de Escocia.

Salimos de Londres el 27 de marzo y permanecimos, unos días en Windsor, paseando por su magnífico bosque. Para nosotros, montañeses, aquel era un espectáculo enteramente nuevo: los majestuosos robles, la cantidad de caza menor y los magníficos ciervos.

De allí seguimos hasta Oxford. Al entrar en la ciudad me asaltó el recuerdo de lo ocurrido allí siglo y medio antes. En Oxford reunió Carlos I sus fuerzas. Aquella ciudad permaneció fiel al soberano, después que toda la nación le abandonó para unirse bajo el estandarte del Parlamento y la libertad. La memoria de aquel desgraciado rey y de sus compañeros, el amable Falkland, el insolente Goring, la reina, su hijo, todo ello me hizo sentir un interés muy grande por todos los rincones de la población que pudieron habitar. Allí habíase refugiado el espíritu de los viejos tiempos, y era para nosotros un placer el irlo descubriendo.

Permanecimos durante muchos días en Oxford, recorriendo sus alrededores, y repasando en ellos la historia de Inglaterra. De allí nos dirigimos a Matlock, que fue nuestro siguiente lugar de

descanso. Lo alrededores de dicha población eran muy semejantes a Suiza, aunque, claro está, todo en escala reducida.

Visitamos la maravillosa gruta, y los pequeños museos de historia natural, donde las curiosidades se exhiben de la misma forma que las colecciones de Servox y Chamonix. Este último nombre, al ser pronunciado por Henry, me hizo temblar, y me apresuré a partir de Matlock, que me recordaba tan odioso lugar.

Apenas habíamos visitado los lagos de Cumberland y Westmoreland tuvimos que alejarnos de allí, por aproximarse la fecha en que estábamos citados con nuestro amigo escocés. No lo lamenté. Aquel viaje de placer por los bellos escenarios de la isla había descuidado el cumplimiento de mi promesa y temía los efectos de la decepción del monstruo. Tal vez permanecía en Suiza y vengaría en mi familia mi culpa. Esta idea no se apartaba de mi cerebro y me atormentaba sin cesar, privándome del descanso y de toda paz. Esperaba con febril impaciencia la llegada de las cartas de Suiza, y si alguna de ellas se retrasaba, me sumía en mil tormentos y temores, que sólo se disipaban después de leerlas a fondo. Otras veces imaginaba que mi creación me seguía y tal vez, para sacudir mi inacción asesinaba a mi compañero. Cuando pensaba esto no me apartaba de Henry ni por un momento, siguiéndole como una sombra para protegerle de la imaginada ira de mi perseguidor. Me sentía como si hubiera cometido algún terrible crimen cuyo recuerdo no me abandonaba.

Visité, distraído, Edimburgo, a pesar de que aquella ciudad hubiera interesado al más ignorante. De allí salimos al cabo de una semana, atravesando Coupar, Saint Andrew, y siguiendo las orillas del Tay, hasta Perth, donde nos esperaba nuestro amigo. Yo no me sentía con ánimos de reír y divertirme, por lo cual dije a Henry que deseaba recorrer a solas toda Escocia.

—Permaneceré ausente durante un mes o dos —dije—. Pero no te preocupes por mí. Volveremos a reunirnos en este mismo lugar. Deseo estar solo durante algún tiempo. Estoy seguro de que a mi regreso vendré más animado y más de acuerdo con tu buen humor.

Clarval quiso disuadirme, pero al verme insistir en mis deseos, dejó de insistir, pidiéndome, tan solo, que le escribiera muy a menudo.

—Preferiría mucho más acompañarte en tus solitarios viajes, antes que permanecer con estos escoceses a quienes no conozco. Date prisa en volver a fin de que podamos cambiar impresiones sobre nuestras cosas y me sienta menos solo.

Después de separarme de mi amigo decidí buscar un sitio solitario donde terminar mi trabajo. Tenía ya la seguridad de que el monstruo nos había seguido y se presentaría a mí tan pronto como pudiese recibir su compañera.

Tomada esta decisión, atravesé las tierras altas del norte de Escocia y fui a instalarme en una de las islas Orkneys. Era el lugar más indicado para aquel trabajo. Casi una simple roca, sus costados recibían el continuo azote de las olas. El suelo era miserable, ofreciendo sólo pasto para unas cuantas vacas y maíz para sus habitantes, que eran cinco personas, cuyos enjutos miembros indicaban lo miserable de su existencia. Las verduras, el agua y el pan, cuando podían proporcionarse estos placeres, tenían que ser traídos del continente, que se encontraba a unas cinco millas de distancia.

En toda la isla sólo había tres míseras chozas, una de las cuales estaba desalquilada cuando yo llegué. La alquilé. Constaba de dos habitaciones, en las cuales se exhibía la mayor penuria. Las paredes no estaban estucadas, el techo se venía abajo y la puerta estaba fuera de sus goznes. Ordené que se reparase, compré diversos muebles y tomé posesión de la casa, acontecimiento que no hubiera dejado de despertar asombro entre los habitantes de la isla de no haber estado éstos poco menos que muertos de hambre. De esa forma pude vivir sin que nadie se preocupara de mí, ni me agradecieran las ropas y alimentos que, apiadado de su miseria, les regalé.

En aquel refugio dediqué las mañanas al trabajo, pero durante las tardes, si el tiempo lo permitía, iba hacia la orilla del mar, a

escuchar el azote de las olas contra las rocas. Era un espectáculo monótono y, a la vez, siempre distinto.

Al adelantar en mi labor, ésta se hizo cada vez más horrible y me costó mayor esfuerzo el llevarla a cabo. A veces tardaba varios días en decidirme a entrar en mi laboratorio; en otras ocasiones trabajaba día y noche a fin de completar mi trabajo. Realmente, el proceso de creación del segundo monstruo era tremendamente repulsivo. Durante mis primeros experimentos me cegaba el entusiasmo de mi descubrimiento, impidiéndome ver el horror de mi obra. Todas mis facultades mentales estaban ocupadas en la realización del trabajo, sin dejarme advertir los restantes detalles. Pero en aquella ocasión trabajaba en completa sangre fría, y muchas veces me sentía desmayar ante el horror del trabajo de mis manos.

Me empezó a invadir la inquietud y el nerviosismo. A cada momento temía encontrarme con mi perseguidor. A veces permanecía sentado, con la mirada fija en el suelo, temiendo levantar los ojos y encontrarle frente a mí. Me daba miedo apartarme de mis semejantes, esperando siempre verle aparecer de un momento a otro y reclamarme su compañera.

A pesar de ello seguí trabajando y mi creación se encontraba ya muy adelantada. Anhelaba terminarla, sin poder explicarme el motivo de ese afán, que era mezcla de sombríos presentimientos y deseos de poner fin, de una vez, a aquel horror.

CAPÍTULO XIII

UNA NOCHE me encontraba sentado en mi laboratorio; la luna se levantaba de entre las aguas del mar; me faltaba luz para mi trabajo, me encontraba vacilante entre abandonar el trabajo o acelerar su conclusión. Mientras permanecía allí sentado, comencé a reflexionar sobre los efectos de lo que estaba haciendo. Tres años antes, me encontraba dedicado a la misma labor, creando un monstruo cuyo salvajismo desoló mi corazón, llenándolo para siempre de remordimientos. Y después de aquello me encontraba dispuesto a formar otro engendro, cuyo carácter me era aún desconocido. Aquella criatura cuyo incompleto cuerpo tenía ante mí, podía ser mil millones de veces más terrible que su esposo, complaciéndose en el crimen y la destrucción.

Él había prometido alejarse de la vecindad de los hombres y esconderse en los desiertos; pero ella no prestó igual juramento y una vez dotada de pensamiento y libre albedrío podía negarse a cumplir un pacto hecho antes de su creación. Podían, incluso, odiarse mutuamente. El primer monstruo creado por mí odiaba su deformidad; pero, ¿no la odiaría mucho más al verla, reflejada punto por punto, en su compañera? También ella podía sentir honda repugnancia por aquel esposo y volver su mirada hacia otros hombres más perfectos. Podría abandonarle, y al encontrarse solo, el monstruo se transformaría en un diablo mil veces peor.

Aunque tuvieran que abandonar Europa y marchar hacia los desiertos del Nuevo Mundo, podían sentir el ansia de tener hijos, y lanzar al mundo una raza de monstruos que podía poner en peligro la especie humana, haciéndola vivir en un terror que se prolongaría generación tras generación.

En cierta ocasión me dejé conmover por los argumentos del ser creado por mí; me aterraron sus diabólicas amenazas; pero entonces, por vez primera, se me revelaba lo horrible de mi

promesa; me hizo estremecer el pensar que en los tiempos futuros se me maldeciría como el ser cruel que no vaciló en comprar su propia paz con la seguridad, acaso, de toda la raza humana.

Me eché a temblar y sentí que el corazón me fallaba. Y, de súbito, al levantar la cabeza vi, tras los cristales de mi ventana, el rostro del monstruo. Una horrible mueca contrajo sus labios, viéndome sentado junto a la obra que él me encargara. Sí, me había seguido en mis viajes a través de las selvas, oculto en cuevas durante la noche; y ahora estaba allí dispuesto a exigirme el cumplimiento de mi promesa.

Al ver aquella expresión de diabólico placer, pensé, alocado, en mi promesa y, dominado por la pasión hice pedazos la cosa en cuya creación estaba ocupado. El monstruo me vio destruir la criatura en la cual cifraba sus esperanzas de felicidad, lanzó un alarido, y su rostro desapareció de la ventana.

Saliendo de aquella habitación cerré la puerta e hice la solemne promesa de no reanudar jamás mis trabajos; luego, con paso vacilante, me dirigí a mi dormitorio.

Permanecí varias horas sentado junto a la ventana, con la mirada fija en el mar, que estaba casi inmóvil, pues había cesado el viento y toda la naturaleza descansaba bajo la mirada de la luna.

Sólo algunas barcas de pesca flotaban sobre las aguas, y de cuando en cuando una ráfaga de viento traía hasta mí las voces de los pescadores. Notaba claramente todo ese silencio que, de súbito, fue roto por el chocar de unos remos en el agua. Luego alguien desembarcó cerca de mi casa.

Poco después oí un ligero crujido de la puerta, como si alguien intentara abrirla sin hacer ruido. Me sacudió un intenso temblor; presentí quién era el que acababa de llegar y deseé despertar a uno de los pescadores que vivía en la choza cercana; pero me contuvo la sensación de impotencia que ya me había invadido en los horribles sueños de cuando quería huir de un peligro terrible y me quedaba fuertemente clavado en el suelo.

Al fin sonaron pasos al otro lado de la puerta de mi dormitorio; la vi abrirse y apareció el monstruo. Cerrando la puerta se acercó a mí, diciendo con voz contenida:

—¿Por qué has destruido tu trabajo? ¿Qué intentas? ¿Te atreves a faltar a tu promesa? He soportado toda clase de miserias: abandoné Suiza contigo; corrí por las márgenes del Rin, por sus boscosas islas y sus ruinosos castillos. He vagado muchos meses por las llanuras inglesas y por los desiertos de Escocia. He soportado toda clase de miserias. ¿Cómo te atreves, pues, a destruir mis esperanzas?

—¡Vete! Quebranto mi promesa. Jamás crearé otro ser como tú.

—En cierta ocasión, a pesar de mi inmenso poder, traté de convencerte con palabras; pero te has demostrado indigno de mi condescendencia. Recuerda que tengo poder; te crees desgraciado, pero puedo hacerte tan infeliz que hasta la luz del sol te resulte odiosa. Tú eres mi creador, pero yo soy tu amo... ¡obedece!

—Ya ha pasado la hora de mi vacilación —repliqué—. Tus amenazas no me asustan ni pueden obligarme a cometer una acción mala. Al contrario, me confirman en mi decisión de no crear para ti una compañera de horror. No puedo lanzar al mundo una raza de demonios cuyo único placer sería el crimen y la destrucción. ¡Vete! Estoy decidido, y tus palabras sólo servirán para exasperar mi rabia.

El monstruo comprendió mi decisión.

—¿Es que sólo yo he de carecer de compañera, en un mundo donde todo hombre tiene su esposa? Sentía ansias de bondad y he tropezado con el desprecio y el odio. Puedes odiarme, pero está prevenido. Tus horas pasarán en el temor y la angustia, y pronto se cerrará, para siempre, el camino de tu felicidad. ¿Crees que puedo tolerar tu dicha mientras yo me retuerzo en la inmensidad de mi dolor? Podrás dominar mis otras pasiones, pero queda la venganza. Podré morir, pero antes de que puedas acabar conmigo maldecirás el sol que ilumina tu desgracia. Ten cuidado. No temo a nada ni a nadie y, por lo tanto, soy muy poderoso. Te arrepentirás del daño que me has hecho. Me voy, estaré a tu lado en la noche de tu boda.

Y antes de que pudiera detenerle, huyó de la casa, partiendo en su lancha con la velocidad de una flecha y perdiéndose entre las olas.

Todo volvió a quedar en silencio, pero en mis oídos seguían sonando las palabras aquellas: Estaré a tu lado en la noche de tu boda.

Decidí no permanecer ni un minuto más en la isla. Tenía que ir a reunirme con Isabel, protegerla del monstruo. Y proteger también a todos los míos. Haciendo un violento esfuerzo entré en la habitación que me había servido de laboratorio y en medio de intensas náuseas, reuní en un cesto los despojos de mi segunda creación. Cargué dicho cesto en una barca y zarpé, alejándome hasta unas cuatro millas de la costa. Allí, en completa soledad, y aprovechando que unos nubarrones cubrían la luna, precipité al mar el cesto con las huellas de mi monstruosa inteligencia. Escuché el gorgoteo del agua al penetrar en el interior del cesto, y luego me alejé de aquel lugar.

El choque de las olas contra los costados de la lancha, el suave viento, y la plácida y oscura noche, ya que las nubes habían cubierto por entero la luna, obraron soporíficamente sobre mí, y unidas a la tranquilidad de haberme librado, al fin, de aquella tarea, me hicieron quedar dormido profundamente.

No sé el tiempo que permanecí en ese estado, pero al despertarme vi que el sol estaba ya muy alto en el horizonte. El viento soplaba con fuerza y la seguridad de mi barquichuelo se veía continuamente amenazada. Debía de haber derivado mucho de la costa, pero comprendí que si intentaba alterar el rumbo que estaba llevando la barca me expondría a zozobrar, quedándome, la solución de dejarme arrastrar por el viento.

Confieso que me sentí invadido por el terror. Pensé en Isabel, en mi padre y en el monstruo, cuya venganza se vería satisfecha mucho antes de lo previsto.

Pasaron varias horas, y a medida que el sol iba declinando en el horizonte, el viento se calmó, hasta quedar en una suave brisa.

Estaba ya a punto de anochecer cuando, lanzando un grito de alegría, descubrí, a lo lejos, una línea de tierra.

Con unas prendas de ropa dispuse una tosca vela y, ansiosamente, guíé la lancha hacia la salvación. El litoral era rocoso; pero al acercarme más vi señales de cultivo. Descubrí varios barcos junto a la costa, y un pueblecito costero, hacia el cual me dirigí, varando al fin en la gruesa arena.

Mientras me ocupaba en arreglar la barca, numerosas personas se dirigieron hacia aquel lugar; pero en vez de ofrecerme ayuda empezaron a cuchichear entre sí, con gestos y expresiones que en otros momentos me hubieran llenado de inquietud. En aquella situación, lo único que advertí era que hablaban inglés y me dirigí a ellos en aquel idioma:

—¿Podrían decirme cómo se llama este pueblo, y dónde me encuentro?

—Pronto lo sabrá —replicó, roncamente, un hombre.

Me sorprendió recibir tan grosera respuesta, pero aun me asombró más ver las irritadas expresiones de sus compañeros.

—¿Por qué me contesta así? —pregunté—. No creo que sea costumbre inglesa recibir así a los forasteros.

—No sé qué costumbres tendrán los ingleses —replicó el que había hablado—, pero sí es costumbre irlandesa odiar a los canallas.

Mientras tenía lugar esta conversación, aumentó la multitud, que expresaba una ira sorprendente. Pregunté dónde estaba la posada, pero nadie me contestó. Luego eché a andar, y me vi rodeado de un amenazador círculo, del que se destacó un hombre que, después de darme una palmada en el hombro, me dijo:

—Vamos, señor. Tiene usted que acompañarme al despacho del señor Kirwin, para explicar ciertas cosas.

—¿Quién es ese señor Kirwin? —pregunté—. ¿Qué debo explicarle?

—El señor Kirwin es un honrado magistrado, y usted debe dar ciertas explicaciones acerca de la muerte de un caballero que fue encontrado asesinado, aquí ayer noche.

Esta respuesta me sobresaltó; pero en seguida me rehice. Era inocente y podía demostrarlo con toda facilidad: por ello seguí a mi guía hasta una de las mejores casas de la ciudad, donde me esperaba uno de los mayores pesares de mi existencia.

CAPÍTULO XIV

PRONTO FUI conducido a presencia del magistrado, anciano de aspecto sereno y modales suaves. Sin embargo, me miró con severidad, y luego, volviéndose hacia los que me habían llevado hasta allí, preguntó quién se presentaba como testigo. Cinco o seis hombres se adelantaron, y el magistrado eligió a uno de ellos. El hombre declaró que había estado de pesca durante la noche anterior, con su cuñado, y que, a eso de las diez, viendo que se embravecía el mar pusieron rumbo a tierra. La noche era muy oscura, y en vez de entrar en puerto desembarcaron en una playa algo más lejana. Echaron a andar cargados con los aperos de pesca. El que hablaba se adelantó un poco y, de pronto, tropezó con algo y cayó al suelo. Sus compañeros acudieron a ayudarle y a la luz de una linterna descubrieron que había tropezado con el cuerpo de un hombre que parecía muerto. De momento creyeron que se trataba de un ahogado que las olas arrastraran hasta allí; pero al examinar mejor el cuerpo vieron que las ropas que vestía no estaban mojadas, y que el cuerpo ni siquiera estaba frío. En seguida lo llevaron a una cabaña próxima e intentaron, en vano, volverlo a la vida. Parecía ser un joven muy atractivo, de unos veinticinco años de edad. Sin duda debieron de estrangularle, pues no presentaba más señal que las huellas de unas fuertes manos en su cuello.

Esta primera parte de la declaración me interesó muy poco, pero al citarse las señales de los dedos, recordé la muerte de mi hermano, y me sentí muy agitado; me temblaban los miembros y tuve que apoyarme en una silla. El magistrado me observó duramente, y de mi manera de obrar no sacó, sin duda, un augurio muy bueno.

El hijo del pescador, que también le acompañaba, confirmó la declaración de su padre, pero al ser llamado a declarar el cuñado, éste juró haber visto, antes de la caída de su compañero, una barca que, a poca distancia de la playa, navegaba ocupada por un solo

hombre. Y a juzgar por lo que pudo ver a la luz de las estrellas, se trataba del mismo bote en que yo había llegado.

Una mujer declaró haber visto una hora antes de que se hubiera descubierto el cadáver, un bote tripulado por un solo hombre. Ese bote tomó tierra en la playa donde luego se encontró el muerto.

Otra mujer confirmó la declaración de los pescadores de que el cuerpo fue llevado a su cabaña y que aun no estaba frío. Otros hombres declararon acerca de mi llegada, y todos afirmaron que debido al intenso viento Norte que sopló la noche anterior, sin duda estuve luchando muchas horas en alta mar, teniendo al fin que regresar al lugar de mi crimen. Además, indicaron que debía de haber traído el cadáver desde otro lugar, pues allí nadie conocía al muerto.

Terminada la declaración de los testigos, el señor Kerwin indicó que sería conveniente que me hicieran entrar en la habitación donde se encontraba el difunto, a fin de que se observara el efecto que su vista producía en mí. Como la hora en que se decía que fue descubierto el cadáver, me habían visto diversas personas en la isla, estaba tranquilo acerca del resultado y consecuencias del asunto.

Entré en la habitación donde estaba el cadáver y me condujeron junto al ataúd. ¡No sé cómo expresar mi sensación al verlo! Me invadió un profundo espanto, y todo el examen delante del magistrado y de los testigos pasó como una horrenda pesadilla. ¡El cadáver que tenía ante mis ojos era el de Henry Clerval!

El cuerpo humano no puede resistir emociones como ésta. Era mi tercer crimen, y la víctima había sido mi mejor amigo. Me tuvieron que sacar de la habitación en medio de terribles convulsiones.

Luego me dominó la fiebre. Durante dos meses estuve al borde de la muerte, y, según me dijeron luego, mis desvaríos eran terribles, acusándome en ellos del asesinato de Guillermo, de Justine y de Clerval. A veces pedía a cuantos me rodeaban que me ayudasen a destruir al monstruo que me atormentaba; y en otras ocasiones sentía cerrarse alrededor de mi cuello los dedos de mi creación. Por

suerte, como todo ello lo decía en mi idioma nativo, sólo el señor Kirwin podía entenderme; pero mis gestos y gritos de amargura eran suficientes para aterrarlos a todos.

Ojalá hubiese muerto. Pero estaba condenado a vivir, y a los dos meses desperté de mi sopor en una celda, tendido sobre un mal camastro y rodeado de carceleros. En aquel momento no recordaba nada y me llenó de extrañeza el encontrarme allí, pero al ver las enrejadas ventanas y el aspecto de los que me rodeaban, recordé la tragedia, y lancé un gemido.

El señor Kirwin habíase mostrado muy bondadoso conmigo, destinándome la mejor celda de la cárcel, y haciendo que la esposa de uno de los carceleros permaneciera continuamente a mi lado. Pero hasta entonces ni una sola voz entró en mi calabozo.

En los días que siguieron fui recibiendo la visita del médico, cuyos cuidados, unidos a los de la buena mujer que hacía las veces de enfermera, pronto me hicieron salir de aquella enfermedad.

Pero si mi cuerpo sanó, mi espíritu siguió resintiéndose de las penalidades y angustias sufridas. Pensé, incluso, en declararme culpable y sufrir el castigo de la ley, ya que era mucho menos inocente que la pobre Justine.

Estos eran mis pensamientos en el instante en que se abrió la puerta del calabozo y entró el señor Kirwin. Su rostro expresaba simpatía y compasión, y sentándome junto a mi lecho, me dijo en francés:

—Temo que este lugar no le sea nada cómodo. ¿Puedo hacer algo por mejorarlo?

—Muchas gracias. Nada en el mundo podrá producirme ningún alivio.

—Comprendo sus sensaciones, señor Frankenstein. Por algún increíble accidente, se ha visto usted lanzado a esta situación, precisamente en la playa en que buscaba usted refugio. En vez de encontrar refugio se vio acusado en seguida de asesinato y le presentaron el cadáver de su amigo.

Sin duda mi rostro debió de expresar un profundo asombro, pues el señor Kirwin añadió:

—Por los documentos que encontramos en su poder supimos quién era usted y dónde vivía. Por ello pude enviar a sus familiares un relato de sus desventuras, y su padre ha acudido en seguida.

—¿Está aquí mi padre? —pregunté, pasando de la angustia a la alegría, pues nada en aquel momento podía alegrarme más que la llegada de mi padre. Éste entró en aquel momento, y tendiéndole la mano, inquirí:

—¿Estáis todos bien? ¿Isabel? ¿Ernesto?

Mi padre me tranquilizó, asegurándome que todos se encontraban perfectamente, añadiendo luego:

—¡No esperaba encontrarte en un sitio como este! ¡Marchaste en pos de la alegría, pero la fatalidad te ha perseguido! Y el pobre Clerval...

—¡Sí, padre! —repliqué—. Tengo que cumplir un destino terrible, y sólo a ello se debe que no muriera sobre el ataúd del pobre Henry.

Nuestra entrevista duró muy poco. El señor Kirwin insistió en que mi salud me impedía mantener una conversación prolongada. Salió mi padre de la celda, pero sus diarias visitas obraron un verdadero milagro en mi salud, haciéndome convalecer rápidamente.

Aún, estaba muy débil cuando llegó el momento del juicio. Había permanecido tres meses en la cárcel, y aunque apenas podía tenerme en pie, se me obligó a recorrer cien millas hasta la capital del condado, donde se encontraba el tribunal. El señor Kirwin cuidó de reunir todos los testigos y de preparar mi defensa.

El jurado rechazó la acusación al probarse que en el momento del crimen yo me encontraba en una de las islas Orkney, y quince días después de mi traslado fui puesto en libertad.

Mi padre insistió en que partiéramos en seguida hacia Ginebra achacando a añoranza mi estado de ánimo. Accedí a acompañarle, porque ansiaba estar de nuevo junto a Isabel y Ernesto, a fin de poderles defender de los ataques del monstruo.

Pocos días después de salir de la cárcel abandonamos Irlanda, rumbo al continente.

CAPÍTULO XV

AL DESEMBARCAR en Francia seguimos nuestro viaje hacia París, donde tuve que descansar unos días antes de seguir hacia Suiza. Los cuidados de mi padre eran incansables, y afectado por ellos, le dije:

—¡Qué poco sabes de mí, papá! Tendrías que sentir horror de tu hijo. ¡Soy el asesino de Guillermo, de Justine y de Henry!

Durante mi encarcelamiento, mi padre me había oído repetir infinidad de veces estas mismas palabras. Unas veces pareció estar a punto de pedirme que se las explicara, y en otras hacía como si las considerara originadas por la fiebre. En aquel momento dijo:

—¿Qué estás diciendo, Víctor? Por favor, no repitas nunca más eso.

—No estoy loco —repliqué—. Los cielos han sido testigos de mi obra. Soy asesino de unos inocentes que murieron por causa de mi maldita inteligencia. Y seguiré causando víctimas que quisiera poder evitar con mi sangre, pero no lanzando sobre el género humano una terrible maldición.

Estas palabras convencieron a mi padre de que mi cerebro no funcionaba bien y se apresuró a variar de conversación, apresurando la marcha a Suiza.

Llegamos a Ginebra una semana después. Isabel me recibió con lágrimas en los ojos. Estaba más delgada que cuando la dejé y había perdido gran parte de su natural viveza que tanto me encantaba. Pero su estado de ánimo estaba más de acuerdo con el mío. Sólo ella podía arrancarme de mis abatimientos, haciéndome olvidar todo aquello que parecía grabado con fuego en mi cerebro.

A poco de nuestra llegada a Ginebra, mi padre me habló de la conveniencia de que Isabel y yo nos casáramos en seguida. Permanecí callado.

—¿Tienes otro amor? —preguntó mi padre, al observar mi expresión.

—Ningún otro en el mundo. Amo a Isabel y deseo hacerla mi esposa. Fija tú mismo el día de la boda y te juro que desde el momento en que me una a ella consagraré toda mi vida a hacerla feliz.

Y en el momento en que decía yo esto, resonaron en mis oídos las palabras del monstruo que yo creé: «Estaré contigo en tu noche de boda».

La muerte no me asustaba, y por ello consentí en que el matrimonio se celebrase diez días después, creyendo, que al fijar aquella fecha fijaba también la de mi muerte.

¡Dios mío! ¡Si al menos hubiera adivinado las terribles intenciones del hijo de mi inteligencia! Hubiera huido de Suiza, para siempre, antes que acceder a aquello. Mas, como si poseyera una magia todopoderosa, el monstruo logró cegar mis ojos respecto a sus verdaderas intenciones, y mientras creía que meditaba mi muerte, en realidad proyectaba la inmolación de una víctima mucho más querida.

A medida que se iba acercando la fecha de la boda, el miedo o un trágico presentimiento atenazaban mi corazón. Sin embargo, procuré ocultar bajo una máscara de alegría mis verdaderos sentimientos. Mi padre dejóse engañar, pero Isabel, más observadora, lo adivinó todo.

Siguieron los preparativos, recibieronse felicitaciones, regalos y numerosas visitas. Procuré dominar mi ánimo y me lancé a formar mil planes distintos que dieran brillantez a la fiesta.

Gracias a los oficios de mi padre, el gobierno austríaco devolvió a Isabel parte de sus bienes; una pequeña finca situada en las orillas del Lago di Como le pertenecía, y fue bautizada por nosotros con el nombre de Villa Lavenza. Se decidió que inmediatamente después de nuestro matrimonio nos instalaríamos en ella.

Entre tanto tomé todas las precauciones necesarias para defender mi persona en caso de que el monstruoso ser que yo creara me atacase. Siempre llevaba encima pistolas y una daga, iba siempre alerta y así conseguí ganar alguna tranquilidad. Realmente,

a medida que se aproximaba la fecha de la boda el peligro me parecía cada vez más remoto, y como todos hablaban del acontecimiento como cosa ya segura, me fui acostumbrando a la idea de que ningún incidente podía evitarla.

Isabel parecía feliz, pero el día en que tenían que realizarse mis deseos y se iban a unir nuestros destinos, la vi melancólica, como afectada por un presentimiento trágico. Mi padre creyó ver en aquel estado de ánimo el rubor lógico de una novia.

Después de la ceremonia se reunió en casa de mi padre una gran cantidad de gente. Isabel y yo debíamos emprender nuestro viaje por el lago, durmiendo aquella noche en Evian para reanudar el viaje al siguiente día. El día era muy hermoso y el viento soplaba favorable. Todo sonreía a nuestra nave nupcial.

Fueron aquellos los últimos momentos de mi vida en que gocé de la felicidad. El barquito se alejó rápidamente. El sol calentaba mucho, pero nos protegimos de sus rayos bajo un toldo, contemplando desde allí la belleza majestuosa del Mont Salève, las agradables riberas de Montalegre, y a lo lejos, dominándolo todo, el Mont Blanc y la reunión de altas montañas que tratan en vano de emularle.

—¡Qué día tan hermoso! —suspiró Isabel—. ¡Qué feliz y qué serena parece la naturaleza!

Estas palabras de mi esposa hicieron que mis pensamientos se alejaran de toda triste premonición. Seguimos gozando del maravilloso panorama, y al ponerse el sol pasamos junto al río Drance. Allí los Alpes descienden casi al nivel del lago, y nos aproximamos al anfiteatro de montañas que rodean Evian.

El viento que hasta entonces nos había empujado velozmente, se calmó, con el ocaso, quedando convertido en una suave brisa que agitaba las aguas y arrancaba dulces susurros a las copas de los árboles.

El sol había desaparecido ya cuando desembarcamos. En mí revivieron los cuidados y temores, envolviéndome como un manto de tinieblas.

CAPÍTULO XVI

ERAN LAS ocho cuando desembarcamos. Estuvimos un rato paseando por la playa, y luego nos retiramos a la posada en el momento en que la luna levantaba su rostro hasta las nubes que cruzaban veloces bajo ella. Aumentaron los nubarrones, y las aguas del lago empezaron a agitarse. De pronto comenzó a llover.

Durante el día me sentí bastante sereno, pero al llegar la noche y oscurecerse los objetos, mil temores se despertaron en mi cerebro. Estaba atento al menor ruido, mientras mi mano derecha empuñaba fuertemente la culata de una pistola.

Isabel observó mi agitación, y después de algunas vacilaciones, preguntó:

—¿Qué te ocurre, Víctor? ¿Tienes miedo de algo? —Tranquilízate —repliqué—. En cuanto haya pasado esta noche todo peligro desaparecerá; pero la noche de hoy es horrible.

Pasé una hora en ese estado de ánimo, al fin supliqué a Isabel que se retirase a descansar, decidiendo no reunirme con ella hasta haber averiguado el escondite de mi enemigo.

Me obedeció y seguí vigilando la casa, buscando por todos los rincones que podían ofrecer refugio al monstruo. No descubrí el menor rastro de él y, empezaba a abrigar la esperanza de que habría ocurrido algo, que, milagrosamente, me habría librado de él, cuando, de súbito, oí un terrible chillido que procedía de la habitación de Isabel.

Al oírlo, toda la verdad se abrió paso en mi cerebro, dejé caer los brazos y por unos segundos no pude hacer movimiento alguno. Luego se repitió el grito y me precipité en la habitación.

No sé cómo no morí allí ni cómo puedo estar hablando en estos momentos de aquel horror que se ofreció a mis ojos. Isabel estaba cruzada sobre el lecho, sin vida, con la cabeza colgando y las facciones lívidas y desencajadas. Dondequiera que mirase veía lo

mismo: Su cuerpo muerto tendido sobre el que había de ser su lecho nupcial. Luego todo giró a mi alrededor, perdí el sentido y rodé por el suelo.

Al volver en mí me encontré rodeado por los ocupantes de la posada. Los rostros de todos ellos expresaban horror, pero el suyo era insignificante si se le comparaba con el mío. Corrí a la habitación donde estaba el cuerpo de Isabel. No se encontraba ya en la misma postura de antes. Parecía dormir, y un pañuelo le cubría el rostro. En su cuello se veían las señales de las manos de su matador.

Mientras me encontraba inclinado sobre la amada muerta, una fuerza extraña me obligó a levantar la cabeza. La pálida luz de la luna penetraba por una de las ventanas. ¡Con indescriptible espanto vi, a través de aquella ventana, el rostro del monstruo! Una sonrisa burlona desfiguraba su cara; soltando una carcajada señaló con la mano el cadáver de mi esposa.

Con un grito de odio empuñé una de mis pistolas, pero antes de que pudiera dispararla, el monstruo se dejó caer al suelo y huyó por entre los árboles, hasta precipitarse en el lago.

Disparé el arma, y su detonación atrajo a todos al aposento. Indiqué por donde había huido el criminal, y en barca le seguimos la pista. Todo fue en vano. Al cabo de unas horas regresamos, creyendo, sin duda, la mayoría, que todo había sido efecto de mi imaginación.

Me quedé solo, junto a Isabel, y una nube de horror me envolvió. La muerte de Guillermo, la ejecución de Justina, el asesinato de Clerval, y ahora el de mi mujer; todo acudió a mi recuerdo. Quizá en aquellos momentos el monstruo marchaba contra mi padre, que ignoraba la última tragedia. Esta idea me sobresaltó de tal forma, que decidí regresar lo más pronto posible a Ginebra.

No había caballos y era, pues, preciso regresar por el lago; pero el viento era contrario, y volvía a llover. Entonces alquilé una lancha y remeros, y yo mismo manejé uno de los remos, para acelerar la marcha y calmar, con la fatiga física, las angustias de mi corazón.

Llegué a Ginebra. Mi padre estaba aún vivo. Pero la noticia que yo le traía acabó con él. Al saber que mi esposa había muerto, cayó en mis brazos y no pudo ya levantarse. Lo llevamos a la cama, y a los pocos días murió en mis brazos.

No sé lo que fue de mí. Durante varios meses viví como en un sueño, sin darme cuenta de nada de lo que ocurría a mi alrededor, pensando siempre en lo mismo: en el monstruo creado por mí y a quien debía todos aquellos pesares. Un solo deseo alimentó en todo aquel tiempo mi corazón. ¡Había que destruirle, aunque para conseguirlo tuviese que recorrer todo el mundo tras él!

Mi odio no se conformó durante mucho tiempo con simples deseos; empecé a reflexionar sobre la mejor manera de alcanzarle. Ante todo, decidí abandonar Ginebra para siempre. Antes de hacerlo vagué por las calles de la ciudad, buscando alguna pista que me permitiera emprender mi persecución. Al caer la noche me encontré a la entrada del cementerio donde reposaban Guillermo, Isabel y mi padre. Me acerqué a su tumba. Todo estaba callado. Sólo se movían las ramas de los árboles, suavemente agitadas por el viento. La noche era muy oscura, y el escenario aquel hubiera resultado impresionante hasta para otro menos interesado que yo. Los espíritus de los que fueron parecían volar a mi alrededor, proyectando sombras que se sentían sin verse.

Me arrodillé ante la triple sepultura y, levantando un brazo, dije con voz fuerte:

—¡Por la sagrada tierra en que me arrodillo, por las sombras que se agitan a mi alrededor, por la intensa y eterna pena que me consume, juro consagrar todo el resto de mi vida a vengar vuestra muerte! A vosotros, espíritus errantes, ministros de la venganza, os pido que me ayudéis a lograr mi fin, y me, guiéis hasta ese horrendo monstruo.

Apenas se habían apagado entre las tumbas los ecos de mi juramento, cuando una estruendosa y horripilante carcajada brotó de detrás de un blanco mausoleo. Resonó ensordecedora en mis oídos, las montañas repitieron su eco, y me sentí envuelto en

burlonas carcajadas. Al fin, se apagó la risa, y una voz que conocía demasiado bien me dijo, casi al oído:

—¡Estoy contento, maldito! ¡Has decidido vivir! ¡Es lo que más deseaba!

Me lancé hacia el lugar de donde venía la risa, pero el monstruo me esquivó y emprendió veloz huida, mientras el disco lunar me mostraba su inconfundible y desproporcionada silueta.

Lo perseguí. Durante muchos meses, esa ha sido mi única tarea. Valiéndome de las pistas más insignificantes lo seguí a través de Europa. Al llegar al Mediterráneo tuve tiempo de verlo introducirse en un navio que partía con rumbo hacia el Mar Negro. Logré embarcar en el mismo busque, pero, no sé cómo, consiguió huir.

Seguí persiguiéndolo sin poderlo alcanzar jamás, a través de las estepas rusas, guiado por el relato de algún que otro aterrador mujik, que lo había visto en medio de la noche. A veces era él mismo quien, a propósito, dejaba alguna pista para que no lo perdiera. He sufrido frío, calor, hambre y sed. Cuando la nieve ha caído sobre la llanura, la he bendecido porque las pisadas del monstruo se marcaban, inconfundibles, en ella.

A veces, cuando la resistencia física tocaba ya a su fin, me dejaba caer, abatido, al pie de un árbol, y allí encontraba alimentos que me daban nuevas fuerzas. Estoy seguro de que aquellos manjares me habían sido preparados por los espíritus que invoqué. En otras ocasiones, cuando todo era sequedad y fuego a mi alrededor, una nubecilla cubrió el cielo y unas gotas de lluvia me reanimaban.

Si me era posible, seguía el curso de los ríos, pero el monstruo los evitaba, ya que era allí donde se agrupaban los núcleos principales de población. Huía siempre por senderos salvajes, trazados por las bestias feroces, y me veía obligado a subsistir mediante la caza.

La vida así se me hizo odiosa, y sólo el sueño me traía un poco de alivio a mis pesares. ¡Oh, bendito sueño! Antes de sumirme en él era el más desgraciado de los hombres, pero en sus brazos conocía los goces más puros. Las horas de sueño son mis únicas horas de

felicidad en toda aquella larga peregrinación. Sin ese reposo habría perecido. Durante el día me sostenía el pensamiento de que al llegar la noche podría olvidar, podría ver, en sueños, a mis familiares, a mi esposa, a mi amigo. Me sonreía el benévolo rostro de mi padre; escuchaba el argentino son de la palabra de Isabel, y veía a Clerval lleno de juventud. Al despertar, mi odio contra aquel engendro infernal se multiplicaba, y reanudaba la marcha más furioso que nunca.

Ignoro cuáles eran los pensamientos del ser a quien perseguía. A veces, dejaba escritas palabras en los troncos de los árboles, a fin de guiarme hacia él. En una de sus inscripciones me decía:

«Mi reino no ha terminado. Tú vives y mi fuerza es absoluta. Sígueme; me dirijo hacia los eternos hielos del Norte, donde tú sentirás la punzada de los terribles fríos contra los cuales yo estoy inmunizado. Si no tardas demasiado en pasar por aquí, encontrarás, a poca distancia, una liebre muerta con la cual podrás reponer tus fuerzas. Sígueme, maldito enemigo mío; tenemos que luchar a vida o muerte, pero antes han de pasar muchas horas terribles».

Y lo seguí hacia el Norte, en medio de nieves cada vez más densas y un frío que ganaba en intensidad, hasta hacerse casi insoportable. Los campesinos estaban encerrados en sus chozas, los ríos estaban helados. Era imposible conseguir ninguna clase de pesca, y de esa forma me vi privado de mi principal fuente de abastecimiento.

El triunfo de mi enemigo se hacía cada vez más palpable. Una de las inscripciones que entonces dejó, decía lo siguiente:

«¡Prepárate! ¡Tus fatigas sólo acaban de empezar! Envuélvete en pieles y haz provisión de alimentos, pues no tardaremos en emprender un viaje durante el cual tus sufrimientos incesantes calmarán un poco mi eterno odio».

Esto no hizo más que reforzar mi valor y perseverancia. Decidí no fracasar en mi propósito, y pidiendo ayuda al Cielo, seguí por el helado desierto por la tundra, hasta llegar a las orillas del mar helado.

Unas semanas antes me había procurado un trineo y perros, y de esa forma atravesaba las extensiones heladas a una rapidez vertiginosa. No sé si el monstruo poseía nada semejante, pero no tardé en comprobar que, si hasta entonces siempre había ido perdiendo terreno con respecto a él, a partir de entonces recobré mucho de lo perdido, de forma, que al llegar al océano, sólo me llevaba un día de ventaja.

Aceleré aún más la marcha y dos días después llegué a un mísero poblado. Al interrogar a sus habitantes acerca del monstruo, me explicaron que la noche antes llegó allí un gigante armado de fusiles y pistolas, haciendo huir a todos, llenos de miedo ante su terrible aspecto. Les arrebató todas las provisiones que habían hecho para el invierno, robó un trineo y una trailla de perros, y aquella misma noche, ante la alegría de los aterrados habitantes del pueblo, se marchó mar adentro, en una dirección que no conducía a tierra alguna. Estaban seguros de que al llegar el deshielo el monstruo perecería ahogado, si antes no perecía de frío.

Al oír esto, me sentí dominado por una pasajera desesperación. Se me había escapado, y, para alcanzarle, no me quedaba otro remedio que perseguirle por el helado mar. Después de un corto reposo, durante el cual los espíritus de mis queridos muertos acudieron a animarme, empecé de nuevo la persecución.

Ignoro cuántos días transcurrieron desde aquel momento. He sufrido padecimientos que hasta entonces me parecieron imposibles e insoportables. Altas e infranqueables montañas de hielo me han cerrado el paso, obligándome a dar largos y penosos rodeos. Algunas veces, una súbita subida de la temperatura, desoldaba el mar de hielo, y hacía peligrosa la marcha. Tenía que esperar un nuevo acentuamiento del frío, que hiciera seguros los senderos del mar.

Por la cantidad de alimentos consumida, supongo que debieron de transcurrir tres semanas desde el principio del viaje hasta que dominado ya por el abatimiento, pensaba en volver sobre mis pasos, cuando, a lo lejos, sobre la blancura del hielo, vi una negra mota.

Agucé la vista para descubrir lo que era, y lancé un alarido de entusiasmo al reconocer el trineo y la gigantesca figura que lo conducía.

Uno de mis perros había muerto de fatiga, retiré el cadáver y concedí a los demás una hora de descanso. Luego lesforcé a recobrar el tiempo perdido y después de dos días de enconada persecución vi a mi enemigo a una milla de distancia.

Pero en aquel momento en que mis deseos de venganza parecían próximos a cumplirse, por tenerle ya casi al alcance de la mano, perdí por completo su pista. Una tempestad resquebrajó el piso helado, y en pocos minutos me encontré en un bloque de hielo que flotaba y cuyos límites disminuían por momentos.

Murieron varios de mis perros, y yo mismo me sentía ya a punto de perecer, cuando de pronto descubrí su barco. Con unos trozos de mi trineo improvisé unos remos y, después de muchas fatigas, conseguí empujar mi helada balsa, hacia este barco. Estaba dispuesto, si el navio iba rumbo al sur, a continuar a merced de los elementos antes que abandonar mi persecución. Esperaba, tan solo, obtener un bote que me permitiese continuar siguiendo al monstruo... Pero ustedes iban hacia el norte, me hicieron subir a bordo, y sus cuidados me han devuelto todas mis fuerzas.

Y aquí termina mi historia. Usted, capitán Walton, se ha mostrado bueno conmigo. Por ello quiero pedirle una cosa. Si yo muero antes de ver realizada mi venganza, quiero que usted la termine. No le pediré que se aventure a través del hielo y de los padecimientos. No soy tan cruel. Pero si después de mi muerte le viera usted aparecer, no vacile, húndale su espada en el pecho. Pero no le escuche. Es elocuente y sabe persuadir. Una vez sus palabras conmovieron mi corazón; pero no confíe en él. Su alma es tan diabólica como su cuerpo. No le escuche. Repítase los nombres de Guillermo, Justine, Clerval, Isabel y mi padre. Hunda en su corazón su acero y no vacile, porque yo estaré cerca y guiaré su mano.

SIGUE EL DIARIO DE WALTON

26 de agosto de 17...

Ya has leído esta extraña y terrible historia, Margaret. ¿No sientes que el alma se te hiela de horror? Ha habido momento en que Frankenstein, dominado por la angustia, ha tenido que interrumpir su relato. Otras veces las palabras han brotado lenta y angustiadamente. Y es que lo que acaba de contarme resulta tan fantástico, que de no haber visto el extraño y gigantesco ocupante de aquel trineo, creería que todo era simple ficción.

He intentado en vano conseguir de Frankenstein los detalles de la creación de su monstruo. Pero en este punto se ha mostrado impenetrable.

—¿Está usted loco, amigo mío? —me ha preguntado—. ¿Se deja llevar por su insensata curiosidad? ¿También quiere crear para el mundo otro demonio como aquél? Tome ejemplo de mis angustias y no trate de aumentar las suyas.

Al saber que he anotado cuanto me dijo, pidió verlo y corrigió mi manuscrito, aclarando algunos puntos algo confusos.

2 de septiembre.

Mi querida hermana:

Temo que jamás podremos volver a pisar las playas de Inglaterra. Estamos rodeados por altísimas montañas de hielo que amenazan destrozar mi buque.

Mi desgraciado huésped se encuentra más débil. Su mejoría fue ficticia. Ha sufrido excesivamente. Sin embarco procura animarme. Dice que el peligro en que nos encontramos no es tan terrible como parece. Otros navegantes han pasado ya por él.

Pero la tripulación está muy nerviosa y temo que llegue al motín.

5 de septiembre.

Seguimos rodeados de montañas de hielo y continuo peligro de ser aplastados. El frío es intensísimo. Frankenstein empeora rápidamente. En sus ojos brilla un fuego febril.

Te expresaba al final de mi nota anterior mis temores de un amotinamiento de la tripulación. Esta mañana, se han presentado todos ante mi camarote pidiendo hablarme. Han expresado su temor de que si el tiempo mejora y se abre algún camino en el hielo insista en seguir adelante y les exponga a nuevos peligros como el actual. Han insistido en que les jure solemnemente que de desunirse el hielo volveremos a puerto.

7 de septiembre.

La suerte está echada. He consentido en regresar si los hielos nos lo permiten. La cobardía ha echado por tierra todas mis esperanzas. Tendré que regresar sin haber descubierto nada.

12 de septiembre.

Ya regresamos a Inglaterra. He perdido mis ilusiones de gloria y he perdido, también, a mi amigo. Pero esto último te lo explicaré con más detalles.

El nueve de septiembre empezó a quebrarse el hielo y nos encontramos en el mayor peligro, pero como nada podía hacerse, dediqué toda mi atención a Frankenstein, que estaba casi en la agonía. Unos gritos que sonaron en el puente me hicieron recobrar el conocimiento, inquirendo el motivo del tumulto.

—Gritan porque regresamos a Inglaterra —dije.

—¿Es verdad eso? —preguntó.

—Desgraciadamente, sí —repliqué—. No pude oponerme más a sus exigencias.

—Obedézcales usted, si quiere —replicó—. Pero yo no estoy dispuesto a dejarme arrastrar lejos del maldito monstruo.

Se quiso incorporar y cayó hacia atrás, pálido como un muerto. Tardó mucho en volver en sí. Sin duda se daba exacta cuenta de que

la muerte le acechaba ya, muy próxima, pues reuniendo sus fuerzas, me dijo:

—Veo que el vigor en que confiaba me abandona. Pronto moriré, en tanto que él, mi enemigo y perseguidor, continuará vivo. Lo creé en un acceso de locura, lo hice racional, y en vez de conservarlo a mi lado, lo abandoné. Luego, al comprender mi falta, me negué a darle una compañera. El castigo que recibí cayó sobre las cabezas de los seres por mí más queridos. Tal vez no sea de él toda la culpa, pero eso no impide que tenga que ser destruido.

“Lo que más me angustia es que pueda vivir y seguir siendo un instrumento del mal; por lo demás, en esta hora se me ofrece, al fin, la libertad de mis sufrimientos. Los espíritus de los seres queridos flotan ante mis ojos y me tienden los brazos. ¡Adiós, Walton! Busca la dicha en la tranquilidad y evita la ambición, aunque sea una ambición tan inocente como el deseo de destacarse en las ciencias y en los descubrimientos.

A medida que iba hablando la voz se le debilitaba y al fin, agotado por el esfuerzo calló. Media hora más tarde intentó de nuevo hablar, pero no pudo hacerlo; me apretó débilmente la mano y sus ojos se cerraron para siempre, mientras una leve sonrisa florecía en sus labios.

No sé qué comentario hacer a la muerte de ese, alma tan grande. Tampoco podría expresar con palabras mi honda pena. Todo cuanto podría decir sería débil e inadecuado...

Me interrupe un violento ruido. ¿Qué significa? Es una voz humana, ronca y fuerte, que llega del camarote donde reposan los restos del Frankenstein. Voy a ver qué ocurre.

¡Dios mío! ¡Qué escena tan terrible acabo de presenciar! Aun me turba su recuerdo.

Al entrar en el camarote donde descansa el cadáver de mi amigo, he visto, inclinada sobre él, una figura gigantesca. Su rostro se veía velado por sus espesos cabellos, pero una de las manos, que aparecía visible, era como de una momia. Al oírme entrar dejó de lanzar exclamaciones de angustia y dolor y volvióse hacia mí.

¡Jamás he visto nada tan horrible y repugnante como su cara! Involuntariamente cerré los ojos y traté de recordar cuáles eran mis deberes en contra de aquel monstruo. Le pedí que se quedara.

El diabólico ser había iniciado ya la marcha hacia la puerta, pero al oír mi voz se detuvo. Luego, como olvidándose de mi presencia se volvió hacia el cadáver de Frankenstein y gimió, dominando una avasalladora pasión:

—¡También es ésta mi víctima! Él completa mi obra de destrucción.

Había tanto dolor en la voz de aquel ser, que mis impulsos de cumplir la orden que contra él me diera mi amigo, quedaron frenados.

—Le quería perdonar —murmuró el monstruo—. Después de asesinar a Clerval regresé a Suiza con el alma destrozada. Sentí piedad de mi creador. Pero al saber que el autor de mi existencia se atrevía a aspirar a la felicidad, uniéndose a la mujer amada, reverdecieron mis tormentos y acabé con Isabel. Antes de matarla sufrí mucho y vacilé mil veces. Pero luego, cuando, la hube matado, me sentí casi feliz. El hacer mal se convirtió en mi Dios. Pero ahora, ante mi última víctima, siento que esa pasión también ha muerto. Sé que jamás encontraré cariño en nadie, porque en el mundo no hay maldad que se pueda comparar a la mía.

“Usted llamaba amigo suyo a Frankenstein, debe de estar enterado de mis crímenes y mis infortunios. Pero en todo cuanto le explicó, no pudo añadir los largos meses de torturas que yo he pasado luchando contra las fuerzas que me empujan en contra de mis propios deseos.

“Ya sé que soy un monstruo. He matado a inocentes que nada tenían que ver con mi desdicha. He llevado a la ruina a mi creador. Pero no seré instrumento de nuevos males. Mi trabajo ha terminado ya. No tiene que morir ya nadie más. Sólo yo. Con mi fin se completará la destrucción necesaria. Adiós, Frankenstein. Por muy dura que fuese tu agonía, la que yo he sufrido es mil veces superior.

Excitándose más, añadió:

—Pero muy pronto moriré. Pronto se extinguirán mis miserias. Mi espíritu descansará en paz. ¡Adiós!

Salió por la puerta y una vez en el puente saltó por la borda, yendo a caer sobre un témpano de hielo que se encontraba junto al navío. Pronto las olas lo alejaron de allí y se perdió en la oscuridad y en la distancia.

F I N

Bram Stoker

La casa del juez

Un estremecedor relato del autor de DRÁCULA, la más famosa de las novelas terroríficas, que tuvo el honor de ser llevada a la pantalla.

La casa del juez

CUANDO SE acercó la época de sus exámenes, Malcolm Malcolmson tomó la decisión de marchar a algún sitio donde pudiera entregarse a solas al estudio. Temía la atracción del mar y también le daba miedo el completo aislamiento rural, pues de antiguo conocía sus encantos. Por lo cual decidió encontrar algún pueblecito sin pretensiones donde no hubiera nada capaz de distraerle. Se abstuvo de preguntar a ninguno de sus amigos por un lugar semejante, pues estaba seguro de que cada uno de ellos le recomendaría un sitio donde tendría conocidos. Y si Malcolm deseaba evitar a sus amigos, todavía deseaba evitar muchísimo más a los amigos de sus amigos. Por lo tanto, decidió buscar por sí mismo el sitio, llenó una maleta con las prendas de vestir más necesarias y los libros y tomó billete para la primera estación de la guía de ferrocarriles cuyo nombre no le era conocido.

Cuando al cabo de tres horas descendió en Benchurch, estaba convencido de haber borrado tan bien sus huellas que nada le impediría disfrutar de la apacible oportunidad de continuar sus estudios.

Dirigióse hacia la única posada que existía en el pueblo y tomó alojamiento para la noche. En Benchurch se celebraba mercado cada tres semanas, y entonces el pueblo rebosaba gente, pero en los restantes veinte días era tan atractivo como un desierto.

A la mañana siguiente de su llegada, Malcolmson empezó a buscar un domicilio más aislado que la tranquila posada de «El Buen Viajero». Hubo sólo un sitio que le gustase y realmente estaba hecho para satisfacer al más difícil buscador de quietud; en realidad la palabra quietud no es la más indicada para aplicarla al edificio. Desolación es el término capaz de dar una idea de su aislamiento.

Era una vieja casa, muy sólida, de estilo jacobino, con ventanas sumamente estrechas y colocadas mucho más altas de lo que es

corriente. Además estaba rodeada por un alto muro de ladrillo, más propio de una fortaleza que de una propiedad particular. Pero todos estos detalles satisfacieran a Malcolm.

«Éste es el sitio que he estado buscando —pensó—, y si puedo utilizarlo me consideraré feliz».

Su alegría fue en aumento al comprobar que no estaba habitado.

En la estafeta de Correos se enteró del nombre del agente, que demostró una gran sorpresa cuando Malcolm le ofreció alquilar una paite del viejo edificio. El señor Carnford, notario local y agente de los dueños de la casa, era un hombrecillo simpático y confesó francamente el placer que le producía que alguien quisiese vivir allí.

—A decir verdad, tendría que estar satisfechísimo, en beneficio de los propietarios, de que alguien esté dispuesto a vivir dentro de la casa. Ni siquiera debería pedirle un penique por ello. Hubiese dado dinero para que alguien quisiese habitar entre esas viejas paredes, a fin de que la gente se acostumbrara a ver habitado ese edificio. Ha estado vacía durante tantos años, que han empezado a circular rumores y fantasías acerca de ellas. Y esos rumores y esas fantasías sólo desaparecerán viéndola ocupada. Aunque no sea más que por un estudiante como usted, que quiere estar tranquilo durante algún tiempo.

Malcolmson creyó inútil interrogar al agente acerca de los rumores y fantasías de que hablaba; sabía que le sería fácil obtener mayor información de otras fuentes. Pagó el alquiler de tres meses, guardó el recibo y tomó nota del nombre de una mujer que seguramente se prestaría a cuidar de él durante unas horas diarias. Al fin salió del despacho del notario con las llaves en el bolsillo.

En cuanto llegó a la posada fue en busca de la dueña, que era una mujer alegre y amable, y le pidió consejo acerca de los muebles y comida que necesitaría. Cuando le dijo donde iba a vivir, la buena señora llevóse las manos a la cabeza.

—¡En casa del juez! —exclamó, palideciendo intensamente—. ¿Está seguro?

El joven explicó el emplazamiento del edificio, cuyo nombre ignoraba.

—¡La misma, la misma! ¡Es la casa del Juez!

Malcolmson pidió a la mujer que le explicara por qué llamaban así a la casa, y qué había de malo en ella.

La mujer le explicó que el nombre le venía de haber sido habitada muchísimos años antes—, no sabía cuántos, pues era de otro punto de la región, pero creía que debió de ser un siglo o más —, por un juez cuyas terribles sentencias le habían hecho famoso. Todos los acusados le tenían un miedo enorme. En cuanto a lo que tuviera de malo la casa, la posadera no lo sabía. ¡Lo había preguntado muy a menudo! pero nadie pudo aclararle sus dudas. Todos decían que había algo, y por su parte ella no pasaría una hora en aquella casa ni por todo el dinero del Banco de Drinkwater. Luego se apresuró a excusarse por haber hablado de aquella manera.

—Perdone usted que se lo diga; pero hace muy mal yendo a vivir allí. Si usted fuera hijo mío —y perdone que diga esto —no dormiría allí ni una sola noche, aunque tuviera que ir yo misma a esa casa a tirar de la cuerda de la campana que hay en el tejado.

La mujer demostraba tanta buena voluntad, que Malcolm, aunque divertido sintióse emocionado. Amablemente dijo cuánto apreciaba su interés por él, y añadió:

—Pero no debe usted preocuparse, señora Witham. Un hombre que se prepara para un examen de matemáticas tiene demasiado en qué pensar para ser turbado por ninguno de esos misteriosos «algo», y su trabajo es demasiado exacto y prosaico para permitir que su cerebro esté para rarezas de ninguna clase. Progreso Armónico, Permutaciones y Combinaciones, y Funciones Elípticas tienen misterios suficientes para mi persona.

La señora Witham se prestó amablemente a encargarse de lo referente a los muebles y comida, y el joven marchó en busca de la mujer que le había sido recomendada. Cuando llegó con ella a la casa del juez, dos horas después de haber salido de la posada,

encontró a la señora Witham esperándole acompañada de varios hombres y muchachos cargados de paquetes. En una carreta venía una cama, pues, como dijo la posadera, las mesas y las sillas estarían seguramente en buen estado; pero una cama que no se había ventilado en cincuenta años no era un lugar propio para que un joven durmiese.

Era evidente que sentía una gran curiosidad por ver el interior del edificio, y aunque seguía temiendo a lo «algo» de tal manera que al menor ruido se agarraba al brazo de Malcolmson, que acabó por no soltar, lo recorrió todo con él.

Después de examinar la casa, Malcolmson decidió instalarse en el comedor, que era lo bastante grande para llenar todas sus necesidades. La señora Witham con ayuda de la señora Dempster, que debía cuidar en adelante de los trabajos diarios, empezó a arreglar las cosas. Cuando fueron deshechos los paquetes, Malcolm vio que la buena mujer había traído de su propia despensa víveres suficientes para varios días. Antes de marcharse expresó toda clase de buenos deseos y al llegar a la puerta se volvió, diciendo:

—Tal vez, como esta habitación es muy grande y fría necesite uno de esos grandes biombos que se ponen alrededor de la cama... Aunque, a decir verdad, a mí me aterraría encerrarme con toda clase de... cosas... que asomarían la cabeza por todos los lados y por encima del biombo, para mirarme.

La imagen que había evocado era demasiado violenta para sus nervios y echó a correr sin entretenerse más.

La señora Dempster echó hacia atrás la cabeza, con gesto de superioridad, y declaró que a ella no le daban miedo ni todos los duendes del mundo reunidos.

—Le digo a usted, señor, que los duendes lo son lodo excepto duendes. Son ratas, ratones, cucarachas, puertas que crujen, persianas sueltas, cosas que quedan libres durante el día y que al llegar la noche caen al suelo. Fíjese en el entarimado de esta habitación. Es viejísimo. Tiene centenares de años. ¿Cree que ahí debajo no habrá ratones y cucarachas? ¿Y piensa usted que no verá

ninguno? Las ratas son los duendes, se lo aseguro. Y los duendes son las ratas. No piense usted en otra cosa.

—Señora Dempster —replicó gravemente Malcolmson, dirigiendo una cortés inclinación a la mujer—. Es usted todo un pozo de ciencia. Permítame que le diga que en prueba de estimación a su indudable fortaleza de ánimo, cuando me vaya la dejaré en posesión de ese edificio durante los dos meses de alquiler que quedarán pagados, pues con sólo cuatro semanas tengo yo bastante.

—Muchísimas gracias, señor; pero no puedo pasar las noches fuera de mi domicilio. Estoy en la casa de Caridad de Greenhow, y si durmiera una sola vez fuera de allí perdería todos mis medios de vida. Los reglamentos son muy severos, y hay demasiada gente que espera una vacante para que me atreva a correr ningún riesgo. De lo contrario tendría un gran placer en cuidar de usted durante todo el tiempo que pasase aquí.

—Mi buena mujer —se apresuró a decir Malcolmson—. He venido en busca de soledad, y le estoy suma mente agradecido al difunto Greenhow por haber fundado un establecimiento con reglas tan severas, ya que así me veo privado de la oportunidad de sufrir ninguna tentación.

La vieja soltó una áspera carcajada.

—Aquí tendrá usted más soledad de la que quiere joven —dijo, y empezó a trabajar para quitar todo el polvo que llenaba la estancia.

Al anoecer, cuando Malcolm regresó de su paseo, que siempre daba con un libro debajo del brazo, encontró la habitación limpia como una patena, un buen fuego ardiendo en el hogar, la lámpara encendida y la mesa preparada para la cena.

—A eso se le llama comodidad —dijo, frotándose las manos.

Cuando hubo terminado de comer, empujó la bandeja hacia el otro extremo de la enorme mesa de roble, sacó sus libros, añadió unos troncos al fuego, arregló la mecha de la lámpara y se entregó a su trabajo. Siguió con él hasta las once, hora en que lo dejó un momento para arreglar el fuego y la lámpara y prepararse una taza

de té. Siempre había sido un adepto del té, y durante sus estudios siempre tuvo al lado una taza de la humeante infusión.

Aquel descanso era un verdadero lujo, y gozó de él con voluptuosidad. El avivado fuego ardía alegremente en la chimenea, coronado de chispas, y llenando de sombras misteriosas el aposento. Mientras bebía el caliente té, Malcolmson empezó a notar por vez primera el ruido que producían las ratas.

—No puede ser que hayan hecho eso durante todo el rato que he estado estudiando —se dijo—. ¡Lo habría notado!

A medida que el ruido crecía, el joven se fue convenciendo de que era nuevo. Sin duda al principio las mías se asustaron de la presencia de un extraño, de la luz y del fuego; pero viendo que pasaba el tiempo MU ocurrirles nada, se fueron volviendo más atrevidas, hasta portarse como tenían por costumbre.

¡Cuántos y cuán extraños ruidos producían! Por encima y por debajo del entarimado. Corrían, mordían... rascaban. Malcolmson rió al recordar las palabras de la señora Dempster. «Los duendes son ratas y las ralas son duendes». El té comenzó a producir sus efectos como estimulante nervioso y cerebral. Se presentaba ante él una perspectiva de productivo trabajo antes de que terminara la noche. Y para gozar del placer de dicha perspectiva, el joven se permitió una larga mirada a su alrededor.

Cogió la lámpara y recorrió lentamente la habitación, preguntándose por qué había estado abandonada tanto tiempo una casa tan hermosa. Los artesonados, las paredes y el entarimado eran del mejor roble, y las tallas de las puertas y ventanas eran de verdadero mérito. De los muros colgaban algunos cuadros; pero tan cubiertos de polvo y suciedad que era imposible ver ningún detalle de ellos por muy cerca que colocase la lámpara.

De cuando en cuando veía un agujero tapado momentáneamente por la cabeza de alguna rata, cuyos ojillos relucían a la luz, pero que desaparecía al momento, lanzando un chillido de terror. Lo que más asombraba era la cuerda de la campana, que colgaba del techo, en un rincón, a la derecha de la chimenea.

Acercó un pesado sillón al fuego y se sentó a tomar la última taza de té. Cuando hubo terminado avivó el fuego y volvió a su trabajo, sentándose a un lado de la mesa, con el fuego a la izquierda. Durante algún tiempo las ratas le molestaron con su continuo rebullir; pero acabó por acostumbrarse a ellas —como uno se habitúa al tic-tac de un reloj, o al rugido del agua en una catarata— y se enfrascó de tal manera en su trabajo que todo el mundo, a excepción del problema que trataba de resolver, desapareció de su vista.

De súbito levantó la cabeza. Aun no tenía resuelto el problema. En el aire vibraba esa sensación de la hora que precede al alba, tan temida por aquellos cuya vida está en peligro por la enfermedad. Había cesado el estruendo que producían los roedores. Sin duda fue el súbito silencio lo que le había sobresaltado. El fuego estaba casi apagado. Al mirar hacia la chimenea, a pesar de toda su sangre fría, dio un respingo.

En la butaca donde había tomado el té se hallaba sentada una enorme rata que le miraba con intensa y malévola fijeza. Malcolm hizo un movimiento como para asustarla; pero el roedor no se movió. Después el joven fingió que iba a tirarle algo. El animal tampoco hizo el menor movimiento, limitándose a mostrar, amenazador, sus afilados colmillos. Al mismo tiempo sus ojos brillaron furiosos.

Asombrado, Malcolmson cogió el atizador del fuego y dirigióse hacia donde estaba la rata con intención de matarla. Pero antes de que pudiera herirlo, el animal lanzó un chillido, que parecía de odio concentrado, saltó el suelo y dirigiéndose hacia la cuerda de la campana se encaramó por ella, desapareciendo por el agujero del techo.

Instantáneamente recommenzó el ruido producido por las ratas.

El cerebro del estudiante no estaba ya para trabajos mentales, y como el canto de un gallo anunciaba la proximidad del día, marchó a la cama, a dormir.

Durmió tan intensamente que ni siquiera le despertó la llegada de la señora Dempster. Sólo cuando la mujer hubo limpiado toda la habitación y preparado el desayuno se despertó el joven. Estaba aún algo cansado por el trabajo de la noche, pero una taza de té fuerte le espabiló bastante, y cogiendo un libro salió a dar su paseo matinal, llevándose unos emparedados a fin de no tener necesidad de volver a casa a comer.

Encontró un tranquilo sendero entre dos hileras de olmos, a poca distancia del pueblo, y allí pasó la mayor parte del día, estudiando su Laplace. Al volver entró a visitar a la señora Witham, y a darle las gracias por sus bondades. Cuando la mujer le vio llegar salió a su encuentro y movió la cabeza, diciendo:

—Ha trabajado usted demasiado. Está usted más pálido que de costumbre. ¡Demasiado trabajo y poco dormir no es bueno para nadie! Pero, cuénteme cómo pasó la noche. Supongo que bien, ¿no? No sabe usted la alegría que he tenido cuando esta mañana la señora Dempster me ha dicho que estaba usted bueno.

—Pasé una buena noche. Los «algo» no me molestaron demasiado. Sólo las ratas. Por cierto, que la casa está plagada. Una de ellas es un viejo demonio, se sentó en mi propio sillón, junto al fuego, y no se quiso marchar hasta que la amenacé con uno de los hierros de la chimenea. Entonces escapó por la cuerda de la campana y se escondió en algún sitio del techo o de la pared.

—¡Virgen Santa! —exclamó la posadera—. ¡Un viejo diablo y sentado junto al fuego, en un sillón! ¡Vay con cuidado, joven! ¡Vaya con cuidado! ¡Hablando en broma se dicen a menudo grandes verdades!

—¿Qué insinúa usted? Le doy mi palabra de que, no la entiendo.

—¡Un viejo diablo! Quizás el viejo diablo. Señor no se ría. Ustedes, los jóvenes se burlan a menudo de las cosas que hacen estremecer a los ancianos. ¡Ni importa! ¡Ojalá pueda reír siempre! ¡Eso es lo que le deseo! —y la buena mujer sonrió, con simpatía, aplacados de momento sus temores.

Aquella noche el tumulto de las ratas empezó más, pronto. En realidad, dio principio antes de que él llegara a la casa y sólo cesó mientras su presencia fue una sorpresa para ellas. Después de cenar sentóse junto al fuego, estuvo un rato fumando y después de limpiar la mesa empezó a trabajar como antes. Aquella noche los roedores le molestaron mucho más que h anterior. Era irresistible el estruendo que provocaban con sus uñas y dientes. Eran cada vez más atrevidas asomándose a la entrada de sus ratoneras y a todas las grietas del techo y del suelo, que parecía cubierto de lucecillas rojas. De cuando en cuando las más atreví das hacían salidas al suelo o a las molduras del artesonado. Si le molestaban demasiado, Malcolmson lanzaba algún grito para espantarlas, haciendo que regresaran como centellas a sus guaridas.

Y así fue transcurriendo la noche. Y Malcolmson, a pesar del ruido, se abismó cada vez más en su trabajo.

De pronto se interrumpió, como en la vez anterior abrumado por lo súbito del silencio. No se oía ni un solo rascar de uñas ni roer dientes. Ni tampoco ningún chillido. La quietud era de tumba. Recordó el extraño suceso de la otra noche e, instintivamente, dirigió una mirada a la butaca colocada junto a la chimenea. Y la misma extraña sensación le asaltó.

Allí, en el enorme asiento de roble, se hallaba la gigantesca rata que le miraba fijamente con sus malignos ojillos.

Instintivamente agarró lo que tenía más cerca, un libro de logaritmos, y se lo tiró. El libro fue mal dirigido y la rata, viéndose amenazada de cerca, escapó por la cuerda de la campana.

Cosa extraña, como la noche precedente, la partida de la rata fue seguida de la reanudación del tumulto.

En esta ocasión, como en la otra, Malcolm no pudo ver por dónde desaparecía el animal, pues la verde pantalla de su lámpara dejaba en tinieblas la parte superior de la estancia.

Consultado su reloj, el joven vio que era casi la inedia noche, y sin lamentar la distracción, se levantó para arreglar el fuego y prepararse el té. Había adelantado mucho su trabajo y se permitió el

lujo de fumar un cigarrillo, yendo a sentarse en el sillón de roble de junto a la chimenea. Mientras fumaba empezó a decirse que le gustaría saber dónde desaparecía la rata, pues el joven tenía ciertas ideas relacionadas con una buena ratonera.

El resultado fue que encendió otra lámpara y la colocó de manera que su luz diera de lleno en el lado derecho de la pared, junto a la chimenea. Luego reunió todos los libros que tenía a su alrededor y los puso a mano para tirarlos contra el animal. Por fin cogió el extremo de la cuerda y lo ató a la mesa, debajo de la lámpara. Mientras la manejaba notó lo flexible que era, sobre todo teniendo en cuenta que era muy gruesa y que hacía mucho tiempo que no se utilizaba.

«Con ella podría ahorcarse a un hombre», pensó.

Cuando hubo terminado sus preparativos miró complacido a su alrededor y dijo:

—¡Me parece que esta vez sabremos algo acerca de ti, amiguito!

Reanudó su trabajo y al principio, como antes, se sintió turbado por los chillidos de las ratas, pero al cabo de un rato se perdió entre las proposiciones y problemas.

Nuevamente su atención fue atraída por lo que le rodeaba. Esta vez no fue tan solo el silencio lo que llamó su atención; hubo un ligero movimiento en la cuerda y la lámpara vaciló. Sin hacer ruido levantó la cabeza para comprobar si el montón de libros estaban a mano y después dirigió una mirada a lo largo de la cuerda. En aquel preciso instante vio cómo la enorme rata se dejaba caer sobre el sillón de roble, sentándose allí y mirándole con terrible fiereza.

El estudiante levantó un libro con la mano derecha y, apuntando cuidadosamente, lo tiró contra la rata. Ésta, con un rápido movimiento saltó a un lado y esquivó el proyectil. Malcolmson cogió otro volumen, y un tercero y los tiró uno tras otro contra el roedor, pero sin que acertase ninguna vez. Por fin levantó un tomo, para tirarlo, y apuntó con todo cuidado. La rata lanzó un chillido y pareció aterrada. Esto hizo que Malcolm sintiera más que nunca grandes deseos de alcanzarla. El libro atravesó el aire, yendo a

chocar contra el cuerpo del animal, que lanzó un chillido de dolor; luego se volvió hacia su enemigo y le dirigió una malévola mirada. En seguida saltó sobre el respaldo del sillón y de allí a la cuerda de la campana, por la cual subió velozmente.

Malcolmson no apartaba la vista de la rata y la vio saltar hacia un agujero al pie de uno de los cuadros que, oscurecidos por la suciedad, colgaban de la pared.

—Mañana por la mañana examinaré el domicilio de mi amigo —dijo el estudiante, mientras se inclinaba para recoger sus libros—. El tercer cuadro de la pared. No lo olvidaré. —Cogió uno a uno los volúmenes, comentando sus títulos mientras los recogía—: Secciones Cónicas, éste no ha sido, ni Oscilaciones Coloidales, ni Principia ni Cuaterniones, ni Termodinámicas. ¡Ahora veremos cuál ha sido el libro que le ha asustado! —Malcolm lo recogió. Al mirarlo palideció intensamente. Dirigió una inquieta mirada a su alrededor y, estremeciéndose, murmuró:

—¡La Biblia que me dio mi madre! ¡Qué cosa más rara!

Se sentó de nuevo a su mesa de trabajo y las ratas reanudaron sus carreras. No le molestaban ya. En parte, su presencia, le daba una sensación de compañía. Pero ya no podía atender a su trabajo, y después de luchar en vano por atender al problema que le interesaba lo dejó, marchando a la cama en el momento en que las primeras luces de la autora se filtraban por las ventanas que daban a oriente.

Durmió con sueño profundo, pero inquieto. Soñó mucho, y cuando la señora Dempster le despertó, muy entrada ya la mañana, sentía un profundo malestar, sin que durante unos minutos se diese exacta cuenta de dónde se encontraba. Su primera orden sorprendió profundamente a la mujer.

—Señora Dempster, antes de marcharse me gustaría que cogiese la escalera de mano y limpiara esos cuadros, sobre todo el tercero a partir de la chimenea. Quiero ver lo que son.

Malcolmson trabajó en sus libros, por el paseo de los olmos, hasta muy tarde. Y la alegría del día anterior volvió a él a medida que avanzaba la jornada, con lo cual sus estudios adelantaron

mucho. Acababa de solucionar satisfactoriamente todos los problemas que hasta entonces se le habían resistido, y, en un estado de verdadero optimismo, pasó por casa de la señora Witham. En el saloncito encontró, en compañía de la posadera, a un desconocido que le fue presentado como el doctor Thornhill. La mujer no parecía tranquila, y esto, combinado con una serie de preguntas hechas por el doctor, hicieron sospechar a Malcolmson que la presencia de Thornhill no era un mero accidente; por lo cual, sin andarse con rodeos, dijo:

—Doctor Tornhill, tendré un gran placer en responder a todas las preguntas que quiera hacerme si antes contesta usted a una que yo formularé.

El doctor pareció sorprendido; pero sonrió, contestando en seguida:

—Aceptado. ¿De qué se trata?

—¿Le ha pedido la señora Witham que venga a verme y aconsejarme?

Por un momento el doctor Thornhill pareció no saber qué contestar, y la posadera enrojeció intensamente; pero el forastero era un hombre franco y decidido, y se apresuró a decir:

—Lo hizo, pero no deseaba que usted se enterase, Supongo que ha sido mi torpe apresuramiento lo que le ha hecho sospechar. Me explicó que no le gustaba la idea de que viviera usted solo en esa casa y que le parecía que tomaba usted demasiado té fuerte. Lo cierto es que me ha pedido que le convenza de que deje de tomar tanto té y se acueste más pronto. Yo también he sido estudiante, y de los de buena voluntad; por lo tanto, creo que puedo tomarme las libertades de un profesor y, sin que ello sea ofenderle, aconsejarle como un amigo, no como un extraño.

Con una alegre sonrisa, Malcolmson tendió la mano al médico.

—Chóquela, como dicen en América —dijo—. Quiero darle las gracias por su amabilidad; y a usted también, señora Witham. Esas bondades merecen una concesión por mi parte. Les prometo que no

tomaré más té fuerte hasta que ustedes me lo permitan, y que esta noche me acostaré, todo lo más, a la una. ¿Están contentos?

—Mucho —contestó el doctor—. Ahora cuéntenos lo que ha notado en la vieja casa.

Malcolmson explicó con todo detalle lo ocurrido en las últimas noches. De cuando en cuando fue interrumpido por las exclamaciones de la señora Witham, hasta que por fin, cuando relató el episodio de la Biblia, la posadera tradujo en chillidos sus emociones y no se serenó hasta que le fue administrado un vaso de coñac con agua. El doctor Thornhill escuchó con creciente gravedad. Cuando la narración quedó completada y la señora Witham se hubo tranquilizado, preguntó:

—¿Sube siempre la rata por la cuerda de la campana?

—Siempre.

—Supongo que debe usted de saber ya qué clase de cuerda es esa, ¿no? —dijo el médico al cabo de una breve pausa.

—No. ¿Qué es?

—Se trata de la misma que el verdugo utilizaba para todas las víctimas del rencor judicial del juez. —Le interrumpió otro chillido de la señora Witham, y hubo de nuevo que cuidarse de hacerla volver en sí. Consultando su reloj, Malcolmson comprobó que era ya hora de ir a cenar y marchó a su casa antes del completo restablecimiento de la señora Witham.

Ésta, cuando se mejoró, asaltó al doctor con irritadas preguntas acerca de lo que pensaba al poner en el cerebro del estudiante unas ideas tan terribles.

—Bastantes cosas hay ya allí para asustarle —terminó.

—Señora —contestó el doctor Thornhill—, mi intención era totalmente distinta. Quería atraer su atención a la cuerda y fijarla allí. Puede que esté en un estado de agotamiento a causa de un excesivo estudio, aunque juraría que es el muchacho más sano de cerebro y de cuerpo que he visto. Pero eso de las ratas y lo del diablo... —El doctor movió la cabeza y prosiguió—: Me hubiera prestado a pasar la noche con él, pero estoy seguro de que lo

hubiera tomado como una ofensa. Puede que durante la noche tenga alguna alucinación y en ese caso deseo que tire de la cuerda. Estando solo, eso nos servirá de aviso y llegaremos a tiempo de serle útiles. Esta noche me acostaré bastante tarde y mantendré el oído bien atento. No se alarme si Benchurch tiene una sorpresa antes de que se haga de día.

—¿Qué quiere usted decir, doctor?

—Pues... quiero decir que no me asombraría que esta noche oyéramos sonar la campana de la casa del juez.

Cuando Malcolm llegó a su domicilio era más tarde que de costumbre, y la señora Dempster se había marchado... No podían descuidarse los reglamentos de la Casa de Caridad de Greenhow. Comprobó con alegría que su cuarto estaba bien alumbrado, limpio y con un alegre fuego. La tarde era mucho más fría de lo que podía esperarse en abril, y un viento bastante fuerte soplaba con tan creciente velocidad que era una promesa de tormenta para la noche.

Durante unos minutos después de su entrada cesó el ruido producido por las ratas, pero en cuanto se habituaron a su presencia reanudaron sus locas carreras. El joven se alegró de oírlas; porque de nuevo encontraba cierto alivio en su compañía, y recordó que sólo callaban cuando la otra rata entraba en escena.

Sólo estaba encendida la lámpara de lectura, y su verde pantalla mantenía el techo y la parte superior de la habitación en tinieblas. Malcolm sentóse a cenar con mucho apetito y despejado su espíritu. Después de vaciar los platos y fumar un cigarrillo se puso al trabajo, dispuesto a no permitir que nada le turbase, pues recordaba su promesa al doctor y estaba dispuesto a aprovechar lo mejor posible el tiempo que tenía a su disposición.

Durante una hora, aproximadamente, estuvo estudiando. Luego sus pensamientos comenzaron a apartarse de los libros. Las circunstancias en que se hallaba, las llamadas a su atención física, y su nerviosa susceptibilidad no podían dejar de ser atendidas.

El viento habíase convertido en huracán y el huracán en tempestad. La vieja casa, aunque sólidamente construida, parecía

temblar hasta los cimientos, y la tormenta rugía por sus numerosas chimeneas, provocando extraños ecos en las vacías habitaciones y corredores. Hasta la enorme campana del tejado debía notar la fuerza del aire, pues la cuerda subía y bajaba como si la campana se estuviera balanceando.

Mientras Malcolm escuchaba el leve ruido producido por la cuerda al chocar contra el suelo acudió a su cerebro el recuerdo de las palabras del doctor: «Se trata de la misma cuerda que el verdugo utilizaba para todas las víctimas del rencor judicial del juez.» Se puso en pie y acercóse al rincón donde colgaba, cogiéndola para examinarla de cerca. Había un morboso interés en aquello. Malcolm se preguntaba cuáles y cuántas habrían sido esas víctimas, asombrándose del afán del juez de tener siempre a la vista aquella horrible reliquia. Mientras estaba con ella en la mano, la cuerda siguió ascendiendo y bajando; pero de pronto percibió una nueva sensación, una especie de temblor, como si algo se moviera por ella.

Mirando instintivamente hacia arriba Malcolmson vio que la enorme rata descendía lentamente hacia él, mirándole con fijeza. El joven soltó la cuerda y echóse hacia atrás, lanzando una ahogada exclamación. La rata volvióse, subiendo de nuevo por la cuerda, y desapareciendo. En el mismo instante los otros roedores reanudaron sus locas carreras, que habían cesado durante unos minutos.

Esto hizo reflexionar a Malcolm, que recordó no haber investigado aún el refugio de la rata ni examinado los cuadros. Encendió la otra lámpara sin pantalla y sosteniéndola en alto fue a detenerse al pie del tercer cuadro, debajo el cual había visto desaparecer al animal.

A la primera mirada echóse atrás tan súbitamente que estuvo a punto de dejar caer la lámpara. Una palidez mortal le cubrió el rostro. Le temblaron las piernas, y enormes gotas de sudor perlaron su frente. Pero era joven y, al cabo de unos segundos avanzó de nuevo, levantó la lámpara y examinó el cuadro que había sido esmeradamente limpiado y podía verse con toda claridad.

Era el retrato de un juez, con sus vestiduras de grana y armiño. Su rostro era vigoroso y despiadado, diabólico, astuto, vengativo, de boca sensual, nariz aguileña y rojiza. El resto de la cara era de un tinte cadavérico. Los ojos poseían un brillo enorme y una expresión terriblemente maligna. Mientras lo examinaba, el joven sintióse bañado por un sudor frío, pues eran una copia exacta de los de la enorme rata. Nuevamente estuvo a punto de soltar la lámpara al ver que el bicho asomaba su diabólica cabeza por el agujero de junto al cuadro y notar la cesación de todos los otros ruidos. No obstante se dominó y continuó el examen del retrato.

El juez estaba sentado en un sillón de alto respaldo de tallado roble. A la derecha tenía una chimenea de piedra, y en un ángulo una cuerda colgaba del techo, con el extremo caído en el suelo.

Con verdadero horror, Malcolm reconoció el fondo de aquel cuadro. Era el de la misma estancia donde se encontraba. El joven miró aterrado en torno suyo, como si temiera que alguna diabólica presencia se materializara detrás de él. Luego dirigió la vista hacia el ángulo de la chimenea y, con un alarido terrible dejó caer la lámpara.

Allí, en el sillón, detrás del cual pendía la cuerda, estaba sentada la rata. Sus ojos, repetición de los del juez, parecían mucho más grandes, y su expresión de odio habíase intensificado. A no ser por los rugidos de la tempestad el silencio hubiera sido completo.

La caída lámpara hizo que Malcolm se serenase. Por fortuna era de metal y el petróleo no se vertió; sin embargo, la necesidad de arreglarla calmó un poco sus alterados nervios. Cuando la hubo apagado, secóse el sudor que le bañaba la frente y reflexionó un momento.

—Esto no puede seguir así —se dijo—. Si continúa me volveré loco. ¡Hay que terminar de una vez! He prometido al doctor que no tomaría más té. ¡Creo que tiene razón! Debo de tener los nervios destrozados. Es extraño que no lo haya notado. Nunca me había encontrado mejor. No volveré a ser tan loco.

Se mezcló un buen vaso de coñac con agua y después de beberlo decidió volver al trabajo.

Transcurrió una hora antes de que, turbado por la súbita quietud, levantase la vista del libro. Fuera, el viento soplaba cada vez con mayor intensidad y la lluvia azotaba los cristales. Pero dentro no se escuchaba otro rumor que el eco de la tormenta y algunas gotas de agua que caían por la chimenea, evaporándose al chocar contra los llameantes troncos. El fuego había disminuido bastante. Malcolm escuchó. Por fin llegaron hasta él unos débiles crujidos. Sonaban en el sitio donde colgaba la cuerda, y el joven creyó que eran producidos por el movimiento de la campana.

No obstante, al levantar la vista vio, a la débil luz, que la enorme rata estaba royendo la cuerda a cosa de tres metros del suelo. Cuando Malcolm la descubrió, el trabajo estaba ya casi terminado y el trozo de cuerda cayó sobre el entarimado con blando golpe. La rata quedó colgada del otro extremo, balanceándose de un lado a otro.

Un intenso terror apoderóse del joven al comprobar que toda posibilidad de llamar en su auxilio había desaparecido; pero al momento una violentísima ira ocupó su puesto y, cogiendo el libro que estaba leyendo se lo tiró a la rata. El proyectil fue bien dirigido, pero antes de que le alcanzara, el animal se dejó caer al suelo, contra el cual chocó con bastante fuerza.

Malcolm corrió hacia él, pero el roedor saltó a un lado y desapareció, perdiéndose entre las sombras de la estancia. El joven comprendió que ya no podría hacer nada más aquella noche y, con intención de distraerse persiguiendo a la rata, quitó la pantalla a la lámpara.

Al hacer esto, las tenebrosidades de la parte superior de la estancia se fundieron al empuje de la luz que, en comparación de las anteriores tinieblas, resultaba intensísima. Desde donde estaba, Malcolm veía ante sí el tercer cuadro. Se frotó los ojos, sorprendido, y un terrible pánico se apoderó de él.

En el centro del retrato aparecía una irregular extensión de lona oscura, tan nueva como cuando fue clavada en el bastidor. El fondo era el mismo de antes: el sillón, la chimenea, la cuerda... Pero la figura del juez había desaparecido.

Helado de miedo, Malcolm volvióse lentamente y se puso a temblar como un azogado. Todo su vigor le abandonó, y se sintió incapaz de toda acción o movimiento. Ni siquiera podía pensar. Lo único que estaba aún en condiciones de hacer era ver y oír.

Allí, en el amplio sillón de su cuarto, estaba sentado el juez, con sus vestiduras de grana y armiño, con sus malévolos ojos mirándole vengativamente, y una sonrisa de triunfo curvando los sensuales labios, mientras con las manos levantaba un bonete negro¹. A Malcolmson parecióle que la sangre se alejaba de su corazón. Fuera seguía escuchando el rugido del viento y la tempestad. Mezclado con él, llegaron las doce campanadas de la medianoche que sonaron en el reloj de la plaza del mercado.

Durante un espacio de tiempo que le pareció interminable, el joven permaneció inmóvil como una estatua, con los ojos dilatados por el horror; sin aliento. Cuando el reloj comenzó a sonar intensificóse la sonrisa en el rostro del juez, y al oírse la última campanada se puso el negro bonete sobre la peluca.

Lentamente se levantó del sillón y cogió el trozo de cuerda de la campana que yacía en el suelo, lo acarició con las manos, como si gozara tocándolo, y después empezó a hacer un nudo, lo apretó, tirando de él con el pie y acabó haciendo un lazo que conservó en las manos. Por fin empezó a avanzar a lo largo de la mesa, frente a Malcolmson, sin apartar la vista de él y por fin, de un salto se interpuso entre el estudiante y la puerta de salida.

Malcolmson comprendió que estaba acorralado e intentó pensar lo que debía hacer. En los ojos del juez había una irresistible fascinación que le obligaba a mirar hacia el horrible personaje. Vio como éste se aproximaba —siempre cerrando el paso hacia la puerta— y, levantando el nudo corredizo, lo tiraba contra él, como si deseara enlazarlo. Con un agotador esfuerzo, el joven hizo un rápido

movimiento a un lado y vio caer la cuerda junto a sus pies, chocando contra el entarimado de roble.

El juez volvió a recogerla e intentó apresarle con ella, siempre manteniendo su horrible mirada fija en él. Mediante un esfuerzo cada vez más grande, el muchacho consiguió esquivar el lazo.

Y así continuó, sin que el juez pareciera descorazonarse por los fracasos, jugando como un gato con un ratón. Por fin, desesperado, no pudiendo resistir ya más aquello, Malcolmson echó una mirada en torno suyo. La lámpara daba muchísima más luz. Por los numerosos agujeros del suelo, paredes y techo asomaban las ratas sus cabezas. En los ojillos de los roedores encontró el estudiante un profundo alivio. Levantó la vista y descubrió que el trozo de cuerda que aún colgaba de la campana estaba lleno de ratas. Ni un milímetro quedaba libre de ellas. Y a cada momento llegaban más que se amontonaban sobre sus compañeras. Eran tantas que su peso empezaba a hacer oscilar la campana.

«¡Dong!»

Fue una campanada muy leve; pero la próxima sería más potente.

Al oír el sonido, el juez, que no había apartado la vista de Malcolmson, levantó también la cabeza y una mueca de ira extendióse sobre su rostro. Sus ojos brillaron como carbones encendidos y golpeó el suelo con tanta fuerza que la casa pareció temblar.

Un trueno ensordecedor siguió a un relámpago en el momento en que el juez levantaba de nuevo el lazo, mientras las ratas seguían acudiendo en grandes masas a la cuerda. Esta vez, el horrible personaje, acercóse más a su víctima. Mientras se aproximaba iba abriendo el nudo corredizo. Al llegar más cerca pareció que algo paralizador emanaba de él, y Malcolmson quedó rígido como un cadáver. Percibió el roce de unos helados dedos en su cuello, mientras le ajustaban la cuerda. El nudo fue apretado... apretado.

Después el juez, cogiendo entre sus fuertes brazos el rígido cuerpo del estudiante lo colocó de pie en el sillón de roble, y

subiendo junto a él extendió una mano y cogió el extremo colgante de la cuerda de la campana. Al hacerlo las ratas huyeron chillando y, desaparecieron por el agujero del techo. Cogiendo la extremidad del nudo corredizo que rodeaba el cuello de Malcolmson lo ató a la cuerda de la campana y después, descendiendo, apartó el sillón.

* * *

Cuando la campana de la Casa del Juez comenzó a sonar, una gran muchedumbre se reunió en pocos momentos. Luces y antorchas de distintas clases aparecieron y en seguida la silenciosa multitud corrió hacia el edificio. Llamaron fuertemente a la puerta; pero nadie les contestó. Luego, con el médico a la cabeza, forzaron la entrada, penetrando en el amplio comedor.

Allí, colgado del extremo de la cuerda de la campana, veíase el cuerpo de Malcolmson, mientras el rostro del juez, en el retrato, lucía una maligna sonrisa.

A. Hoffmann

El misterio de la casa desierta

Un secreto y un misterio pesan sobre la casa... La habita un hombre y sin embargo, de noche, se oyen gritos de mujer.

El misterio de la casa desierta

WADDE ERA admirado por cuantos viajeros lo visitaban.

Innumerables veces había recorrido yo sus calles y paseos cuando cierto día me fijé en una casa pequeña, cuyo aspecto contrastaba con el de los demás edificios.

Era una construcción de un solo piso y tenía cuatro ventanas. Su altura no llegaba siquiera a la de los entresuelos de las magníficas mansiones cercanas. El tejado estaba agrietado por todas partes y amenazaba ruina. Los rotos cristales de las ventanas habíanse sustituido por pliegos de papel de un gris azulado.

Las ventanas estaban cerradas. Las de la planta baja habían sido tapiadas, y en la puerta —estrecha, baja y sin cerradura— inútilmente se hubiera buscado un llamador.

La casucha parecía abandonada y aunque en realidad, una casa vacía nada tiene de extraño, el hecho de hallarse en un barrio tan elegante y en unos terrenos que podría producir a su propietario una enorme renta, daba pábulo a las suposiciones. Yo no podía pasar por delante de aquella ruina sin imaginarme las más variadas historias.

Un día, mientras los elegantes se paseaban por aquel lugar, me encontraba yo de pie, apoyado en un guardacantón, frente a la casa desierta. Un amigo mío a quien no había visto desde hacía mucho tiempo, detúvose delante de mí.

Era el conde Pirding, un soñador tan curioso y fantástico como yo.

También él había pensado mucho acerca del misterio que encerraría aquel vacío edificio, pero sus suposiciones fueron mucho más lejos que las mías, pues llegó a forjar una historia tan extravagante, que ni el más exaltado cerebro hubiera podido admitirla como verdadera.

El desengaño del pobre conde fue tremendo cuando, después de buscar el más trágico desenlace para su historia, se enteró de que la famosa casa desierta era el simple taller de un pastelero cuya tienda estaba contigua. Las ventanas del piso bajo habíanse tapiado para ocultar a los transeúntes el aspecto de los hornillos y crisoles y las otras ventanas estaban calafateadas para proteger del sol y de las moscas los dulces allí almacenados.

Estos datos tan vulgares me produjeron el efecto de una ducha helada. No se necesitaba más para echar por tierra todas las ilusiones de un hombre dispuesto a ver misterios.

Sin embargo, a pesar de la explicación material que, se me había dado, no podía mirar la casa desierta sin estremecerme. Mi espíritu rechazaba con rabia la idea de que hubiera confituras en vez de los fantasmas que tanto me habían llegado a preocupar. En el fondo me quedaba la esperanza de ver algún día al mundo fantástico tomar posesión de aquella vivienda. La casualidad debía lanzarme muy pronto por el camino de lo misterioso.

Pocos días después de encontrar al conde volví a pasar, a eso de las doce de la mañana, por delante de la casa desierta. Con gran asombro vi agitarse una cortina verde en la ventana más próxima a la tienda del confitero. Una mano blanca muy bien formada, que lucía en el dedo meñique una sortija con un magnífico brillante, asomó por debajo de la cortina. Después vi un blanco brazo adornado por una preciosa pulsera de oro. La mano depositó un frasquito de cristal en un saliente de la ventana y desapareció.

Quedé tan inmóvil como si tuviese los pies clavados en el suelo. Tan embobado estaba que en menos de diez minutos una multitud de curiosos se agrupó a mi alrededor, siguiendo con la vista la dirección de mis miradas. Pero ya se había retirado la mano sonrosada y el brazo de alabastro, de modo que los impertinentes papanatas tuvieron que retirarse sin ver nada.

Aquella gente me recordó a los tontos de cierto pueblecillo que una mañana se agruparon delante de una casa gritando: «¡Milagro!» porque se había caído desde un sexto piso un gorro de algodón, y no

llegó al suelo por haber quedado enganchado en la rama de un árbol.

Sin duda la mano y el brazo pertenecía a la mujer, a la hija o a la hermana del pastelero y el frasco de cristal sería un simple y prosaico jarabe de grosella.

De pronto se me ocurrió la idea de entrar en la pastelería, y con mucho tacto, obtener alguna información. Mientras compraba unos bombones, le dije a mi hombre:

—Ha elegido usted muy buen sitio para su establecimiento. Además, esa casa vecina donde ha instalado su almacén debe de ser un gran desahogo.

—¿De dónde ha sacado usted —exclamó el comerciante mirándome con sorpresa— que yo utilizo la casa de al lado? No niego que me convendría alquilarla, pero a pesar de todo lo que he hecho para conseguirlo, aún no he logrado nada. Por otra parte, no lo siento porque en esa casa deben de ocurrir cosas extraordinarias, que le molestarían bastante a un inquilino tan tranquilo como yo.

Aquellas palabras me impresionaron mucho. Intenté hacer hablar al hombre, pero todo cuanto pude averiguar de él, a fuerza de preguntas, fue que el ruinoso edificio pertenecía a un noble que vivía en sus tierras y no había aparecido por allí desde, hacía varios años.

La casa presentaba el mismo aspecto desde tiempo inmemorial y nadie parecía pensar en hacer reparaciones para preservarla de una ruina inminente.

La gente del barrio estaba convencida de que en aquel lugar habitaban duendes, pues en ciertas épocas, y sobre todo al aproximarse las Navidades, oíanse ruidos muy extraños que turbaban el silencio de la noche. En ciertas ocasiones se oía un estrépito atronador.

Alguna que otra vez la cascada voz de una vieja parecía esforzarse por entonar una especie de cántico del otro mundo, del cual apenas se distinguían algunos monosílabos franceses mezclados con otra lengua desconocida.

—En fin —añadió el pastelero—. ¿Ve usted ese tubo de hierro que sobresale de aquella pared? Pues hasta y durante el verano he visto salir por él un humo muy espeso, como si en el interior de la casa hubieran encendido fuego los demonios. En varias ocasiones me he quejado al hombre que cuida del edificio haciéndole ver que cualquier día puede incendiar mi tienda. Pero el viejo dice que no tema, que ese humo lo produce el carbón de su cocina. Solo el diablo sabrá lo que come ese hombre, pues por la chimenea, sale un olor a azufre nada agradable.

En aquel momento, la puerta del establecimiento, | al abrirse, hizo sonar un timbre muy agudo. El comerciante se despidió de mí para ir a despachar a su parroquiano. Como yo iba detrás de él, comprendí en seguida por la seña que me hizo disimuladamente, que la persona que acababa de entrar era la misma de quien habíamos estado hablando.

Se trataba de un hombre muy flaco, con la piel, apergaminada y amarillenta, la nariz puntiaguda, los labios muy finos, los ojos de color verde-gris y los cabellos peinados de una manera muy rara. Su traje era muy usado y aunque ahora era de un tono indefinido, en sus buenos tiempos debió de ser de color café. De las bocamangas de su chaqueta salían dos puños muy robustos que decían bastante mal con la quejumbrosa voz con que el viejo pidió naranjas y castañas confitadas, mazapán de diversas clases y otras golosinas.

Mientras el confitero le servía, el viejo, sacando de su bolsillo un monedero de cuero rojizo ya muy gastado, tomó de él algunas monedas muy roñosas y pagó, murmurando frases incoherentes.

—¿Está usted enfermo? —le preguntó el comerciante—. Parece algo triste: pero eso será la edad, ¿no?

—¿Por qué ha de serlo? —refunfuñó, disgustado, el vejete, haciendo a la vez un movimiento tan pesado que los cristales del establecimiento retemblaron. Sin querer pisó una pata del perro negro que le acompañaba. El animalito profirió agudos aullidos.

—¡Maldito perro! —exclamó el viejo. Y abriendo el paquete en que llevaba los dulces le arrojó uno al bicho, que calló con la

golosina, sentándose con la gracia de una ardilla.

Cuando el animal hubo acabado de comer, el anciano dijo:

—Buenas noches, vecino, buenas noches. Un pobre viejo gastado por la edad, le desea buena suerte y larga vida.

Al decir esto estrechó con tanta fuerza la mano del confitero que el buen hombre lanzó un grito de dolor.

—Ya ha visto usted —me dijo cuando hubo salido su parroquiano— la clase de guardián que tiene esa casa. Algunas veces me he quejado del ruido que hace por las noches, pero a todo me contesta que «espera a la familia de su señor desde hace tantos años que ya da por seguro que no vendrá nunca».

Al salir de la tienda comencé a buscar mentalmente una relación entre el triste canto que se había oído en la casa ruinosa y el brazo que poco antes viera yo por entre la cortina verde. Traté de convencerme de que, por una ilusión de acústica, el confitero había creído ser de vieja lo que era el canto dulce y triste, de alguna joven prisionera de un odioso tirano.

Pensé en el humo denso que salía del tubo de la chimenea y en el frasco de cristal de la ventana, y deduje, sin buscar ya más, que la hermosa desconocida era víctima de un sortilegio. En el anciano creí ver un hechicero disfrazado.

Durante mi sueño de aquella noche miles de figuras diabólicas se me presentaban.

Por sugestión di por cierto que el brazo que había visto debía ir unido a un hombro más blanco que la nieve. Después la adorable figura de una joven surgió ante mí y me pareció que la plateada bruma que ocultaba en parte sus facciones, se escapaba del misterioso frasco de cristal.

Para conseguir la libertad de aquella mujer creada por mi exaltado cerebro concebí los más descabellados proyectos. De pronto algo así como una esquelética mano me golpeó, rompiendo al mismo tiempo en mil pedazos la botella maravillosa. Entonces se desvaneció la aparición, dejando tras sí el eco de una triste queja.

Al día siguiente a primera hora corrí a situarme frente a la casa desierta. En seguida me di cuenta de que habían puesto persianas. Durante todo el día no dejé de rondar por los alrededores y llegada la noche volví a pasar por delante del edificio. La puertecilla de entrada estaba entornada y el viejo asomaba la cabeza por ella.

Acercándome a él, le pregunté cortésmente:

—¿No vive en esta casa el consejero de Hacienda Blinder?

—No —contestó el viejo sonriendo con desconfianza —jamás ha puesto aquí los pies ni vendrá nunca. Todo el mundo sabe que su casa está muy lejos de este barrio.

Al pronunciar estas palabras retiró la cabeza y me dio con la puerta en las narices. Le oí toser y arrastrarse pesadamente, produciendo como un ruido de llaves, y me pareció que bajaba por una escalera. Poco antes, por la entornada puerta, había observado yo que en el vestíbulo había tapices muy raídos y sillas y sillones de terciopelo rojo.

A la mañana siguiente, a eso del mediodía, una fuerza irresistible me atrajo al mismo punto, y esta vez vi, o creí ver, en la ventana del primer piso, la cortina verde levantada.

Brilló un diamante y en seguida una mujer encantadora me tendió los brazos con aire de súplica.

Preguntándome si soñaba busqué con la vista un lugar desde el que pudiera seguir mis observaciones sin llamar la atención de la gente. Al otro lado de la calle había un banco de piedra y corriendo fui a sentarme en él, pues daba la casualidad que estaba precisamente enfrente del misterioso edificio.

Desde mi nuevo observatorio pude ver a la encantadora joven que mi cerebro había adivinado.

Permanecía inmóvil y sus pupilas no se fijaban en mí. Tan quieta estaba que empecé a creer que quizá solo se tratase de una pintura.

En aquel momento paróse a mi lado un vendedor ambulante y empezó a suplicarme que le comprase alguna cosita, diciéndome que no había vendido nada en toda la mañana.

Le rechacé con dureza, pero él insistió y puso ante mis ojos todo lo que llevaba, ofreciéndome un espejito de bolsillo que puso a cierta distancia de mí. Lo colocó de tal forma que pude ver con absoluta claridad la ventana de la casa desierta y la deliciosa figura de la muchacha.

Compré el espejo sin regatear. En cuanto empecé a utilizarlo me fue imposible apartar los ojos de él. De repente me pareció ver las hermosas pupilas de mi desconocida, interpuestas entre el espejito y yo. Sentí una inefable ternura y...

—¡Qué espejo más bonito! —dijo a mi lado una voz.

Desperté como de un sueño y me extrañó extraordinariamente encontrarme rodeado de personas desconocidas y que sonreían como si estuviesen contemplando a un loco.

—Es un espejo maravilloso —repitió la misma voz— pero, ¿podría saberse qué le preocupa a usted tanto? ¿Es quizá espiritista?

El hombre que me dirigía esta pregunta me pareció una persona formal. Vestía con elegante sencillez y la expresión de su rostro, inspiraba confianza. Le expliqué sin rodeos lo que me sucedía y le pregunté si no había visto él a la joven.

—Creo tener unos ojos bastante buenos y Dios quiera que no necesite gafas hasta dentro de muchos años. He visto a la muchacha; pero creo que se trata de un retrato al óleo, pintado por un excelente artista...

Miré de nuevo, pero ya habían corrido la cortina.

—Vea usted, joven —añadió mi interlocutor— el criado del conde Zaschen, dueño de esa casa, ha vuelto a cerrar la ventana después de quitar el polvo al retrato.

—¿Está usted seguro? —pregunté.

—Como de que estoy vivo. Mirando por el espejito le ha engañado a usted una ilusión óptica. Lo mismo me hubiera sucedido a su edad.

—Pero es cierto que he visto mover la mano y el brazo...

—No digo que no —replicó mi interlocutor sonriendo con irónica cortesía. Y dando media vuelta, añadió:

—Desconfíe usted de los espejos que fabrica el diablo. Buenos días.

El verme tratado como un imbécil iluso me hizo muy mal efecto. Lleno de rabia y vergüenza corrí a encerrarme en mi casa, dispuesto a no ocuparme más de aquel asunto.

Los negocios me entretuvieron varios días, contribuyendo a calmar mi cerebro. Sin embargo, por las noches estaba sobreexcitado.

Cierta mañana al coger el espejito para ponerlo en mi tocador, me pareció que el cristal estaba empañado. Pasé sobre él un paño y me miré... ¡Aun me estremezco al recordarlo! En vez de mis facciones vi las de la misteriosa desconocida de la casa desierta. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y se fijaban en mí con una expresión, aún más dolorida que la primera vez.

Los días siguientes no hice más que pasear por delante del misterioso edificio. Pensaba sin cesar en la muchacha; y me pareció que entre aquel ser y yo se establecían relaciones físicas, aunque invisibles.

Poco a poco mi salud empezó a minarse. Me sentía muy débil y me era imposible oponer resistencia a aquella influencia sobrenatural.

Temiendo volverme loco y sin fuerzas apenas para andar, fui a ver a un célebre médico que se ocupaba del tratamiento preventivo de las enfermedades mentales.

Le expliqué lo que sucedía, suplicándole que no me dejase en aquel estado.

—Tranquilícese —me dijo el doctor—. Tiene usted el espíritu enfermo, pero sabe la causa de la perturbación y eso es una gran ventaja. Deje aquí ese espejito, vuelva a su casa, ocúpese en algo que absorba sus facultades y después de haber trabajado intensamente fatigue su cuerpo dando un largo paseo. Por la noche vaya a visitar a sus amigos y diviértase con ellos. Aliméntese mucho y beba vinos generosos. Todo su mal consiste en una idea que le obsesiona; si conseguimos ahuyentarla, quedará usted curado.

Yo vacilaba en abandonar mi espejo. El doctor lo cogió, limpió la luna y me lo presentó para que me mirara.

—¿Ve usted algo? —me preguntó.

—Mis facciones —contesté.

—Está bien —repuso el médico—. Ahora repita la prueba imitándome.

Di un grito y me puse muy pálido.

—¡Es ella, es ella! —exclamé.

El doctor volvió a tomar el espejo.

—No veo nada —dijo— absolutamente nada; pero le confieso que en el momento de mirar me he estremecido. Tenga confianza en mí; si hay un encanto es preciso romperle. Haga el favor de repetir la prueba.

Miré otra vez el espejo mientras el doctor aplicaba una mano sobre mi espina dorsal.

La figura reapareció y noté que el médico palideció al observar el efecto que aquel fenómeno acababa de producirme.

Cogió el espejo, lo encerró en una caja, me despidió, repitiendo las instrucciones que antes me diera, y me dijo que más tarde veríamos qué convenía hacer.

Desde aquel momento me entregué a una infinidad de distracciones y a una vida agitada, la más propia para dominar mis nervios a fuerza de cansancio físico.

Pocos días después, estando con un alegre grupo de amigos, la conversación giró sobre las ciencias ocultas y los fenómenos magnéticos. Con este motivo se explicaron las más sorprendentes anécdotas. Se trató de los sueños, las alucinaciones y los éxtasis y se preguntó muy en serio si no sería posible que una voluntad ajena a nuestra vida ejerciera, en ciertos momentos, y sin auxilio de ningún contacto material, una verdadera influencia en nuestras facultades.

—Si admitiéramos eso —dijo uno— tendríamos que reconocer como verdaderas las brujerías y hechizos de la Edad Media y todas las supersticiones que los progresos de la ciencia han hecho desaparecer.

—Pero —intervino un joven médico— ¿podrá la sabiduría y la filosofía negar la existencia de los hechos comprobados? ¿No tiene la Naturaleza misterios que a nosotros nos está prohibido sondear y comprender? Así como un ciego reconoce por el roce de las hojas, por el murmullo de una fuente, la proximidad de un bosque o de un manantial, ¿por qué no hemos de poder presentir nosotros algunas cosas de la vida, gracias a la comunicación invisible de ciertos espíritus con el nuestro?

—¿Admite usted —pregunté yo entonces— la existencia de un principio inmaterial dotado de una fuerza que en ciertas condiciones nuestra voluntad no podría rechazar?

—Sí —contestó—. Es un hecho probado por las observaciones de hombres muy inteligentes que han profundizado en el estudio del magnetismo.

—Entonces también será necesario reconocer como posible la existencia de seres maléficos dotados de una naturaleza superior a la nuestra.

—Eso sería ir demasiado lejos —repuso el médico, sonriendo—. Yo no creo en los poseídos; sólo pienso que algunos seres pueden tener el don de ejercer sobre otros un poder irresistible. Esta idea la fundo en sencillas observaciones, y creo que únicamente las naturalezas débiles o gastadas por algún exceso, están expuestas a sufrir ese fenómeno.

—Un momento —intervino un caballero de edad madura, que aun no había hablado—. Si, según usted existen fuerzas ocultas y enemigas de nuestra naturaleza, me parece, juzgando por lo que usted ha dicho que esas fuerzas sólo se desarrollan si nuestro espíritu es débil y si las facultades están gastadas por un exceso o una enfermedad y no se hallan en condiciones normales. Eso me hace pensar que esos fenómenos no son otra cosa sino un estado anormal de nuestro espíritu. Por lo tanto, fuera de nosotros no existen fuerzas dotadas de una acción intermediaria entre Dios y el hombre.

«Ahora expondré mi opinión relativa a las enfermedades mentales que nos llevan a alucinaciones pasajeras. La pasión o mejor dicho el amor, es lo único que puede producir trastornos cerebrales, ofreciendo el ejemplo de una fuerza ejercida irresistiblemente por un individuo sobre otro.

«En mi propia casa pude observar un caso verdaderamente dramático. Cuando el ejército francés asolaba nuestras provincias, a las órdenes del general Bonaparte, alojé en mi domicilio a un coronel de guardias del virrey de Nápoles.

«Era un hombre distinguido, pero parecía aquejado por un gran pesar o por una enfermedad. Pocos días después de su llegada le sorprendí entregado a un paroxismo de dolor que me inspiró honda compasión. Sollozaba de tal manera que no podía ni hablar. Le obligué a echarse para ver si se calmaba. De pronto sus ojos perdieron la vista y sus miembros el movimiento, quedando rígido como una estatua. Llamé en seguida a un médico que le sometió a la influencia magnética, cosa que pareció aliviarle. Pero el doctor tuvo que renunciar a este medio, porque no podía adormecer al enfermo sin sentir él mismo una inexplicable sensación de sufrimiento. Cuando terminó el acceso, el coronel, a quien el doctor había inspirado confianza, le contó que durante sus crisis se le aparecía una mujer que había conocido en Pisa... Aquel fantasma tenía una mirada que le atravesaba como un hierro candente. Cuando cesaba este dolor caía en una especie de sueño, al que seguían fatigas intolerables, acompañadas de una atonía completa de todos los organismos. Nunca quiso decirnos lo que pasó en otro tiempo entre él y la mujer de Pisa.

«Cierta día el coronel recibió orden de pasar con su regimiento a la vanguardia. Mientras su ayudante preparaba el equipaje sentóse a la mesa para almorzar. Apenas acercó a sus labios una copa de vino, lanzó un ahogado grito y cayó muerto. El médico opinó que aquello había sido un ataque apoplético fulminante.

«Dos o tres semanas más tarde recibí una carta dirigida al militar. La abrí esperando que contuviese algunos datos sobre la

familia de mi desgraciado huésped.

»La carta era de Pisa, y en ella sólo había las siguientes palabras, sin firma: “¡Pobre amigo! Hoy, siete de junio, a mediodía, Antonia ha muerto creyendo abrazar tu sombra...” Eran, precisamente, el día y la hora en que el coronel había expirado. Traten ustedes ahora de explicar este caso.

El reconocer cierta semejanza entre mis sensaciones y las que experimentara el coronel, me hizo sentir un gran miedo. Una nube pasó por mis ojos; los oídos me zumbaban como si junto a ellos resonase el lúgubre tañido de una campana. No pude oír el final del lelato. Salí corriendo de la sala para ir a la casa desierta.

Desde lejos me pareció distinguir claridad detrás de las cerradas persianas; pero al acercarme ya no vi nada. Mi alucinación iba en aumento. Me precipité contra la puerta, que cedió a mi empuje, y entré en el vestíbulo, donde un vapor cálido y acre me oprimió la garganta.

De repente oí un grito de mujer a pocos pasos de mí. Sin saber cómo me hallé en un salón lleno de luces, decorado con gran lujo al estilo de la Edad Media. De varios pebeteros ascendían nubes azuladas que, embalsamando el aire con embriagadores perfumes, elevábanse en difusas y ondulantes espirales hacia el techo.

—¡Oh! ¡Bienvenido seas, amor mío! —exclamó la voz de mujer que antes había oído.

Sólo entonces me fijé en una joven vestida con traje de novia y que se acercaba a mí con los brazos abiertos. Al mirarla de cerca observé que tenía el rostro amarillento y espantosamente crispado.

Sentí un gran pánico y retrocedí, pero la mujer se fue aproximando. Entonces creí observar que aquel semblante tan feo era una careta de crespón bajo la cual se dibujaban las bellas facciones del ser que yo había soñado.

Sus manos tocaban ya las mías cuando de pronto cayó al suelo gimiendo. Detrás de mí una voz dijo:

—¡Vaya! ¡A la cama o probarás las correas!

Al volverme vi al hombre del traje color café. En la mano llevaba un látigo, haciendo ademán de aplicar un correctivo a la pobre mujer.

Me adelanté para contenerle; pero rechazándome con una fuerza de que no le hubiera creído capaz, se limitó a decirme:

—¿No ve usted que a no ser por mí ya le hubiera estrangulado esta loca? ¡Váyase de aquí en seguida!

Me lancé fuera de la sala, buscando a tientas una puerta para salir de aquella horrible casa.

Oí los gritos de la mujer mezclándose con el ruido de los golpes que el viejo descargaba sobre ella. Quise acudir en su auxilio pero de pronto perdí pie y caí rodando por una escalera. Un momento después chocaba contra la puerta de una habitación que se abrió por la fuerza del golpe.

Era un dormitorio pequeño y, por la desecha cama y las prendas de vestir que vi en una silla, adiviné que se trataba del cuarto del criado.

Apenas hube vuelto en mí, pesados pasos hicieron crujir la escalera. Era el viejo, que volvía después de terminar la paliza nocturna.

—¡Señor! —exclamó—. Le suplico que guarde el más absoluto silencio sobre cuanto acaba de presenciar. La menor indiscreción me costaría el empleo y yo soy un pobre anciano que no sabría ya como ganarme la vida. Acabo de castigar a la loca y la he atado a su cama, de modo que ahora todo está tranquilo. Váyase usted a descansar, señor, duerma en paz y sobre todo olvide lo que ha visto esta noche.

El hombre cogió una luz, me invitó a pasar delante, me hizo subir a pie la escalera que había bajado de cabeza y me llevó a la puerta de salida. Cuando estuve en la calle noté que corría los cerrojos.

Me encaminé a mi domicilio, mudo de asombro y pensando en mi singular aventura.

Necesité hacer esfuerzos verdaderamente sobrenaturales para alejar de mí las alucinaciones iniciadas por el maldito espejo encantado.

* * *

Algún tiempo después, en una reunión, encontré a mi amigo, el conde Pirding.

Me condujo a un lugar apartado y, sonriendo, me dijo que estaba sobre la verdadera pista de los misterios de la casa desierta.

Precisamente en aquel instante anunció el mayordomo que la mesa estaba servida. Esto fue causa de que no pudiese escuchar el relato del conde.

Según es costumbre de la alta sociedad, al dirigirme al comedor, ofrecí el brazo a una muchacha. Mi sorpresa fue enorme cuando al fijar la vista en su rostro reconocí a la bellísima joven que se reflejara en mi espejo.

Le dije que me parecía haberla visto en alguna otra parte y me contestó que no podía ser, pues acababa de llegar a Wadde por vez primera en su existencia. Al hablar me dirigía unas miradas tan seductoras que me electrizó.

Charlamos mucho y aunque me mostré algo audaz esto no pareció desagradar a la muchacha.

Al servirse el champán quise llenar su copa. Tuvo un descuido e hice chocar el cristal, que produjo un sonido agudo, semejante a la voz de falsete del misterioso anciano de la casa desierta. En el mismo momento observé que mi compañera palidecía de una manera muy intensa.

Durante la velada busqué la ocasión de reunirme con el conde Pirding, por quien supe que la joven con quien había hablado era la condesa Edwine de Sanermaten, cuya tía estaba loca y encerrada en la casa desierta.

Manifesté una gran sorpresa y mi amigo se brindó a darme más detalles de aquel hasta entonces extraño asunto.

Me dijo que aquel mismo día la muchacha y su madre habían visitado a la infeliz reclusa. El viejo criado se sintió indispuerto de repente y las dos señoras se vieron obligadas a confiar el triste secreto de la casa al doctor Kaup, quien desde entonces debía encargarse de la pobre demente.

En aquel momento, el citado doctor, que pasaba junto a nosotros y que era el mismo a quien yo había consultado acerca de mis alucinaciones, se detuvo para preguntarme cómo andaba mi salud. Aquello me proporcionó ocasión para saber la historia de la mujer cautiva en la casa desierta.

—Angélica, condesa de Zaschen —dijo el médico— era a los treinta años una verdadera belleza. El conde de Sanermaten, bastante más joven, se enamoró de ella perdidamente. Pero cuando llegó al castillo de Zaschen para pedir la mano de su amada conoció a Gabriela, la hermana menor de Angélica. Este hecho trastornó sus proyectos.

«Desde aquel momento Angélica perdió a sus ojos todos los encantos que hasta entonces le viera, mientras que su hermana le pareció un ser radiante de hermosura y gracia. El resultado fue que pidió la mano de Gabriela en vez de pedir la de Angélica.

Ésta no se quejó, pues su orgullo la hizo mirar las cosas desde un punto de vista muy consolador.

»—No es ese idiota el que me desprecia —solía decir—. Soy yo la que no le quiero.

»Sin embargo dejó de presentarse en sociedad y sólo alguna vez se la encontraba, en la parte más sombría y solitaria del parque de su padre.

»Un día los criados del castillo persiguieron a una cuadrilla de gitanos que hacía tiempo se dedicaba a robar. En una carreta condujeron a sus prisioneros, bien maniatados, hasta el patio de la fortaleza.

«Entre los ladrones había una anciana flaca y decrepita, cubierta, más que vestida, por unos andrajos encarnados. La mujer gritaba imperiosamente que le era preciso bajar del carro.

«El conde Zaschen, informado de la captura, salió de sus habitaciones y dio orden de preparar los sótanos para que pudieran servir de prisión a los gitanos.

«De repente la condesa Angélica penetró en el patio y cayendo de rodillas pidió, con ruegos y sollozos, que se perdonase a los merodeadores. En seguida hizo brillar un puñalito que llevaba escondido y declaró que se mataría en el acto si se hacía el menor daño a aquella pobre gente.

»—¡Viva la hermosa señorita! —gritó la anciana—. Estoy segura de que es un abogado a quien se atenderá.

«Y como la joven se desmayase, cuál si la hubiera aniquilado aquella explosión de energía, la vieja, rompiendo las ligaduras que la sujetaban, se arrodilló junto a ella, y le prodigó los más solícitos cuidados. De su bolsillo sacó un frasco de un licor en el que parecía nadar un dorado pez. Apenas se lo hizo probar a Angélica, la hermosa joven abrió los ojos. Se levantó de un salto, como si nueva vida circulara por sus venas, y después de abrazar a la gitana se la llevó al interior del castillo.

»El conde de Zaschen, a quien acompañaban en aquel momento su esposa y su otra hija, contemplaba con sorpresa aquella extraña escena.

«Los restantes gitanos fueron conducidos a los sótanos.

«Al día siguiente reunióse el Consejo de Justicia, se hizo comparecer a los prisioneros y se les, sometió a un severo interrogatorio.

«El conde Zaschen declaró en alta voz que los reconocía inocentes de todos los actos de vandalismo cometidos en sus tierras. Se les dejó en libertad y se les dio pasaporte para que continuaran su viaje.

«La anciana de los andrajos encarnados había desaparecido sin que se pudiera saber en qué dirección.

«Se hicieron innumerables comentarios acerca de la conducta del conde de Zaschen. Llegó a decirse que el jefe de los gitanos había tenido una larga conferencia nocturna con el aristócrata.

»A todo esto se acercaba la fecha de la boda de Gabriela. La víspera del día fijado para la ceremonia, Angélica hizo cargar en un coche todo cuanto poseía y abandonó el castillo. En su fuga la acompañaba una mujer que, según se dijo, parecía una gitana.

«Para evitar un escándalo el conde de Zaschen anunció que su hija había solicitado la donación de una casita situada en Wadde, a donde deseaba retirarse para terminar sus días en el aislamiento más absoluto.

«Después de su casamiento, el conde de Sanermaten marchó con su esposa a uno de sus dominios, donde durante un año los recién casados disfrutaron de la felicidad más completa.

«De repente la salud del joven se alteró sin que se pudiera averiguar la causa. Rechazaba todos los cuidados y su mujer no pudo conseguir que le confesase cuál era el mal que padecía.

«Al fin, después de resistirse mucho, cedió a la voluntad de los médicos, que le aconsejaban un viaje de recreo. Poco tiempo después marchó a Pisa.

«Gabriela, que estaba en el último mes de su embarazo, no pudo acompañarle. La niña que dio a luz desapareció poco tiempo después de nacer, sin que se pudiese sospechar quién fue el autor o autora del rapto.

«Para mayor aflicción de Gabriela, llegó la noticia de que el conde de Sanermaten en vez de estar en Pisa, acababa de morir en Wadde, en la solitaria casita donde su cuñada se había retirado. Además, Angélica padecía una espantosa locura que los médicos no podían combatir.

«Gabriela volvió a reunirse con su padre. Una noche en que pensaba en la doble pérdida de su marido y de su hija, le pareció oír ruido de llanto. Se levantó en seguida y cogiendo una luz abrió la puerta de su dormitorio...

«La gitana de los andrajos encarnados estaba sentada en el suelo y en sus brazos agitábase una criatura que lloraba. Gabriela reconoció a su hija y precipitándose sobre la vieja le arrancó la niña

de entre los brazos. La anciana, agotadas sus fuerzas, cayó cuán larga era para no levantarse más.

»Poco tiempo después el conde de Zaschen se trasladó a la casita de Wadde para interrogar a su hija sobre la pérdida y el hallazgo de la niña. Al ver a su padre la loca pareció recobrar algo de su lucidez, pero esto duró poco. Empezó a divagar y sus facciones se descompusieron hasta adquirir una extraña semejanza con las de la difunta gitana.

»El conde de Zaschen hizo creer a la gente que su hija mayor estaba encerrada en uno de sus castillos, pero la verdad es que no quiso abandonar su retiro y habita aún en la casa donde su cuñado fue a morir.

»Lo ocurrido siguió siendo un secreto impenetrable. Pues sólo lo conocieron tres personas. Dos habían muerto ya y la otra estaba loca.

«Ahora el conde de Zaschen ha muerto. Gabriela ha venido a Wadde con su hija Edwine, para arreglar unos asuntos. Su hermana se encuentra al cuidado del viejo guardián de la casa desierta.

El doctor Kaup terminó diciendo que la hermosa imagen que había visto reflejarse en mi espejo era la de Edwine, que en el momento en que yo curioseaba había ido a visitar el retiro de su tía. Lo demás lo hizo mi imaginación.

biblioteca oro espionaje

Los más apasionantes temas de máxima actualidad y los episodios más intrigantes de la historia contemporánea narrados en absorbentes novelas de aventuras.



1. Hacia la muerte A. Yaouanc
2. Operación Eichman M. Hillel y R. Caron
3. El sombrero gris P. Fry
4. Guerra interior C. Clarke
5. La muerte viaja J. Lake
6. La muerte fue su acompañante F. Garay
7. Tambores sangrientos D. Graeme
8. Plaza Roja a medianoche B. P. Korov
9. Esposa de traidor D. Montross
10. Espía poco profesional M. Underwood
11. Traición en el espacio M. Banon
12. Guerra silenciosa J. Laflin
13. Asesinato en Moscú Richard Grayson
14. El osito rubio John Marsch

Si nos lo solicita, le remitiremos gratis nuestro catálogo en colores con gran cantidad de novelas policíacas, del oeste, espionaje, aventuras para jóvenes y ediciones infantiles para niños de todas las edades.

EDITORIAL MOLINO

Calabria, 166

BARCELONA - 15

Biblioteca Oro Oeste

Vuelve a nuestro catálogo una selección de magníficas novelas del Oeste, de una categoría muy superior a la corriente en este género literario.



1. Marcado por el delito . L. B. Patten
2. Estigma de matón T. Thompson
3. Justicia para Lavercombe
Ch. A. Seltzer
4. Al extremo del lazo C. Cameron
5. Una sombra B. M. Bower
6. Pistolero a sueldo A. Joscelyn
7. Cariboo F. C. Robertson
8. Llega un forastero J. Clifford
9. El forastero de Oklaoma
Ch. A. Seltzer
10. Imperio de cuatros .. W. Hopson
11. Sangre india B. Cloos
12. El coronel Warren E. Shrake
13. El jinete sonriente.. L. York Erskine
14. Catlow L. L'Amour
15. Yo soy la ley L. B. Patten
16. Cruzando el Mojave . L. L'Amour
17. El desfiladero del Apache
Ch. A. Seltzer

18. Hierba espesa J. Wayne
19. Los rastreadores R. Hogan
20. El último golpe D. Bennett
21. Los pioneros H. S. Drago
22. El Halcón en acción B. Scott
23. El valle del fugitivo W. Hopson
24. Buitres al acecho B. Garfield
25. Se busca, vivo o muerto B. Cord
26. El misterio del valle B. Scott
27. Requiem por un revólver B. y B. Arthur
28. Wyoming J. L. Benet
29. Un tipo de leyenda C. D. Shirreffs
30. Los justicieros B. Winwe Garfield
31. Los rifles de Oregón Dwight Bennett
32. El cuarto jinete W. M. Zapata
33. El arco y la lanza Don Catlin
34. Cazadores de caballos Cy James
35. El cuatrero emboscado William Hopson

Publicadas en Biblioteca Oro más de 400 novelas

Si nos lo solicita, le remitiremos gratis nuestro catálogo en colores con gran cantidad de novelas policiales, del oeste, espionaje, aventuras para jóvenes y ediciones infantiles para niños de todas las edades.

EDITORIAL MOLINO

Calabria, 166

BARCELONA - 15

VILLEGAS - LITOCUB - Nápoles, 300 - Barma

20,- Pesetas

Notas

[← 1]

Que los jueces ingleses se ponen antes de dictar las sentencias de muerte.